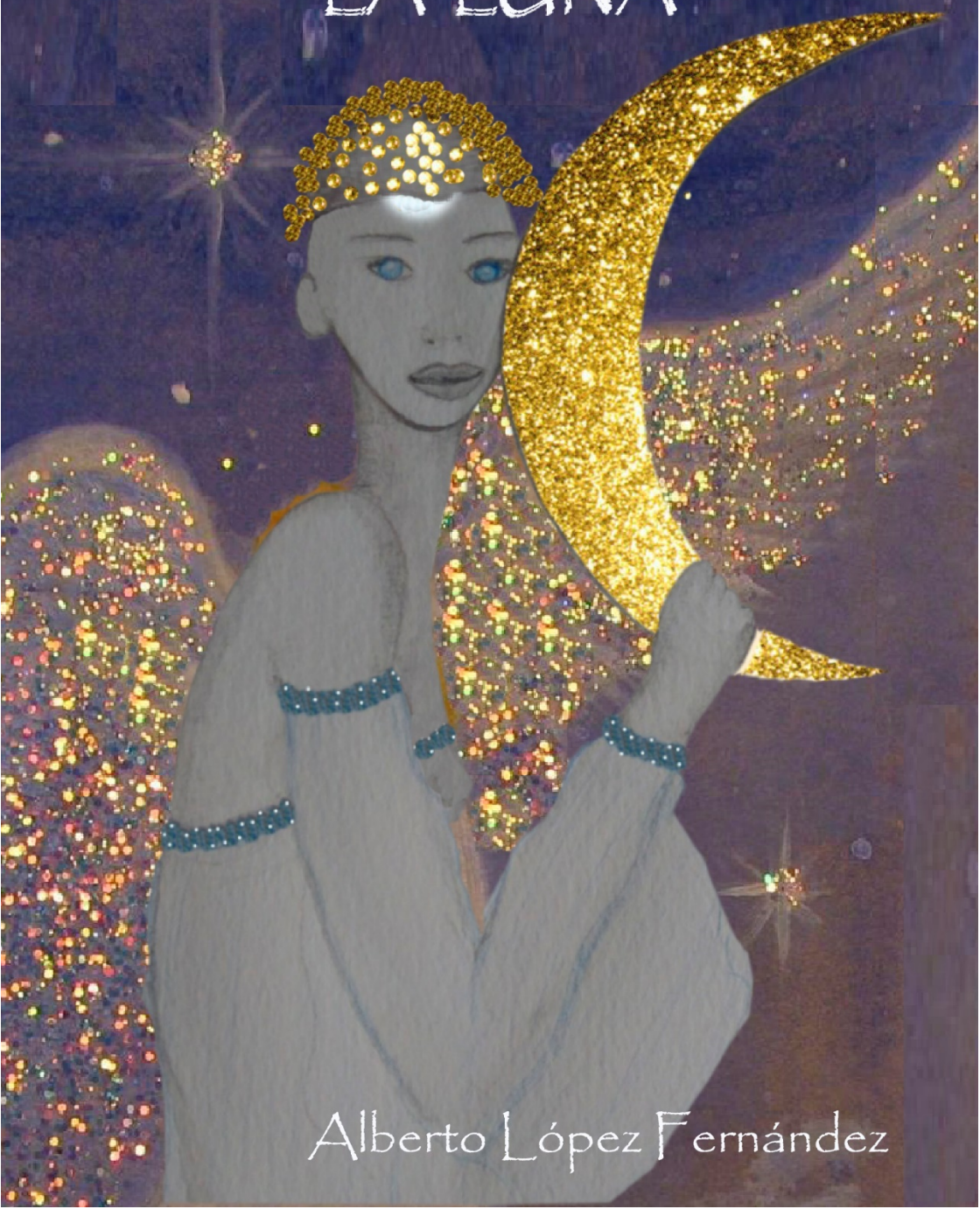


LOS CUENTOS DE LA LUNA



Alberto López Fernández

Los cuentos de la Luna

Los cuentos de la Luna

Alberto López Fernández

Primera edición: enero de 2019

© Del texto: Alberto López Fernández

© Del prólogo y epílogo: Alberto López Fernández

© De las ilustraciones: Ana María Valverde de la Serna

© El Corazón del Viento. Palencia.

<https://albertolopezcanalizador.com/>

ISBN: 979-97-979979-9-7

Depósito legal: P-97997-2019

Adaptación y maquetación: El Corazón del Viento

Impreso en España

Ediciones El corazón del Viento

Ediciones El corazón del Viento nace de una pequeña pero poderosa semilla: el deseo vago, en cierta forma impreciso de ahondar en el conocimiento de una realidad siempre cambiante, una realidad cuya aprehensión y conocimiento se nos escapa entre las manos como arena dejando pequeños granos de sabiduría auténtica.

Os invitamos, lectores y autores a que os unáis a nosotros en este viaje, a que nos ayudéis a que esta semilla se convierta en un árbol frondoso con dulces frutos de conocimiento que juntos degustaremos.

Caminad a nuestro lado un camino sin principio ni final conocido. Verdes paisajes nos esperan, agrestes desiertos y heladoras estepas nos aguardan.

Encontremos juntos solida roca sobre la que edificar más allá de la siempre cambiante arena, que borra nuestras huellas, en este camino de apariencia efímera.

Caminad a nuestro lado compartiendo viandas de amor, luz y sabiduría, pero también de dolor, sufrimiento y soledad pues todo ello enriquecerá nuestro camino...

Gracias y bienvenidos a nuestro camino.

El Corazón del Viento

El corazón del viento es la capacidad de escuchar, —desde la intuición, desde el alma oída a través del corazón— escuchar nuestro destino, nuestro verdadero camino.

Un destino que se manifiesta en nuestra vida como “El Viento”, una fuerza inasible, invisible, imprevisible e incontrolable.

Una fuerza, a veces sutil como una ligera brisa, otras veces arrolladora como un imparable huracán.

Una fuerza que se manifiesta de infinitas formas: sincronicidades, accidentes, golpes de mala o buena suerte, encuentros, perdidas o hallazgos, trabajos nuevos, personas que aparecen o desaparecen de nuestras vidas... tantas y tantas formas incontrolables de actuar que es imposible listarlas.

El corazón del viento, es la capacidad de escuchar nuestro verdadero camino a través de la intuición, dotando de verdadero sentido todo aquello que, en muchas ocasiones, bajo la apariencia de casualidad, ocurre en nuestra vida.

Un corazón que nos habla de conexión con nuestro verdadero ser, de escucha atenta no

racional, de sentido para una vida aparentemente carente de él.

Un corazón que nos habla también de amor, comprensión y solidaridad.

Un corazón que nos habla de latidos: de los ritmos auténticos de la vida, de escucharlos, respetarlos y, en cierta forma, entenderlos.

Un corazón que nos habla de deseo y pasión, entendido como implicación en el camino, como vinculación a un objetivo de amor y solidaridad, que no es en ningún caso incompatible con la aceptación de lo vivido.

Un corazón que nos habla de una mano tendida al otro, sabiendo que es espejo de mí mismo, es más, sabiendo que es verdadera unidad conmigo.

Gracias al corazón que me habla de Amor: Verdadero amor con letras mayúsculas, el único amor digno de ese nombre. Un amor incomprensible para el ego, incontrolable para el ego, inasible para el ego, inexpresable para el ego. Un amor que es nuestra verdadera naturaleza y ser. Un amor que es el verdadero eje, núcleo y motor de este camino de evolución y aprendizaje.

Eso y mucho, mucho más es El corazón del Viento.

Un camino, como el propio viento, sin un origen y un fin determinado.

Un camino en apariencia voluble, casual y sin sentido ninguno.

Un camino profundo, auténtico y enriquecedor.

Un camino de amor, desde el amor y por el amor.

Un camino no solo para el ego, aunque también participe a su manera.

Un camino del ser, para el ser y por el ser.

Un camino de gratitud.

Un camino, simplemente un camino.

Prólogo

Me desperté inquieto. A mi lado mi compañera, amiga, amante y maestra dormía plácidamente. Deseoso de no perturbarla con mi inquietud, me levanté. Dicen que las almas atormentadas tienen problemas para conciliar el sueño.

En el camino, a veces incierto; la desesperanza, la inquietud, el saberse perdido, hacen que seamos especialmente receptivos a pequeños cambios, tan sutiles que conscientemente no identificamos pero que, sin embargo, están ahí siempre presentes. Presentes sobre todo para aquellas almas, que en cierta forma son más sensibles, que en cierta forma tienen abiertas, por llamarlo así, puertas que a los demás en este momento de la evolución les son negadas, pero que también en el momento adecuado se abrirán de par en par para ellos.

Contemplé, a través de la ventana a aquella que siempre, en cierta forma, prestaba sus oídos a mis confidencias, a mis secretos, a mis temores, a mis anhelos y deseos.

Comprendí que, una vez más, en esa noche también seríamos confidentes, también compartiríamos risas y esperanzas, lágrimas y miedos.

La Luna, que cada noche vela por mi sueño.

La Luna, que en la oscuridad más absoluta prende una llama de esperanza para guiarme a buen puerto.

La Luna: madre, consejera, amiga, confidente y sobre todo, por encima de todo, maestra. Maestra de un conocimiento que, a diferencia del conocimiento racional, lógico del sol, es un conocimiento que en cierta forma está vedado, oculto, prohibido a aquellos que no se encuentren en el momento evolutivo adecuado, a aquellos que no están en el punto del camino necesario para comprenderlo, para poseerlo, para vivirlo.

Estamos en un universo de dualidad, y la dualidad debe vivirse en equilibrio, y el conocimiento que se comparte con todos, que se disfruta por todos, debe ser equilibrado, armonizado por aquel conocimiento que está solo disponible a los ojos de algunos, por aquellas palabras que solo se susurran en la oscuridad; para que solo unos pocos comprendan su verdadero significado.

Unos pocos que no son especiales ni únicos, unos pocos que no son diferentes ni exclusivos, unos pocos que simplemente están en el momento adecuado.

Pregunté a la Luna, como tantas y tantas noches: cuál era el significado real de este camino; cuál

era el significado real de esta experiencia, que como alma encarnada llevaba a cabo; cuál era el significado real de cada día y cada noche, de cada pequeño renacer en el alba, y de cada pequeño morir en la noche; pregunté cuál era el significado real de cada lágrima y cada sonrisa, cuál era el significado real de esta dualidad.

Y la Luna me habló, y me explicó, como cada noche, todo aquello que yo deseaba saber; y como cada noche, cerré mis oídos para no escucharla, pues no era el momento adecuado.

Llevado por mi inquietud, por mi frustración, y por mi ira, la recliné que no comprendía sus palabras, que no entendía esas frases ininteligibles que pronunciaba, que, en cierta forma, hablaba idiomas que yo no conocía, utilizaba expresiones cuyo alcance yo no comprendía.

— Es cierto —dijo la Luna, en un lenguaje perfectamente entendible.

— Es cierto, —dijo la Luna— mis palabras a veces son incomprensibles, mis símbolos inexplicables, mis gestos inalcanzables para tu comprensión; pero no porque no se puedan entender, no porque no se puedan comprender de forma perfecta, sino simplemente porque estás oyéndolas con los oídos equivocados, porque estás mirando un paisaje con ojos equivocados,

porque estás aplicando la razón para aquello que es intuición, porque estás aplicando la razón para aquello que es amor, porque estás aplicando la razón para aquello que es evolución, porque estás mirando con los ojos del ego aquello que solo es comprensible desde los ojos del alma, porque estás escuchando un idioma desde el ego que solo podrás entender, manejar, compartir, desde los oídos y la boca del alma.

Cuando te concedas a ti mismo el derecho, el privilegio, la obligación, el deber, de escuchar desde el alma; entonces y solo entonces podrás comprender la dualidad verdaderamente, entonces y solo entonces podrás vivir en plenitud este camino que a veces recorremos desde la falta de equilibrio y armonía.

No te niegues a ti mismo el derecho a entender. No te niegues a ti mismo el derecho a ver y escuchar verdaderamente todo aquello que te rodea, es más, todo aquello que forma parte de ti.

Porque no hay un tú y un yo, porque no hay un nosotros y un vosotros, porque no hay nada más que una unidad. Una unidad no comprensible desde el punto de vista de la lógica, sino desde el punto de vista de la intuición.

— ¿La intuición? —dije yo— ¿Qué es la intuición? Una palabra que se repite, y que, en muchas

ocasiones, su significado auténtico me es vedado. ¿Qué es la intuición?

— La intuición es conocimiento —me dijo la Luna
— pero no un conocimiento racional o lógico, no un conocimiento que se somete a las leyes de aquello que vuestro ego, en un momento dado considera la razón. La intuición es el conocimiento del corazón, el conocimiento del alma expresado a través del corazón.

— ¿La intuición? —dije yo— ¿Y cómo reconocer esa intuición vaga, difusa, de los simples caprichos del momento, de las necesidades y miedos, anhelos y deseos, que constantemente me rodean?, ¿cómo distinguir aquello que es auténtico, de aquello que es, en realidad, oro falso que todo lo empaña, que nada vale?, ¿cómo hacer para distinguir la luz de la intuición, de la sombra del miedo y del deseo?, ¿cómo hacerlo, amiga Luna?

— Mediante el conocimiento de uno mismo — me dijo ella— El conocimiento de uno mismo, que, a veces, solo a veces, es un camino que aparenta ser difícil porque mi mente así lo dice. Mediante el conocimiento de uno mismo, que es un camino que me lleva a puertas que solo la intuición puede abrir.

Porque llega un momento en que conocerse a uno mismo requiere confiar en la intuición. Porque

llega un momento en que para realmente disfrutar de la intuición hay que conocerse a uno mismo. Porque en esta aparente, solo aparente, paradoja existe una realidad, y es que la intuición y el conocimiento de uno mismo van tan unidos que en muchas ocasiones son indistinguibles, que en muchas ocasiones parecen y son lo mismo.

Conocerse a uno mismo significa escucharse en honestidad y coherencia, aprendiendo a distinguir la voz de mi alma expresada a través de mi corazón, de los caprichos temporales, perecederos, sin importancia, de mi ego.

Y en este camino, querido amigo —continúo diciendo la Luna— estamos todos: estás tú que hoy hablas conmigo, está tu mujer que plácidamente descansa a tu lado, están tus hijos, amigos y compañeros, aquellos a los que llamas maestros y aquellos a los que llamas enemigos, que muchas veces son los mismos; estamos todos en este camino de evolución, de conocimiento, de aprendizaje. Un camino elegido por nosotros mismos en momentos que ahora nuestra mente no recuerda.

Por eso, para, en cierta forma, romper esas barreras; para, en cierta forma, liberar, abrir esas puertas, hoy te pido, amigo mío, que aprendas a conocerte, a escucharte, a respetarte; que aprendas que eres mucho más que los caprichos, las necesidades, los miedos, los temores, y los

anhelos, de aquello a lo que llamáis ego; que aprendas a profundizar en tu verdadera esencia y naturaleza; que aprendas a escuchar, con unos oídos que pertenecen al corazón, a la intuición, a la percepción profunda, aquello que hasta ahora solo has querido escuchar con la razón.

— Está bien, amiga, maestra Luna. Recorreré este camino como me dices: abriendo mis ojos a paisajes que solo podrán ser contemplados desde un entendimiento no racional, caminando caminos que solo pueden ser verdaderamente disfrutados desde la intuición, y utilizando la razón solo en aquellos momentos en que se convierta en una herramienta de liberación, no, en cierta forma, en eslabones de esclavitud.

Entonces, amigo, discípulo y maestro, el camino será mucho más rico, será mucho más pleno, mucho más armonioso y fluido, y será auténticamente un camino de desarrollo, de plenitud, y sobre todo de amor.

Y en este camino, amigo, permíteme que te obsequie con unos pequeños cuentos, para tu disfrute, para tu aprendizaje, para aquello que, en cierta forma, es la vida en sí misma: Vivir, muchas veces sin saber por qué vivo. Vivir, muchas veces sin saber qué camino estoy realizando. Vivir; simplemente vivir, y confiar, y agradecer, que este camino es el mío, el auténticamente mío.

Y ahora, amigo, siéntate y comparte conmigo estos pequeños cuentos que hablan de ti y de mí, y de tu mujer, y de tus amigos, y sobre todo, sobre todo, hablan de la unidad de todos nosotros.

Gracias amigo por compartir estas horas conmigo, por compartir un camino de aprendizaje, de evolución, conmigo.

Gracias amigo por ser unidad conmigo misma.

Gracias amigo.



El hilo de plata

Sonreí. Desde luego la leyenda que dice que el hilo de plata está tejido por la misma Luna debe ser cierta, pensé. Solo la Luna, solo sus mágicas manos, podrían tejer algo tan hermoso, tan fino, tan resistente y tan mágico.

Dice la leyenda que este hilo puede cubrir cualquier distancia imaginable, que es irrompible, a menos que sea la hora de partir. Que es un hilo que podría enrollarse en un grano de arroz y que al mismo tiempo podría estirarse hasta cubrir la distancia que separa las estrellas más lejanas.

Dice la leyenda, que es la Luna, la hermana de la madre Gaia, quien con sus propias manos teje este hilo tan bello, tan sabio, tan hermoso que nos une a la vida o, mejor dicho, a lo que podríamos llamar nuestro contenedor de vida física, a nuestro cuerpo, a nuestro ego, a nuestro ser físico.

Dice la leyenda, que cuando mi alma coge un extremo de esa hebra y con sus delicadas manos se ata a ella, deja que el otro extremo se incorpore a un cuerpo físico en formación, a las primeras células, a lo que podríamos llamar una promesa de vida, una promesa en ese momento no nata, pero una promesa que se cumple, al fin y al cabo.

Cuenta la leyenda, que según vamos madurando, cuando nos independizamos ya de nuestra madre, ese hilo es tan sólido que nada ni nadie puede cortarlo; que solo, que solo se romperá en el momento adecuado, en el momento preciso de mi partida; un momento inscrito en el Libro de almas, donde todo aquello que voy a vivir, donde todo aquello que he vivido, se guarda, se escribe, se memoriza, se promete y se cumple.

Dice la leyenda, que es tan delgado que ningún ojo humano puede llegar a verlo, que es tan fino que atraviesa cualquier pared, tan resistente que ninguna tijera podría jamás cortarlo, tan largo que no hay distancia que no pueda recorrer, tan corto que a veces parece que más que un hilo es simplemente un punto.

Cuenta la leyenda, que la Luna teje un hilo para cada alma cuando va a encarnar, que con sus propias manos lo diseña, lo forja; que lo crea con la misma plata de la que ella está hecha: Una plata de intuición, de sabiduría, de conocimiento no racional.

Cuenta la leyenda, que mientras lo teje, las estrellas la acunan y la cantan, proporcionándola la sabiduría necesaria para que ese hilo lleve inscrito, —en palabras de amor, de intuición y de confianza—, nuestro camino, para que lleve escrita la hora de nuestro nacimiento y para que

lleve escrita también la hora de mi partida, la hora en el que ese hilo se romperá para siempre.

Cada hilo es único y la Luna los teje con sus delicadas manos para cada alma en cada encarnación. Y después, en el día de mañana, cuando mi alma vuelva a encarnar, la Luna, otra vez acompañada, aconsejada, acunada por las estrellas volverá a tejer un hilo, esta vez distinto, en el que grabará nuevos mensajes, nuevas palabras, nuevos pasos para un nuevo camino.

Y siempre hablará de lo mismo, de amor, de confianza, de intuición. Hablará de mi destino, tal y como yo lo concibo, de los pasos que voy a dar, hablará de mi momento de nacimiento, y hablará del momento de la partida, cuando el hilo definitivamente se rompe.

De todo eso y de mucho más habla mi hilo. Un hilo que no comprendo, un hilo que hoy sujeto entre mis manos mientras lo ciño a mi cintura y dejo que el otro extremo caiga, caiga hasta las primeras células de lo que en cierta forma voy a ser, unas células no natas, pero ya preparadas para recibir este extremo de este hilo que me habla de vida, de posibilidades, de pasos en una encarnación destinada al aprendizaje y a la evolución.

Un hilo tan hermoso que ninguna palabra puede describirlo. Un hilo que la hermana de la amada

Madre Gaia teje con infinita sabiduría y paciencia, sabiendo que en el momento oportuno estará listo para ser, en cierta forma, atado, y que también en el momento oportuno estará listo para ser cortado.

Y cuando mi alma vuele libre ya de la encarnación, recogeré los restos de ese hilo y se los devolveré a la amada Luna. Se los devolveré con cariño y con esmero, con el mismo cuidado con el que ella me lo entregó. Se lo devolveré con toda la ternura que sea capaz, acunándolo entre mis manos, y susurraré palabras de gratitud y amor.

Y la Luna recogerá ese hilo y volverá a fundirlo, para que otra alma pueda utilizarlo, para que otra alma en otra encarnación, en otro camino, pueda volver a disfrutar de esa obra de arte, de sabiduría, de belleza.

Para que otra alma, en otro camino, pueda, en cierta forma, atar a su cintura un puente que le une a la vida terrena, que le une a las células, a la materia, a lo físico, a lo material.

Para que así esa alma jamás, antes del momento adecuado, se separe de ese cuerpo, para que pueda desplazarse hasta donde ella considere, viajar a las estrellas más lejanas y, sin embargo, seguir unida, vinculada, en cierta forma, atada, a

la materialidad, al cuerpo que utilizará como instrumento de aprendizaje y evolución.

Y gracias a ese hilo podrá surcar infinitas distancias, atravesar vacíos indestructibles, visitar las lejanas estrellas, acariciar soles moribundos y, sin embargo, seguirá unida su cuerpo.

Un hilo capaz de recorrer las más distantes distancias y, sin embargo, capaz también de enrollarse en un grano de arena.

Un hilo que una y otra vez se tensará, pues en cada noche mi alma se separará de mi cuerpo para viajar, para conocer, para aprender, para compartir, para sanar. Y al amanecer ese hilo será en cierta forma una guía y un anclaje con el cuerpo, con el ego, con ese camino que en la encarnación mi alma recorre. Y en cada alba recorrerá ese camino de nuevo para, al anochecer, volver a jugar entre las estrellas, acariciando lunas y soles.

Y siempre, siempre estará unida a este cuerpo, a este ego gracias a un hilo que la amada Luna teje con sus propias manos de la misma plata que ella está hecha, de la misma intuición, de la misma sabiduría.

Y la Luna, que habla el lenguaje de mi alma, volcará palabras de infinito amor, sabiduría y gratitud en ese hilo.

Y gracias a esas palabras, y gracias a ese hilo, recorro hoy este camino encarnado disfrutando del aprendizaje, de la materialidad, de lo físico y lo corpóreo; y al mismo tiempo siendo libre para desprenderme de este cuerpo en la noche y poder viajar allá donde mi alma desee, sabiendo que estoy unido, vinculado a esta realidad gracias a este pequeño gran instrumento.

Gracias, amada Luna, por tus manos.

Gracias, amada Luna, por tu plata.

Gracias, amada Luna, por tu sabiduría.

Gracias, a ti y a las estrellas, que conjuntamente tejéis este hilo que me une a este cuerpo, a este instrumento de evolución y aprendizaje. Un hilo que solo en su debido momento, con mis propias manos romperé para partir ya libre del cuerpo, del ego, de la encarnación.

Gracias, amada Luna, por este obsequio.

Gracias, amada Luna, por tu plata.

Gracias.

El hada y el fuego

La pequeña hada se acercó titubeante hasta la orilla de la hoguera y miró extrañada esa extraña criatura a la que los humanos llamaban fuego.

Era un hada aventurera, viajera, que a nada temía. De hecho, había explorado ya todos los confines del bosque, incluso se había acercado a la granja, esa extraña granja donde vivían los humanos, que estaba más allá de ese mar dorado que ellos sembraban, cuidaban... ese mar de mieses doradas que casi se extendía hasta el infinito. Incluso ese mar ella lo había explorado, pero el fuego no lo entendía: no entendía esa extraña criatura que trepaba en el aire, que se retorció; una criatura que la atraía y repelía con la misma intensidad.

Se quedó observando desde el linde del bosque la gran hoguera que los humanos habían encendido. Contempló cómo ese fuego escalaba en el aire, como se retorció, y como parecía gritar a veces de alegría y otras veces de dolor. Contempló extrañada la brujería que los humanos utilizaban para encenderlo y como después lo terminarían apagando, pues aquel que era, en cierta forma, su hijo parecía volverse contra ellos.

Suspiró aterrorizada: el fuego podía destruir el bosque en un santiamén. Ella había vivido ya un

gran incendio: había vivido el dolor, la pérdida, la desesperanza... había vivido todo ello, y eso que era un hada joven.

Las hadas más antiguas del lugar la hablaban de los grandes incendios, de cómo los hombres en su afán por enriquecerse mataban a los animales, asolaban la vegetación y como no tenían ningún tipo de reparo en destruir todo aquello que formaba parte de su hábitat, de su hogar natural.

El hada suspiró. Cerca de ella vio escurridizo esconderse un pequeño gnomo, también oía el cántico de las ondinas que hablaban entre ellas diciéndose cosas que el hada no entendía, y a veces tampoco oía.

Se centró de nuevo en el fuego, y en las mieses doradas que se extendían casi hasta el infinito.

— No sé qué querrán los humanos —pensó— no sé qué querrán o qué pensarán que van a obtener destruyendo nuestro hogar, pero no se dan cuenta de que nuestro hogar es también el tuyo; no se dan cuenta de que me necesitan, a mí a una pequeña hada a la que ni siquiera ven; no se dan cuenta de que necesitan a las ondinas, de que necesitan a los gnomos y duendes, de que necesitan incluso a las salamandras del fuego.

El fuego, que lo utilizan a veces para crear y otras veces para destruir. No se dan cuenta de que sin nosotros una parte de ellos también muere, y una

parte de ellos que no habla solo de los cuentos y las leyendas y las tradiciones, una parte de ellos que habla de su verdadera esencia, porque son mucho más que esa carne y ese hueso al que tanto veneran, son mucho más que la sangre a la que idolatran, mucho más que toda la superficialidad detrás de la que se esconden, son mucho más que eso.

Y en ese ser, en ese auténtico ser, también forman parte de nosotros, igual que nosotros formamos parte de ellos. Porque todos estamos entrelazados, unidos a Gaia, a nuestra madre, que forma parte de todos nosotros, que nos dio este hábitat, este hogar, este alimento, este aire.

Un hogar, un alimento, un aire que los humanos una y otra vez desprecian, envenenan, intoxican y queman, y no se dan cuenta de que al matarme a mí se matan a ellos mismos; no se dan cuenta de que en la naturaleza está su verdadero alimento, de que un verdadero alimento está también compuesto por una energía que se integra en ellos, en lo que ellos llaman aura, en lo que ellos llaman campos áuricos, y que esa energía está unida a mí: que cuando yo fallezco, lo que ingieren ya no está sirviéndoles de alimento cómo les serviría si fuese producido, concebido, nacido de la naturaleza.

Están matándose, envenenándose, y después se sorprenden: se sorprenden de las enfermedades,

se sorprenden de la tristeza, de la angustia, de la soledad

— ¿De qué vas a sorprenderte si tú mismo lo estás creando? —les pregunto— ¿de qué vas a sorprenderte si usas herramientas sin ningún tipo de control, si usas instrumentos que no conoces para provocar la muerte?, ¿de qué vas a asombrarte cuando la muerte llame tu hogar?, ¿de qué vas a asombrarse cuando la muerte está en tu alimento y la ingieres?, ¿de qué te vas a asombrar?

Y sí, hoy muero yo, mueren las ondinas, mueren los gnomos y los duendes... y al morir nosotros muere una parte de ti. Y cuando ingieras lo que tú llamas alimento será un alimento vacío, porque también llevará muerte. Y en ese momento te sorprenderás, y en ese momento cuando la enfermedad arraigue en tu corazón buscarás respuestas y soluciones fáciles, y nada encontrarás real: solo mentiras que te cuentas a ti mismo para obviar la verdad, para no afrontar la verdad, para no comprender que soy parte de ti, que tú eres parte de mí, que somos hijos de la misma madre, que somos unidad.

Y que cuando matas a tus hermanos te matas a ti mismo, que cuando contaminas a tus hermanos te contaminas a ti mismo, y que, si ingieres tu propio veneno, morirás.

Y que la única forma verdadera de sanar es respetar: respetar a tus hermanos; respetar tu alimento; respetar al aire que respiras y al agua que bebes; respetar a las ondinas que cuidan de ti, a los gnomos y duendes que te enriquecen verdaderamente, no en ese oro que tanto ansias, no en ese dinero que tan loco te vuelve: en salud, en amor, en verdadera prosperidad, no solo riqueza económica, sino prosperidad: la capacidad de vivir en plenitud aquellas potencialidades que has traído a este plano.

Y mientras intoxicas aquello que eres, mientras envenenas aquello que eres, mientras nos matas, buscas soluciones que en realidad también están llenas del mismo veneno: ingieres pócimas y medicamentos que lo único que hacen es enfermarte más. Cuando la solución, la verdadera solución, es más rápida, es más sencilla, es más barata, pero también exige más sabiduría: Respetar, respetarnos, respetar a la naturaleza, respetarte a ti mismo.

Y hoy, mientras veo cómo el fuego que has encendido arde sin control y empieza a devorar las lindes de este bosque, contemplo mi destrucción, pero también contempló la tuya.

Y mientras las ondinas huyen aterrorizadas, mientras los gnomos y duendes intentan escapar, yo me limito a llorar: ¿Dónde voy a ir?, ¿dónde voy a huir si todo lo conviertes en un desierto?,

¿dónde voy a huir si estás haciendo un erial de lo que es un bosque de vida, un palacio de belleza, un hogar, un verdadero hogar?, ¿dónde voy a ir cuando me arrebatas esta belleza?, ¿dónde voy a ir cuando me prives de mi verdadero hogar?, ¿y dónde iras tú, hermano, cuando hayas destruido tu hogar, intoxicado tu alimento, envenenado tu agua, contaminado tu aire?, ¿dónde vas a ir?, ¿qué riquezas vas a disfrutar si has perdido todo ya en el camino?, ¿qué oro vas a disfrutar si has perdido la vida en el camino en el que lo has conseguido?

Respeto, hermano, si hoy me escuchases, solo te pediría eso: Respeto.

Y ahora, mientras el fuego consume mi hogar, con esta palabra resonando en mi corazón me despido.

Adiós. Adiós hermano, espero que algún día aquello que estás plantando sea distinto, espero que las semillas del respeto y del amor ocupen pronto el lugar que hoy ocupan las semillas del desprecio, la avaricia y la ignorancia.

Respeto, hermano mío. Respeto.



La niña

La niña contempló con tristeza cómo sus compañeros jugaban.

La niña, encerrada detrás de esa ventana de cristal de la que no podía escapar, que la aislaba del mundo exterior, contempló como con tristeza cómo sus compañeros jugaban y se divertían.

Y con tristeza miró sus piernas, rotas, quebradas... que le impedían caminar, que le impedían moverse, que le impedían jugar y disfrutar, correr detrás de los otros niños, escapar de los otros niños y reír.

El dolor que la atenazaba, la inmovilidad que la aprisionaba, la convertía, por decirlo así, en prisionera de sí misma; en prisionera de su enfermedad; en prisionera de su desgracia; en prisionera de lo que ella consideraba injusticia.

Y una y otra vez lloraba, y una y otra vez se preguntaba: ¿Por qué yo?, ¿por qué mis piernas nacieron así?, ¿por qué yo no nací cómo nacieron mis amigos?, ¿por qué no puedo correr?, ¿por qué no podré desarrollar una vida normal tal y como la entienden mis amigos?, ¿por qué?

Y mientras esto pensaba, recriminaba al universo, a su madre, a su padre, a un Dios creador, si es

que lo había: ¿Por qué le había ocurrido esto?, ¿por qué esa desgracia?, ¿por qué esa prisión que su propio cuerpo constituía para ella?

Y en silencio se recriminaba: ¿Qué habré hecho mal?, ¿qué habré mal para merecerme esto?, ¿qué habré hecho tan terrible, tan horroroso para merecer que una niña tan pequeña no pueda moverse?, ¿qué crimen tan injusto habré cometido?, ¿a quién he ofendido?, ¿qué daño han hecho mis manos que hoy estoy aprisionada en mi propio cuerpo?, ¿qué pecado tan terrible he cometido?, ¿qué palabras tan horrosas he pronunciado que estoy prisionera de mi propio cuerpo?...

Y las lágrimas no dejaban de fluir, y su sabor salado inundaba su boca, y no encontraba razón ninguna ni para su existencia, ni para la injusticia, ni para el dolor, ni para la prisión que su propio cuerpo constituía.

Y en esa amargura los días y las noches se sucedían sin sentido. Y en esa amargura los días y las noches eran un verdadero castigo, viendo como los niños corrían sin poder acompañarles.

Y en ese castigo aparente en el que vivía una mañana un anciano llamó a su hogar, un anciano sediento, hambriento; un anciano al que su madre alimentó; un anciano al que le informaron de la terrible tragedia de su hija, del dolor, de la

prisión, de la pena, de la tristeza, de la falta de solidaridad de los amigos que no iban a visitarla, pues no eran verdaderos amigos, de la falta de solidaridad de los mayores del pueblo que despreciaban a una niña que no podía andar, de la falta de solidaridad del cura del lugar que hablaba de ella mencionando los múltiples pecados que tenía que haber cometido.

Y ese anciano tan pobre decidió hablar con esa niña, y subió a acompañarla llevando en su mano pan y queso, para que la visita fuese más agradable, pues todo se entiende mejor con el estómago lleno.

Y empezaron a hablar. Y la niña le contó sus tragedias y dolores, las noches que no podía dormir presa del dolor, los días que no podía reír presa de la tristeza...

Y el anciano escuchó, mientras tranquilamente comía de ese pan y ese queso que para él eran un verdadero tesoro, disfrutando de su sabor, de su olor, de la apariencia incluso que ese queso ya añejo tenía en sus manos.

La niña estuvo hablando, protestando, clamando al cielo el por qué de las múltiples injusticias que había vivido durante largas, largas horas... Al final, ya exhausta calló, y en ese silencio el anciano habló.

Habló del concepto de pecado: que no existe.

- El pecado —dijo él— no existe, es una creación tuya. ¿Qué pecado puede cometer una niña?, ¿qué puede haber cometido tan terrible una niña para estar encadenada a una enfermedad?, ¿qué pecado tan terrible puede cometer un adulto para estar encadenado a una enfermedad?
- No existe el pecado. —dijo él— El pecado es un juicio que unos a otros nos hacemos, un castigo que unos a otros nos imponemos, y es solo una creación de aquello que nos ha dado una forma, una forma ya impuesta desde niños, pues son las creencias de nuestros padres las que constituyen las limitaciones en muchos casos, y a esas limitaciones las damos el nombre de pecado: aquello que no puede ser hecho, aquello que no puede ser dicho, u omitido, aquello que, en cierta forma, es solo una imposición.
- Eso no es la causa de que estés tú así —dijo ese anciano.
- Entonces ¿qué he hecho yo mal?
- Nada. Nada. —dijo él— lo que vives no es un castigo, no es un castigo. Y no, no solo porque no exista el pecado, sino porque tampoco existe el castigo.

— ¿Cómo no va a existir el castigo? —dijo ella— si el profesor te reguñe, si el profesor te castiga cuando haces algo mal.

— Eso —dijo él— no tiene importancia. Eso son solo los criterios y los conceptos que los adultos usamos para expresarnos. Pero el castigo realmente no existe, porque el castigo es solo un invento de tu profesor, de tu padre, de tu madre, de tu hermano mayor cuando haces algo, o dices algo que no les gusta. El castigo, entre lo que verdaderamente somos, no existe.

— ¿Y qué somos? —dijo la niña, llena, en cierta forma, de curiosidad.

— Somos luz —dijo el anciano— Solo somos luz.

— ¿Luz? —dijo asombrada la niña— ¿Cómo voy a ser luz si mis piernas no se mueven?, ¿cómo voy a ser luz si lo único que hago es llorar?, ¿cómo voy a ser luz si padezco horrores y dolores eternos?, ¿cómo voy a ser luz?

— Eres luz — dijo el anciano— una luz que decidió vivir como una niña enferma, y no lo hizo para ser castigada, sino para ser maestra. Maestra de todos aquellos que la acompañan, maestra de todos los niños que juegan, maestra de sus padres, maestra del cura y del propio profesor, para ser maestra de todos los que

coincidan contigo en tu camino, para ser maestra incluso de mí mismo —dijo él anciano.

— ¿Maestra?, ¿en qué sentido? —dijo la niña— Si no pudo moverme, si apenas sé leer, si mi escritura es mala... ¿qué puedo enseñar yo?

El anciano sonrió. Sonrió con una ternura infinita, y dijo:

— Puedes ser maestra de lo más importante: Del amor. Puedes ser maestra de lo más importante: de la compasión. Puedes ser maestra de lo más importante: de la solidaridad. Puedes ser maestra de todo aquello que importa. Puedes ser maestra del no juicio. Puedes ser maestra de tantas y tantas cosas que se me escapan —dijo el anciano — pues yo tampoco entiendo toda la realidad, toda la integridad de lo que vivimos, pero sí sé que eres una maestra que, desde tu dolor, compartes unas verdaderas lecciones que van más allá de las matemáticas que están aprendiendo tus compañeros, de la lengua que tu profesor quiere enseñarte, de la escritura que tanto te cuesta aprender. Verdaderas lecciones que te acompañan, no hoy, sino siempre.

— ¿Siempre? — dijo la niña. Ahora ya más intrigada que nunca.

— Claro, —dijo el anciano sonriendo— siempre: La luz es eterna, la luz no tiene principio ni tiene

final, lo que tiene un principio y lo que tendrá un final es tu dolor.

Tus piernas rotas desaparecerán, y serán sustituidas en su momento debido por piernas fuertes, poderosas, y podrás correr más rápido que cualquier niño de esta plaza que hoy juega alegre.

La niña sorprendida, no dejaba de mirar al anciano.

— Luz, amor... conceptos que no entiendo —dijo ella.

— Ni tienes por qué —dijo el anciano— ¿qué vas a entender si solo eres una niña? Solo tienes que saber que existen. Solo tienes que saber que eres luz- Solo tienes que saber que no tienes principio ni final.

Que es cierto que no lo entiendes, y que es cierto que existe, que es cierto que eres eso: Luz.

Y que enseñas amor, enseñas compasión, que enseñas solidaridad.

Que lo que te ocurre no es un castigo ni un juicio. Que lo que te ocurre no es ni una maldición ni una injusticia, sino que, esa luz eterna que eres, decidió que, durante unos breves años, viviría el dolor; para ser maestra de aquellos que la rodean, para enseñar que no hay que juzgar, para

enseñar que hay que compadecerse, para enseñar que hay que amar verdaderamente a todos los que nos rodean, porque todos los que nos rodean son luz como nosotros.

— ¿Y qué pasa cuando eres luz? —dijo el anciano.

— No lo sé —dijo la niña— yo solo soy una niña postrada por el dolor.

— No. —dijo el anciano— Recuerda que ahora ya sabes que eres luz. Lo que pasa con la luz es que se multiplica. Lo que pasa con la luz es que se difunde. Lo que pasa con la luz es que llena todos los recovecos, no se contiene ni se encierra. La luz es generosa, la luz no se restringe, la luz no dice: "No, a él no le iluminaré", ilumina a todos por igual. Por eso todos nos iluminamos, cada uno de una manera, cada uno con unas palabras, con unos actos, incluso con unas omisiones, pero todos somos luz.

Y esa luz llega a todos y cada uno de nosotros, en cada rincón, no solo de esta plaza, no solo de este pueblo: a cada rincón de todo lo que ha sido creado.

— Luz —dijo ella.

— Sí, luz. —dijo él— Y no lo entiendes, y lo sé. — y sonriendo dijo el anciano— Lamento no haber subido vino, pero seguiremos hablando de la luz:

La luz es eterna, la luz no tiene principio, la luz no tiene final... y aunque hoy mi paladar ansíe el sabor del vino, eso también pasará; y aunque hoy mi paladar ansíe el sabor de más queso y más pan, eso también eso pasará, porque soy luz, y este anciano en realidad es solo un disfraz que hoy me he puesto para hablar contigo; y este anciano a su debido momento desaparecerá, y tendrá un final, como tuvo un principio.

Y esa niña también tendrá un final, como tuvo un principio. Y el día de mañana tendrás piernas nuevas, más fuertes, más rápidas, y tendrás ojos de otro color, y tendrás más o menos pelo, y serás distinta, y ya no serás niña... a lo mejor serás niño, a lo mejor un caballo...

— Sí, quizá seas caballo. —Pensó el anciano— Quizá seas el caballo más rápido, quizá seas el caballo más incansable, quizá seas un potro negro que mueva la crin en armonía con el viento y que se deje llevar por las más poderosas zancadas, corriendo a través de infinitos valles y escalando y trotando por infinitas montañas...

— ¿Todo eso podré hacer? —dijo la niña.

— Eso y mucho más. Si las piernas se te quedan cortas, si las patas del potro se quedan cortas, ponte alas ¿Por qué no, si eres luz? —dijo el anciano.

— ¿Alas? —dijo la niña.

— Sí ¿Qué mejor forma de correr que volar?, ¿qué mejor forma de correr que saltar por encima de montañas enteras?, ¿qué mejor forma de correr que atravesar mares simplemente aleteando tus alas? Sé águila. —dijo el anciano— Mejor aún, sé águila, no seas potro; no seas potro, sé águila.

— La niña le miraba extasiada— ¿Puedo ser águila?

— Claro. —dijo el anciano— La luz no tiene límites. La luz es eterna, es ilimitada. Es la niña la que tiene límites, pero tu luz, que es eterna, ilimitada, que todo puede hacerlo, que todo puede vivirlo, puede ser águila si así lo desea. Y cuando desees ser águila lo serás. —dijo el anciano— Tan simple como chasquear los dedos.

— ¿De verdad? —dijo la niña, cada vez más asombrada.

— Sí. —dijo el anciano— Es más, yo también quiero ser águila. Te propongo un trato. —dijo el anciano.

— ¿Cual? —dijo la niña.

— Mira, cuando sea águila te esperaré, y juntos volaremos, y juntos compartiremos el alimento, y juntos nos iremos de las nubes, y asustaremos a las palomas... ¿Te apetece? —dijo el anciano.

— Sí. —dijo la niña— ¿Me esperarás?

— Claro. Soy luz: El tiempo no tiene significado para mí, puedo ser águila cuando yo quiera ¿qué más me da? Es más, ya no quiero ser anciano, me doy cuenta de que mis piernas también me duelen, me doy cuenta de que la artritis y el reuma me molestan, me doy cuenta de que mi vista cada vez ve peor, ¿Sabes lo que te digo?

— ¿Qué? —dijo la niña.

— Que hoy va a ser la última vez que sea anciano. Mira, lo que voy a hacer es lo siguiente: beberé un poco de vino, el vino me gusta, y después dormiré, y en cambio de dormir y despertar, simplemente prolongaré mi sueño, abandonaré este traje y volveré a ser luz, y siendo luz te esperaré.

Y llegará un día en que tú también quieras dejar de ser niña, y siendo luz los dos elegiremos ser águilas, y volaremos juntos, y nos reiremos, y nos mutuamente acompañaremos en el camino del águila, que es un camino hermoso, de libertad, de alegría, también un camino duro, pues no es fácil al principio matar a nuestras presas, pero es nuestro camino, y hay que aceptarlo tal como es, como todo aquello que forma parte del camino: con la alegría, y con la sangre, con el dolor que provocamos, y con la libertad que vivimos.

Ese es el camino del águila, y un camino no puede ser fragmentado, dividido, separado, tiene que vivirse y recorrerse en unidad, porque la luz no se fragmenta, porque la luz no se divide, porque los caminos se recorren así: en unidad, para comprenderlos, experimentarlos, realmente.

Así pues, —dijo el anciano— me voy. Pronto nos veremos y seremos águilas, pero antes volveremos a ser luz, lo que verdaderamente somos. Una luz eterna, una luz que no entiende de dolor, una luz que no entiende de limitaciones, una luz que elegirá ser águila. Así pues, seremos luz, y cuando seamos luz volveremos a ser águilas, una y otra vez, todas las veces que tú quieras, pues después de todo no hay nada que nos prohíba ser águilas más de una vez —dijo el anciano.

— ¿No? —dijo la niña.

— No ¿Por qué? Si te gusta ser águila, vuelve a ser águila. Cuando te canses sé potro, o sé niña... lo que tú quieras. La luz no tiene limitaciones. La luz no tiene fronteras. La luz no tiene razas. La luz no tiene credos. La luz es luz que a todos ilumina. La luz es luz que a todos ilumina.

Y diciendo esto el anciano besó la frente de la niña, y bajo a la cocina a beber un poco de vino.

La niña y el anciano ya no volvieron a verse, no siendo niña y anciano. Pero el día en que la niña

dejó de ser niña encontró en la luz un viejo amigo, un viejo amigo que la esperaba para ser águila. Y así volaron juntos. Y así volaron durante largos días y largas noches.

Luz. Solo somos luz, nada más.

Nada más que luz.

El Fuego

Lo miré asombrado. No lo entiendo. —pensé — No entiendo qué tipo de animal cambia tanto de forma. No entiendo qué tipo de animal puede moverse así, sin sujetarse, sin asirse a nada, parece que escala en el aire y al mismo tiempo parece que se divide, y pequeños trozos de él vuelan libres como mariposas y después se desvanecen...

¿Qué tipo de ser?, ¿qué tipo de criatura es ese que tanto cambia y sigue siendo el mismo?, ¿qué tipo de ser, qué tipo de criatura es ese que cuando me acerco me daña y que, sin embargo, al mismo tiempo es una bendición, porque me da calor, porque me da la posibilidad de que esta carne que me repugna que es dura, que es, en cierta forma, desagradable, la convierte en un manjar? ¿qué tipo de ser, qué tipo de criatura es ese fuego, al que mi padre llama así, pero cuya naturaleza tampoco él entiende?

El fuego, que no lo podemos dominar, que no lo podemos controlar, que en ocasiones ni siquiera somos capaces de apagarlo, y si lo apagamos no somos capaces de que vuelva a vivir.

¿Qué tipo de ser es este al que apenas podemos matar, que no siente el dolor de las lanzas, ni los golpes de las piedras?, ¿qué tipo de ser es este al que no puedo dañar con mis manos?, ¿qué tipo

de ser es este que se fragmenta, se divide y cambia constantemente de ser para seguir siempre siendo el mismo?, ¿qué tipo de ser es este que no entiende de control ni de dominio, que parece que tiene voluntad propia, que escapa a mi comprensión?, ¿qué tipo de ser es este al que rezamos para que nos caliente, al que rezamos para que no nos queme?, ¿qué tipo de ser es este?

El chamán, el viejo chamán, que siempre se empeña en que lo sabe todo, asiente a todo lo que le digo, pero en realidad no me explica nada. Hace como si me escuchase, como si me comprendiese, y como si razonase conmigo. En cierta forma parece que me explicase algo, pero en realidad solo son palabras vacías las que me dice cuando le pregunto sobre este ser tan extraño. En el fondo creo que ni él entiende qué somos, quien es él, y sobre todo qué es este fuego que arde a la entrada de la cueva.

Le pregunto sobre mí y apenas me farfulla unas palabras que no pude entender. Le preguntó sobre la naturaleza que me rodea y apenas me da explicaciones. Pero cuando le pregunto sobre el fuego, ahí, en ocasiones calla. Ni siquiera él entiende aquello que no puede asir con sus manos, que no puede trasladar de un sitio a otro con seguridad, sino que parece que lo tienes que llevar agarrado en el extremo de un palo.

¿Cómo encarcelarlo?, ¿cómo atarlo? Nada le sujeta y, sin embargo, de repente fallece, se extingue, o al contrario, cobra fuerza y se multiplica. ¿Qué tipo de ser es este que no entiendo?

A veces parece que quiere volar en el aire y, sin embargo, cuando llega la lluvia la teme, se oculta, se retrae.

La lluvia. La lluvia es una bendición. La lluvia me refresca, me da de beber, llena el arroyo de agua que a su vez beben los peces, que después me comeré yo, que después, es más, asaré sobre este fuego.

¿Qué tipo de ser huye de las bendiciones que la lluvia trae y, sin embargo, se recrea en los palos secos que de nada valen? ¿Qué tipo de ser es este, que no entiendo, que mi mente no puede entender, no puede asir, no puede, en cierta forma, ni siquiera expresar?

Y, sin embargo... sin embargo, qué hermoso es. Me siento a su lado y le miro, y aunque no lo entiendo, lo admiro.

Parece que, en cierta forma, me reflejase en él. Parece que yo también fuese siempre cambiante, que mis manos que hoy son estas, quizás mañana sean de otra manera, no lo sé. Me atrae y me repele porque le temo, pero al mismo tiempo no quiero alejarme de él. No quiero que

se extinga, que fallezca, pero tampoco quiero que crezca tanto que no pueda dominarle.

¿Qué tipo de ser es este al que temo, no entiendo y amo?, ¿qué tipo de ser es este?

Un día, en lo más crudo del invierno, cuando solo el fuego mantenía alejado el frío, el dolor y la muerte, llegó, no sé de dónde, no sé hacia donde, un extranjero. Un hombre, solo, que vagaba, parecía carente de sentido, de norte, guía y brújula y, sin embargo, en sus ojos solo se veía la determinación. La determinación de quién sabe qué objetivo sigue en la vida. La determinación de quién sabe qué camino recorren sus pies. La determinación de quién sabe qué instrumentos y herramientas necesitan sus manos para alcanzar sus metas. Pero esa determinación yo no la entendía tampoco.

Me hablaba de lejanas montañas, de lejanos valles, de arroyos inmensos, a los que él llamaba mar, con peces tan grandes que no podían ser sujetos ni siquiera entre dos hombres... ¡Imposible! —Pensaba yo— otro mentiroso más, uno de aquellos vagos que, sin rumbo, de vez en cuando vienen a suplicar comida, calor y compañía, y que antes o después huyen, sobre todo cuando les pedimos que, en cierta forma, aporten algo a la comunidad. Uno más, pensé, de esos locos, de esos vagos, de esos sin sentido que van de un lado a otro, perdidos sin rumbo,

vagando entre lo desconocido que a veces vienen y a veces se van.

Sin embargo, este hombre en su conversación, definía con claridad aquello que quería, aunque yo no le entendiese bien, definía con claridad aquello que buscaba, aunque yo tampoco lo entendía. Y, sobre todo, hablaba del fuego, ¡Del fuego! de aquello que ni siquiera el chamán entendía, él parecía comprender.

Me habló de cómo a veces la vida, (el fuego), nace de aquello que es inerte. De cómo simplemente dos piedras, dos piedras inútiles, dos piedras que desprecio, dos piedras, que, si tuviese que arar arrojaría a un lado, pueden prender aquello que es tan valioso.

¿Cómo la vida —pregunté— puede nacer de la muerte?, ¿cómo la vida, un ser tan poderoso, tan incomprendible, tan hermoso, tan cambiante, tan voluble y que, sin embargo, siempre es el mismo pueden nacer de dos piedras, de dos piedras que de nada valen, que para nada quiero, dos piedras sin valor ninguno?

Y él me hablaba, yo apenas entendía, pero él me hablaba de que la chispa originaria era pequeña, pero el ser podía crecer hasta el infinito.

Me hablaba de cómo cambiamos para seguir siendo los mismos. Me hablaba de cómo unas veces tengo un aspecto y otras veces otro, y de

cómo el fuego es lo mismo. De cómo mis deseos alimentan a mi corazón igual que el viento alimenta al fuego. De cómo, a veces, aquello que yo considero una bendición, la lluvia que me refresca, es incluso una maldición, algo que me hace huir, algo que me atemoriza.

¿Cómo puede ser algo bueno al mismo tiempo algo malo? —preguntaba yo— ¿Cómo puede existir esa dualidad?, ¿cómo puede ser la bendición de la lluvia una maldición?, ¿cómo algo que me limpia, me refresca, algo que me da fuerza y que alimenta a los peces que después yo como, puede convertirse en algo maldito?

¿Qué tipo de ser es este que me habla de una dualidad?, ¿qué tipo de ser es este que me dice que soy yo quién decide si la lluvia es buena o mala, si es obvio que es buena? ¿Cómo va a ser malo aquello que me alimenta?, ¿cómo va a ser malo aquello que me refresca? Si el fuego huye de ella será porque el fuego es ignorante, será porque el fuego no comprende la naturaleza de la lluvia. ¿Cómo va a ser algo tan bueno al mismo tiempo malo?

Y, sin embargo, este hombre, que decía haber viajado tanto, me hablaba de como la lluvia podía incluso matar campos enteros, de cómo podía acabar con la vida de animales tan grandes que me superaban en tamaño...

¡Animales que me superaban en tamaño! Jamás ha existido eso en mi universo, jamás lo he visto, jamás lo he palpado... ¡es mentira! y me miente descaradamente... ¿Qué tipo de ignorante cree que soy?, ¿qué tipo de ignorante cree que soy, que exhibe lo que él llama verdad, cuando no sabe que yo, en cierta forma, le he cazado... ¡Es mentira!, ¡todo es mentira! Yo no he visto eso... eso no puede existir...

Y, sin embargo, él insiste, en animales con cuernos, con pezuñas, con garras, con dientes que jamás he visto ni veré, pues no existen, pues mi mente no las entiende, pues mi lenguaje no tiene palabras para definirlos, y aquello que mi lenguaje no define, no existe. ¿Cómo va a existir aquello que es inexpresable por mi boca?, ¿cómo va a existir aquello que es, en cierta forma, inaprehensible por mi mente?, ¿cómo va a existir aquello que ni mi padre ni yo hemos visto, que mis hijos no verán?

Y, sin embargo, él se obceca en mentirnos. Es más, el chamán le cree. El chamán, ese viejo ignorante que hace y dice cosas que nadie entiende, que se las da de sabio, de venerable, de profundo, cuando en realidad no hace nada, no dice nada, no aporta nada... Son mis manos las que se hunden en la tierra para traer alimento, son mis pies los que corren detrás de las presas...

Él solo nos habla de dioses. Él solo nos habla de la naturaleza, de cosas que están ahí que nada aportan. Lo que cuenta es la carne, lo que cuenta es la sangre, lo que cuenta es el músculo que es el que caza, lo que cuenta es mi mente que me dice cómo tengo que construir una lanza...

El resto, el resto no tiene nada que ver conmigo, estrellas que, en cierta forma, rigen mi destino... ¡tonterías! Lluvias que se convierten en maldiciones... ¡tonterías!

Mi lanza, ¡eso sí es importante! Mi lanza, que me defiende de los animales, que caza. Mis manos que golpean, mis manos que labran ¡Eso sí es importante!

¿Qué puede importar lo que exista más allá de esta cueva? ¿Qué puede importar aquello que mis ojos no ven? si yo conozco todo, y todo tengo lenguaje para definirlo ¿Qué puede importar?

¿Qué pueden importar los caminos que mis pies no recorren?, ¿qué pueden importar?

Y mientras nos explica todas las cosas yo sigo pensando en el fuego. Él me dice que el fuego puede llegar a ser infinito, que puede no tener, en realidad, casi ni un principio ni un final, que el Sol mismo es fuego. ¿El sol?, ¿fuego? ¿Qué clase de fuego hay que por la noche ya no está, que por el día nace del aire?, ¿qué clase de fuego puede ser ese? ¿un fuego tan grande que está por encima

de las nubes?, ¿qué clase de fuego puede ser ese?

El viajero sigue hablando, me dice que el fuego es dual, que puede, en cierta forma, destruir, pero que también puede crear. Que la vida, que el universo es así: dualidad. Que lo que hoy es bendición mañana es maldición, que todo en exceso es malo, que todo tiene que vivirse en equilibrio, que no se puede ser demasiado sabio ni demasiado ignorante, que no se puede ser demasiado altanero ni humillarse en demasía, que todo tiene que ser en su justa medida, que si no será como el fuego que todo lo devora o que se extingue y deja de calentarme, que tengo que vivir en un término medio, entre el frío extremo y el calor extremo ¿De qué habla? ¿Cómo puede estar mi estómago demasiado lleno?, ¿cómo puedo tener demasiadas pieles con las que cubrirme en invierno?, ¿cómo puedo pasar demasiados veranos?, ¿cómo puedo pasar demasiadas noches de placer con mi esposa?

¿Qué es la demasía? La carestía la conozco. Sé lo que es el hambre, sé lo que es pasar frío, pero ¿Cómo puede pasarse lo contrario? ¿Cómo puede haber algo tan distinto de mis experiencias, tan incomprensible para mí y que sea real? No lo entiendo... ¡Todo son mentiras!

Y mientras el viajero sigue hablando. Sigue hablando de como el fuego es purificador, que

limpia... El fuego. Que transforma la tierra, incluso la tierra estéril, en objetos que sirven para comer, para beber...en cuencos, en tazas... simplemente por el efecto del fuego, que incluso puede llegar a hacer que cosas que son duras, que se pueden agarrar, que se puede utilizar como proyectiles se vuelvan blandas... Cristal... que se puede ver a través del cristal... El fuego, todo eso puede hacer el fuego.

Él dice que el fuego puede cambiar lo que es el estado físico de las cosas, pero también dice que el fuego llega más allá... que el fuego puede modificar la energía que tiene todo... ¡La energía! ¡Ahora dice que no soy cuerpo! Ahora dice que soy algo que es como el aire, que es como el Sol porque tiene calor, que es como las nubes porque es voluble y al mismo tiempo mantiene una esencia constante, que es como el fuego, en definitiva. Ahora el fuego y yo somos hermanos...

El fuego, que no entiendo, ahora es mi hermano... tendrá mi carne, tendrá mi sangre, vendrá de la misma madre... ¡No lo entiendo!

Me dice que sí, que el fuego y yo en el fondo somos similares, que somos energía, que cambiamos de forma, pero seguimos siendo lo mismo. ¡Ahora me dice que mi cuerpo no es mío!, ¡ahora me dice que mis huesos no serán míos!, ahora me dice que tendré otros huesos, que mi cabello será de otro color, que mis ojos serán

distintos... ¿Cómo es posible? Eso ni siquiera el chamán lo dice... ¡Está él más loco que el propio chamán!

En fin... Sigue hablando del fuego. Dice que nuestra naturaleza es la misma, que evolucionamos, que a veces parece que vamos a fallecer, que otras veces parece que no vamos a nacer, que la única diferencia real entre el fuego y yo, (entre el fuego como lo conozco, cómo lo veo en esta cueva y yo), es que yo jamás he muerto, que yo jamás he nacido.

Que el fuego es una representación de lo que soy: cambiante, voluble; que en exceso puedo destruir; que en defecto, en cierta forma, desaparezco, pero en mi caso tampoco desaparezco... ¡No lo entiendo!

Dice que soy como el sol, que soy más poderoso que el Sol... El Sol... Yo no puedo volar más alto que el sol, no puedo superar las nubes ¿Cómo voy a ser yo más poderoso que el sol? Y siguió hablando, y mi cabeza ya dolorida decidió que era hora de retirarse.

Me tumbé en el fondo de la gruta con aquella a la que llamaba esposa, rodeado de aquellos a los que llamaba hijos, que según él ni siquiera serían siempre mis hijos, porque un día podrían ser mis hermanos, o mis padres, o mis amigos.

Demasiados conceptos nuevos, demasiadas mentiras, en definitiva —pensé— y, sin embargo, mi mujer rumiaba algo en la cabeza...

— ¿Qué piensas? —le pregunté—

— Pienso en el futuro —dijo ella.

— ¿En el futuro? —Mi mujer siempre igual, siempre pensando... ¡Qué poco práctica!

Mientras yo cazo, ella piensa en lo que será de nuestros hijos; mientras yo busco recolectar, ella piensa en cómo pasaremos el invierno siguiente... ¡Ay! mi mujer...

— ¿En qué piensas? —pregunté— (más que nada por no enfadarla).

— Pienso en el futuro, pienso en mis hijos pienso en que un día yo moriré, y que quizá ellos también. Sí, también ellos morirán... Pero el visitante dice que no, que, aunque en cierta forma cambiemos seguiremos siendo fuego...

— Sería bonito ser fuego —Me dijo.

— ¿Bonito? —Dije yo.

— Sí... imagínate ser fuego, imagínate poder alumbrar, ser luz, ser calor.. Imagínate que, en cierta forma, no estuvieses limitado por esta cueva, no estuvieses limitado, ni siquiera, por esos valles que nos rodean y esas montañas.

Imagínate ser fuego, imagínate dejar fragmentos tuyos que vuelen independientes...

— ¿Fragmentos míos que vuelen independientes?

— Sí, —dijo ella— imagínate que en todo lo que te rodease dejases una pequeña chispa de ti mismo, como un pequeño fragmento, algo que está unido a ti, aunque sea tan pequeño que los demás no lo vean, aunque sea tan pequeño que ni siquiera yo, tu mujer, pueda verlo, pero que esté ahí, y en todo deje esa pequeña huella, esa pequeña impronta que me une a ello, que me ata en ciertas ocasiones a ello, que hace que todo sea parte de mí.

— ¿Parte de ti? —dije yo— ¡Los desvaríos esta noche no tienen fin!

— Sí, parte de mí. —dijo ella— Si yo soy fuego y dejo chispas, esas chispas tienen mi naturaleza, son como yo, son yo... si son yo, todo forma parte de mí: estoy unido a todo, estoy unido a mis hijos, estoy unido a la montaña, estoy unido al río y a los valles que me rodean, e incluso el día que mi cuerpo fallezca si ese fuego sigue ardiendo yo estaré aquí vinculado a todo, formaré parte de todo, es más, podré un día adoptar una forma nueva. Sí, ya sé. — ¿Qué es lo que sabes? —pregunté, ya asustado.

— ¡Quiero ser ciervo!

— ¿Ciervo?

— Sí, les has visto correr, has visto lo libres que son. Yo apenas puedo correr, desde que me rompí la pierna apenas puedo ni siquiera andar. Esa herida que tanto me sujeta ya no... no me deja ser libre ¡Quiero volver a ser libre!, ¡quiero ser ciervo! Y beber del mismo arroyo, pero esta vez lo saltaré de un solo brinco, y correré y jugaré y, una y otra vez, contemplaré las montañas que hoy divisé.

O no. Si soy ciervo podré ir más allá... si soy ciervo puedo ir más allá de los bosques y las montañas... sí, seré ciervo.

— Mira, —dije yo— si quieres ser algo, se águila. Vuela lejos, diviértete, juega con las nubes... y sobre todo déjame dormir, que ya es tarde.

— ¿Para qué voy a ser águila? —dijo mi mujer— si puedo ser ciervo. El ciervo es hermoso, el ciervo defiende su territorio y cuida de aquellos que ama. El águila no tiene nada, solo tiene el aire, se mueve constantemente, no tiene apenas ataduras, y yo necesito un hogar auténtico, no un nido al que volver muy de vez en cuando.

— Bueno, —dije yo— pues seas lo que seas, lo serás en otro momento, ahora tendremos que centrarnos en esta noche, tendremos que centrarnos en lo que vivimos ahora, y yo tengo sueño. Quizás sea hora de volver a centrarnos en

lo que soy, y ahora soy un hombre cansado. Un hombre que esta noche tiene que descansar, para mañana poder volver a salir a cazar, a recolectar.

— En eso tienes razón. —dijo ella— Quizás es momento de descansar y centrarnos en lo que soy, y hoy también soy una mujer cansada. Llego la hora de dormir, mañana seguiremos disertando sobre el fuego, el ciervo y el águila, pero hoy viviremos el presente que después de todo es lo más importante.

— No podemos dejar —continuó diciendo mi mujer— que las discusiones sobre el color de las estrellas nos hagan olvidar el momento en el que vivimos. No podemos dejar que las discusiones sobre lo que mis hijos o yo seremos en otro día, me haga olvidar el momento en el que vivo. No puedo dejar que la naturaleza del fuego, que no entiendo, me haga olvidar el momento que vivo. Después de todo soy una mujer cansada, y una mujer debe dormir. Quizá mañana sea distinto, pero hoy debo dormir.

Y así, cerró los ojos, y yo a su lado quedé dormido, y soñé, aunque no recuerdo con qué, soñé.

Quizás, solo quizás, soñase con ser águila, o quizás, solo quizás, soñase con ser fuego.



El buscador de Sirenas

Papá, ya sé lo que quiero hacer de mayor.

— ¿Sí, hijo? ¿Qué quieres hacer? Cuéntame.

— Quiero... ¡Quiero ser buscador de sirenas!

— ¿Buscador de sirenas? Bueno hijo, no digo que no fuese un buen trabajo, desde luego sería divertido, pero tienes que ser un poco más práctico y buscar algo que te dé de comer, algo que te permita pagar las facturas...

— Pero Papá, yo quiero encontrar sirenas.

— ¿Y para qué, hijo?, ¿para qué quieres encontrar sirenas?

— Bueno... Primero, porque son muy guapas; segundo, porque viven en lo profundo del mar donde nadie las ve, así podré decir que yo he sido el primero en encontrarlas; y tercero, porque todos dicen que no existen, así yo podré demostrar que sí que existen, que es mentira que son falsas.

— Bueno hijo, nunca nadie ha encontrado sirenas. Si nadie ha encontrado sirenas a lo mejor es verdad que no existen.

— Pero papá, en los libros vienen las sirenas, vienen en los cuentos, y en las leyendas, y creo... creo que, hasta Ulises, creo que hasta Ulises las vio.

— Pero bueno hijo, los libros a veces cuentan cosas que no son así, a veces son metáforas, a veces son ejemplos ¿Sabes? Tampoco hay que hacer mucho caso a los libros siempre.

— No papá, yo no creo que sea así. Yo creo que muchas veces los libros lo que dicen es verdad, y después somos nosotros los que no queremos creerlo porque no es lo que nosotros conocemos, porque nosotros no hemos visto nunca eso, o porque nos enseñaron en el colegio que había que limitarnos a una interpretación estricta, y muchas veces superficial, de todo lo que nos pasa, sin buscar nada que pueda parecer mágico, asombroso o aventurero.

— Hijo, es que en la vida la magia o la aventura normalmente no existen. La aventura como mucho, como mucho, es ir de viaje a un sitio que no conoces, y que a lo mejor comen comida exótica, o que a lo mejor no tienes ducha para ducharte. Eso, eso sí es una verdadera aventura hijo.

— Pero papá, la aventura es mucho más. La aventura es encontrar lo que nadie conoce, llegar más allá de los límites que te imponen el colegio

o en el trabajo, conocer sitios en los que nunca nadie ha estado, y sobre todo papá ¿Sabes cuál creo que es la mayor aventura?

— ¿Cuál hijo?

— Conocerse uno mismo...

— ¿Conocerse uno mismo, hijo? ¿Por qué?

— Bueno, siempre estamos viendo mapas y planos en los que hay mares desconocidos, montañas que nadie ha escalado, valles en los que nadie ha entrado. Pero todo eso en realidad es muy pequeño... Si te das cuenta el mundo es tan pequeño que, si dedicamos toda una vida a recorrerlo, podemos recorrerlo entero sin que nada nos quede por visitar.

— Bueno hijo, sí, es verdad.

— Pues Papá, por mucho tiempo que dediquemos a conocernos, por mucho tiempo que, en cierta forma, dediquemos a recorrer nuestros valles y nuestras montañas, en una vida no nos daría tiempo a conocer todo. Hay mucho, muchos secretos, muchos tesoros, muchos misterios, y sobre todo muchas aventuras que me esperan dentro de mí. Y estoy seguro que, aunque dedique toda mi vida a conocerme, no me conoceré del todo.

— Pues entonces, hijo, no tiene sentido ni que lo intentes ¿Para qué voy a empezar algo que no lo voy a poder terminar?

— Pero papá, es que tengo muchas vidas también para hacerlo. Tengo muchas vidas para encontrar el camino.

— ¿El camino hijo?

— Sí, el camino de vuelta al hogar. Después de todo yo estoy aquí de excursión, estoy aquí de viaje, estoy aquí, en cierta forma, para conocerme, para jugar, para recorrer paisajes que no conozco... Pero antes o después volveré al hogar.

— Pero hijo, ahora ya sí que no te entiendo ¿De qué lugar me hablas?

— Pues el hogar, papá. El hogar que es mi verdadera naturaleza, lo que soy yo verdaderamente. Y no soy solo un niño; no soy solo, a lo mejor, el trabajador de una fábrica; no soy solo, a lo mejor, el director de un banco, o una doctora... Soy mucho más que todo eso. Por eso te digo que quiero buscar sirenas, porque las sirenas son, en cierta forma, misteriosas, parecen inalcanzables, pero... ¿Sabes qué?

— ¿Qué, hijo?

— Que en el camino de encontrar sirenas encontraré muchas más cosas, porque las sirenas, cómo viven en mares desconocidos, como se rodean de secretos ocultos y de misterios que nadie conoce, todo eso lo iré descubriendo en el camino para descubrirlas a ellas, y ¿Sabes qué? que las sirenas donde se esconden verdaderamente es dentro de mí, papá.

— ¿Dentro de ti, hijo?

— Claro... si vienen en los libros es porque alguien, en cierta forma, las ha conocido, y normalmente en el libro pongo lo que conozco, y lo que conozco nace de mí. Es verdad que puedo hablar de los valles y montañas que me rodean, pero cuando escribo de ellos estoy, en cierta forma, escribiendo la imagen que yo tengo de ese valle, la idea que yo tengo de esa montaña: cómo la siento, si me gusta, si me disgusta, si para mí es alta o baja.

Al final escribo de mí, papá. Siempre que escribo, escribo de mí; da igual de que vaya el cuento o la historia, da igual que intente dibujar un plano o un mapa, siempre hablo de mí. Por eso, cuando hablo de sirenas, hablo de algo que hay dentro de mí, y yo quiero encontrar esas sirenas, así que voy a buscarlas.

Voy a empezar este camino conociéndome, buscando sirenas... y encontraré muchos tesoros

papá, y encontraré misterios, y encontraré seguro cosas me no gustan, incluso que me asustan... pero bueno, si ese es el camino, lo tendré que recorrer.

Además, soy como debo ser. Después de todo, aunque los demás me digan que tengo que ser de una u otra manera, yo soy como soy y punto. Y tengo que conocerme, y mientras busco sirenas encontraré todos esos tesoros, y encontraré esos misterios, y grutas, y mares... encontraré de todo papá, y mucho de ello no lo conoceré, no lo conozco aún, pero poco a poco iré conociéndolo.

— Hijo, esa tarea está muy bien y, en cierta forma, me parece muy bien que la hagas, pero tienes que acordarte de que lo importante es que estudies matemáticas, que estudies lengua, que estudies historia, para poder tener un buen trabajo, para, en cierta forma, poder triunfar y ser aquello que quieres ser en la vida.

— Pero papá ¿Qué mayor triunfo puedo tener que conocerme a mí mismo? Además, sí, la historia, la lengua, las matemáticas, me pueden dar un buen trabajo, puede ser, pero después de todo, todo lo que voy a vivir lo voy a vivir en función de mí mismo.

Así que si me conozco bien sabré lo que quiero vivir, cómo vivirlo... sabré cómo afrontar los sustos que me da la vida, las desgracias, y como

alegrarme ante las sorpresas, y cómo disfrutar las alegrías.

Yo no digo papá que no vaya a estudiar matemáticas... ¡Qué lo voy a hacer, no te preocupes, que hago los deberes! Pero también quiero aprender de mí mismo. Quiero buscar esas sirenas que hay en mi interior, que otros encontraron antes que yo, conque están ahí.

Después de todo, todos tenemos que ser más o menos iguales, digo yo. Así que, si los autores de otros libros, de otros cuentos, de otras historias tenían en su interior sirenas, yo buscaré mis sirenas y escribiré mis propios cuentos y mis propias historias y se las leeré a mis amigos en la hora del recreo. Y juntos hablaremos de las sirenas que ellos también tienen dentro de sí.

— Bueno hijo, por de pronto lo veo es que tienes mucha fantasía y mucha imaginación.

— Sí papá, y eso es muy bueno. Y ¿Sabes por qué?

— No hijo, ¿Por qué va a ser bueno?

— Porque cuando tengo fantasía y cuando tengo imaginación no me limito, y cuando no me limito, en cierta forma, me estoy permitiendo a mí mismo vivir, experimentar, aprender cosas más allá de la educación, del intelecto y de la lógica, que se supone que son mi guía cuando en

realidad son una venda que me pongo en los ojos.

— Hijo, todo eso que dices es necesario.

— Sí papá, es necesario, pero no es lo único necesario en mi camino. Yo necesito saber matemáticas y necesito conocer las leyes que hay en este país, pero también necesito conocer las leyes que hay dentro de mí, necesito conocer todo lo que dentro de mí hay, para poder así encontrarme a mí mismo, y en ese camino plasmar todo en el exterior, y escribir mis cuentos y mis historias, y también mis días y mis noches, y hacerlo papá con sabiduría, no a lo tonto. Sé que busco sirenas, sé que me dices que las sirenas no existen, pero sé que están dentro de mí. Así que no voy a coger un barco, ni un avión, ni un tren... voy a coger lo único que necesito para este camino: Silencio.

El silencio que me permite oírme, el silencio que me permite conocerme, el silencio que va a ser, en cierta forma, todo lo que necesito para este viaje, un viaje muy largo, tan largo que en esta vida no lo voy a completar, pero no pasa nada, seguiré en otra vida.

En otras vidas que vengan también seguiré buscándome, y poco a poco me iré encontrando, y llegará un día en que vuelva a mi hogar.

Cuando me encuentre de verdad, cuando haya recorrido este camino de forma completa, cuando haya recorrido este círculo que empieza en el mismo sitio que termina, que termina en el mismo sitio que empieza, entonces ya habré llegado a mi hogar, y podré plantearme otros viajes, esta vez distintos, y esta vez no seré ni tu hijo, ni el hijo de nadie, ni el padre de nadie tampoco, seré otra cosa...

— ¿Otra cosa hijo?

— Sí, otra cosa. A lo mejor no tengo huesos, a lo mejor no tengo carne... ¿Te imaginas vivir sin carne, o vivir sin huesos? ¿Qué se podría hacer si no estuviese limitado por la carne y el hueso? A lo mejor ni siquiera sabría lo que es el concepto del tiempo. A lo mejor no tendría problemas para estar aquí o en cualquier otro sitio al mismo tiempo. A lo mejor no tendría que hacer las cosas en orden, primero el uno y después el dos... A lo mejor podría saltar de uno a otro número, y saltar los meses como yo quiera, y los años como yo quiera, y no tendría límite ninguno papá.

Y todo eso lo viviré cuando me reencuentre. Y en ese camino encontraré esas sirenas que me están esperando, y encontraré unicornios y hadas, y gnomos y duendes, y salamandras y brujas, y magos de gran poder, y sabios de gran corazón...

Y todo eso papá lo voy a encontrar aquí, en el silencio, sentado en mi habitación o contemplando el paisaje. Simplemente en el silencio encontraré todo aquello que busco, no necesito más zapatos que esos, papá: El silencio...

— Hijo...

— Sí, papá... Con el silencio, todo lo encuentro. Con el silencio recorro mi camino. Con el silencio que me permite escucharme, conocerme... El silencio papá, solo el silencio. Ahí, en el silencio es donde viven las sirenas, papá, en el silencio.

Hoy me desperté feliz

Hoy me desperté feliz, aunque no entendía por qué.

Según me levantaba pensé: Bueno, tampoco hace falta ninguna razón concreta para ser feliz. Después de todo me cuesta lo mismo ser feliz que ser desgraciado, y hombre, prefiero ser feliz —dije, mientras sonreía.

Así pues, me dirigí hacia la cocina, tenía hambre, había que desayunar. Empecé a prepararme el desayuno, y seguí pensando: Pero en realidad, aunque digo que no tengo, o que no necesito, ninguna razón para ser feliz ¿Por qué hoy soy feliz y ayer era desgraciado? Mi vida, en realidad, sigue siendo la misma. Sigo teniendo el mismo trabajo mal pagado, sigo sin tener una pareja que realmente me quiera, mis amigos... bueno, así, así... digamos que más que amigos son conocidos y, sin embargo, ayer cuánto sufría, y hoy cuánto agradezco.

Ahí está quizás, ahí está —pensé— ahí está la diferencia entre ser feliz y ser desgraciado.

Una diferencia que se basa primero en la perspectiva, después de todo ayer, en teoría, soy igual que hoy, pero algo ha cambiado: Mi perspectiva y mi agradecimiento.

Sí, quizás sea eso. Ayer cuando me fui a la cama después de llevar todo el día triste y enfadado, pensé que, bueno, que había gente peor que yo; pensé que, bueno, que aunque mi situación no es la ideal, o no la que yo consideraría ideal, sí que tengo cosas en mi vida que me gustan; y ahí empecé a agradecer, y me acuerdo que antes de dormirme me iba dando cuenta de que según agradecía parecía que la vida se volvía más generosa conmigo.

Empecé a valorar más a mis amigos, o conocidos. Empecé a valorar más mi trabajo, después de todo pago las facturas con él. Empecé a valorar más mi salud, que nunca falla. Empecé a valorar más.

Y según fui valorando más, me di cuenta de que a lo mejor no tenía que frenarme, no tenía que valorar solo lo que a mí me parece bueno, lo que me parece fácil, lo que me parece sencillo y agradable. A lo mejor tenía que valorar y agradecer también aquello que en cierta forma es desagradable.

Mi jefe es bastante antipático, y es muy exigente, pero, sin embargo, sin embargo, reconozco que gracias a él he aprendido mucho. Y he aprendido, por ejemplo, que no tengo que permitir que me avasallen. Y he aprendido, por ejemplo, que a veces hay que saber decir que no, que eso de ser bueno hay que diferenciarlo mucho de eso de

ceder siempre, o de ser incluso tonto. Y he aprendido, por ejemplo, que hay que hacerse respetar, y hacerse respetar con educación, pero con firmeza. Y todo eso lo he aprendido gracias a él, que no me cae bien, pero sí le tengo que dar las gracias.

También he aprendido gracias a estar solo, que, aunque nadie me quiera, me quiero yo. Que no hace falta una pareja para ser feliz, que soy libre e independiente, y que puedo hacer muchas cosas que con pareja no podría, y eso también es de agradecer.

Y he aprendido que mis conocidos, o amigos, (a veces no sé ni lo que son), es verdad que a veces parece que no confiamos mucho el uno del otro, pero después cuando tengo un problema ahí están. Cuando enfermé, vinieron a verme. Cuando me despidieron de mi anterior trabajo me invitaban ellos a las cañas para que no tuviese yo que pagar. Al final me di cuenta de que hay que valorarlos más de lo que yo lo hacía. Así que gracias también por ellos.

Y agradeciendo me fui a la cama. Y agradecí lo bueno, y agradecí... agradecí que hoy todavía no es sábado y tengo que ir a trabajar.. ¡Da igual! Lo agradecí también, y me desperté de mejor humor.

Una vez leí en el libro de un filósofo, no recuerdo cual, que cada noche es como, como si me muriese, y cada día es como si renaciese... Sí, algo así era: Cada noche una pequeña muerte y cada alba un pequeño renacer, me parece que decía. Pues si fuese así, en esa pequeña muerte y en ese pequeño renacer mi alma aprendía. Es como si, como si leyese todo lo que he hecho en el día, como si lo repasase, como si lo estudiase y me quedase con las lecciones, y en cierta forma las integrase. Y, cuando vuelvo a renacer, es decir, cuando me despierto al alba ya he cambiado, y sí, pareceré el mismo, ¡claro que sí! sí muchas veces parece que mi vida no cambia, pero por dentro, por dentro, no sé cómo, he cambiado.

A lo mejor cuando me fui ayer a la cama agradeciendo mi alma aprendió. A lo mejor ella o yo, no sé quién aprende... igual los dos, igual ninguno... No, los dos, seguro que aprendemos los dos. A lo mejor al morirme por la noche y al renacer por el día gracias a esa gratitud, valga el juego de palabras, había aprendido algo, y hoy con una nueva vida por delante paso a otra lección. Uhm, tiene cierta lógica, un poco enrevesada pero cierta lógica, sí.

En realidad, estoy pensando ¿Cuándo agradezco qué hago? Pues cuando agradezco, no se... envío amor al universo, ¿no? Porque agradecer y amar

son cosas muy parecidas, casi, casi sinónimos, de hecho, yo diría, no sé... que la gratitud es un tipo de amor.

Bueno, a ver... dicen que el universo es como un espejo, y que te devuelve lo que tú das. No lo tengo muy claro, yo hay veces que lo dudo, pero si fuese verdad... sí, a lo mejor sí que es verdad. Si fuese verdad y doy amor, el universo me va a tener que devolver amor. A lo mejor no el mismo día, a lo mejor se lo toma con calma, pero me tiene que devolver amor. Claro, si doy mala leche, si doy enfados, si doy cabreos, y si me resisto a todo, pues claro, el universo también se enfadará... ¿Qué me va a devolver? pues un mal carácter, que reconozco que a veces tengo mal carácter. Pero bueno, que lo agradezco también. Porque mira, con ese mal carácter he aprendido mucho: Primero a frenarlo, pero también a saber sacarlo. Así que gracias por mi mal carácter.

Oye, y cuando agradezco, como es amor, también lo sano. Dicen que el amor lo sana todo.

Es más, había otro filósofo que en un libro decía que somos alquimistas, que venimos a la vida a transmutar creo que se llama... sí a transmutar. Transmutamos la escoria, lo que no tiene valor, en cosas muy importantes, en oro, sí. Y que ese proceso de transmutación, creo recordar era como aprender, como sanar, como liberar...

Y que eso había que hacerlo con fuego... claro, los antiguos alquimistas transmutaban el plomo, la escoria, en oro, y lo hacían con fuego. Ya, pero... estoy pensando, eso no se puede hacer con una hoguera... no, ya me acuerdo, el filósofo decía que había que hacerlo con un único fuego, solo un fuego valía: El fuego del amor.

Eso es, cuando yo tengo algo en mi vida que no me vale, que no quiero, que no deseo... escoria, algo sin valor, lo transformo en algo infinitamente valioso gracias a un fuego que es el fuego del amor. Eso es, el plomo y la escoria se transmutan, se transforman con el fuego del amor. ¡Vale! Ya me he quedado con ello.

Vale, entonces la gratitud es amor, cuando yo doy las gracias doy amor que transmuta aquello que no me gusta en algo que sí.

Por ejemplo: Tengo mal carácter, menos, pero sigo teniendo, bueno, pues agradezco, eso que en el fondo no me gusta, pero lo agradezco, porque si lo tengo es por algo. Cuando lo agradezco es como si le envío el fuego del amor, así que, transformo esa escoria, ese plomo que no vale nada, en algo que vale mucho, no se... a lo mejor un buen carácter, a lo mejor paciencia, a lo mejor comprensión... No lo sé, hasta ahí no llego, pero los transformo en algo, con él fuego del amor, que vale mucho más.

¡Vale! Entonces gratitud y amor casi son sinónimos. Y el amor es una llama que todo lo transmuta, y como ayer estaba agradeciendo, pues a lo mejor hoy me he levantado con lecciones aprendidas y vivo mi vida con mayor sabiduría.

Bueno, puede que sí. Voy a echarme más azúcar porque el café hoy está amargo...

Entonces vamos a ir resumiendo: Me he muerto ¡Ay!, ¡qué mal suena!, he renacido ¡eso suena mejor!, y ahora soy distinto, y soy distinto porque durante la noche, mi alma, en cierta forma, aprende, asimila, incorpora lo que he vivido.

Claro, a ver... Mientras estoy despierto yo reconozco que soy, aparte de tener un carácter un poco así amargo, soy un poco tozudo, y reconozco que mi mente no para. Es que no para, es que no consigo que pare, y al final estoy todo el día pensando. Claro, todos esos pensamientos al final se paran solo mientras duermo, y supongo que mi alma, ya cansada de tanto pensamiento, se escapará, dirá:

"¡Fuera!, me voy, me voy de vacaciones", y en esas vacaciones releerá lo que he hecho, lo aprenderá, lo asimilará, y lo incorporará; y cuando nazco de nuevo, en el nuevo día, ya vengo con la lección aprendido, y ahora cambio yo.

¡Vale! Agradecer está bien, pero si eso es así, tiene que haber más cosas que me ayuden a cambiar. La gratitud ¿Y qué más?

Bueno. A ver... me acuerdo de otro libro, ese libro decía que la gratitud tiene otra palabra que no son sinónimos, pero bueno, se dan un aire, que es la aceptación. Me decía que gratitud y aceptar estaban emparentadas, no sé en qué, pero estaban emparentadas. Me decía que aceptar había que aceptar todo: Lo bueno y lo malo; como agradecer, que hay que agradecer todo: Lo bueno y lo malo... ¡Vale!

Entonces, la aceptación. Aceptar hemos dicho que acepto todo: Lo bueno y lo malo. Acepto que tengo mal carácter y acepto que tengo buena salud. ¡Vale! Eso lo entiendo.

Pero, hay una cosa que no entiendo, vamos a ver... Tengo mal carácter, lo acepto y lo agradezco, pero si lo acepto ya no lo puedo cambiar, porque claro, lo seguiré teniendo mañana, y pasado mañana... ¿No? porque eso es aceptar, que soy como soy y punto. ¿O no?

Espérate a ver... a ver... vamos a ver... este filósofo hablaba más, decía que había que vivir en el presente, y decía que todo se hacía en el presente ¡Vale!, ya me acuerdo, ya me acuerdo... decía que la aceptación es en el presente, pero que eso no significa que mi futuro vaya a ser

igual, porque una cosa es aceptar mi presente y otra es permitir que mis miedos creen mi futuro, y eso él lo llamaba rendición. ¡Ya me acuerdo!: Aceptación es vivir el presente, y rendición es creer que mis miedos van a crear mi futuro.

A ver... aceptación, vivir el presente; rendición, creer que mis miedos van a crear mi futuro. ¡Vale!

Y había más diferencias: La aceptación lleva a la gratitud y a la alegría, (estoy contento, no me resisto), la rendición no. La rendición llevaba a la amargura, a la tristeza. Sí, eso es, a la amargura y a la tristeza. Si pienso que mi vida va a ser siempre igual, que nada puede cambiar, que mi futuro lo están creando mis miedos, pues normal que esté triste ¿Cómo voy a estar? Si es que claro...

Pero en cambio, si acepto, acepto que hoy es así, pero mañana no lo sé, mañana vete a saber, como no lo voy a crear yo, que voy a aceptar lo que venga, pues igual cambia ¡Vale! Acepto el presente y me rindo a mi futuro. Vale, más o menos con eso ya me hago una idea.

Vale, pues entonces, a ver... ya me he perdido... Gratitud y aceptación... rendición no, porque la rendición es el futuro, rendición no, mala, mala... Aceptación buena, gratitud buena, y

amor, bueno, que es... ¿cómo era? una llama transmutadora, eso es, una llama transmutadora.

Bueno, entonces ya sé muchas cosas... ¿y qué más podría saber? ¡Ay! Una vez leí un libro... ¿cómo se llamaba...? De un lama, o algo así... no sé, un monje era, y hablaba de bendecir, y decía algo así como que bendecir y agradecer también suelen estar emparentados, al final es todo lo mismo.

Vale, entonces bendecir... y que bendecir multiplicaba las cosas buenas, que era como la gratitud, no sé exactamente qué diferencia había... ¡Ah!, bueno, espera... creo que bendecir era más para... como para potenciar las cosas buenas, algo así me parece recordar, y la gratitud era para todo, pero están muy emparentadas.

Bendecir también es una forma de amor, cuando bendigo también sano, cuando bendigo también transmuta, cuando bendigo también agradezco.

Si al final yo creo que más o menos es todo igual, si estos filósofos se dan la mano. Al final todos giran en torno al mismo concepto: Que me quiera, que quiera mi vida, y que lo quiera con todo, con lo bueno y con lo malo; y que, queriéndome, queriendo mi vida y queriendo cómo soy, pues más o menos las cosas se irán arreglando. Creo que es algo así.

Claro, a ver... Bendecir, agradecer, aceptar, al final son como partes del amor, yo creo, son como un diamante con distintas caras, o como un fuego con distintas chispas. Venga, pues un fuego con distintas chispas, vale. Pues entonces, lo importante es en sí el fuego, que es el amor, después adopta distintas formas, pero bueno, la diferencia entre las formas yo creo que más o menos dará igual.

Entonces, si amo, tengo que amar todo. Y tengo que amar todo lo que soy: Mi carácter, que es un poco así; mi salud, que es buena; el trabajo, a días... pero tengo que amarlo todo, porque cuando amo todo multiplico lo bueno, y transmuta con esa llama alquímica lo malo, y pasa a ser...no sé si bueno, o más sabio... Ahí ya me he perdido... Bueno, que cambia de malo a algo mejor, eso es.

Con el amor multiplico todo lo bueno, y "arreglo", vamos a llamarlo mejor, vamos a llamarlo sanar, limpiar, transmutar... lo "malo".

Vale. Entonces, al final el amor es lo verdaderamente importante, pero el amor no puede diferenciar una parte de mí, no puede querer solo un trozo de mí, no puede rechazar una parte de mí, tiene que aceptar, tiene que agradecer, tiene que amar todo lo que soy. Claro...

Ahora me acuerdo de otro libro, un libro que decía que soy unidad, un libro que decía que soy unidad con mis luces y con mis sombras, una unidad, y esa unidad tiene que ser amada, respetada, comprendida y conocida.

Tengo que conocerme, pero no para juzgarme. Tengo que conocerme para amarme, en unidad e integridad; para respetarme, en unidad e integridad; y para expresarme, en unidad e integridad.

Y si no me amo, si amo solo una parte de mí, no puedo sanar esa parte que rechazo, porque cuando rechazo algo ese rechazo lo alimenta. Cuando me juzgo, ese juicio alimenta aquello que está siendo juzgado. Cuando me crítico y me castigo, esa crítica y ese castigo alimenta precisamente aquello que quiero, en cierta forma, terminar dejando a un lado.

Sin embargo, el amor lo transmuta, el amor transmuta ese carácter tan desagradable que tengo en bondad, en tranquilidad, y en un carácter apacible.

Si me juzgo y me castigo mi carácter se agria más. Si no me quiero verdaderamente, si no me quiero en unidad, me estoy juzgando y castigando, y mis sombras serán hoy más oscuras de lo que fueron ayer.

Pero cuando agradezco lo que soy, cuando acepto lo que soy, cuando amo, en definitiva, todo lo que soy, me sano, me libero, y me transmuta, multiplico la luz que llevo dentro, y las sombras, que son percederas, que antes o después se irán, esas sombras se diluyen ante esa llama eterna del amor.

Así pues, hoy, lo que he cambiado es que me amo; y empecé a amarme ayer, con una palabra, simplemente con una palabra: Gracias.

Simplemente con esta palabra: Gracias.



Los truenos

Me desperté. El ruido era ensordecedor, en cierta forma, atemorizador.

Me asomé con cuidado fuera de la cueva donde me guarecía y contemplé como los dioses me castigaban. Contemplé como el cielo se rajaba, se abría, se partía en dos. Cómo esos rayos, que no entendía, golpeaban una y otra vez la tierra, apenas... apenas caían a mi lado, casi podía tocarlos, casi podía sufrir por el impacto.

El ruido me ensordecía de tal manera que mis hijos corrían hacia mí para abrazarse, para guarecerse, y no podía casi oírles. — Los viejos dioses nos castigan —pensé— algo malo he debido hacer... algo malo habré hecho yo, o mi prole: ¿Habré cazado mucho?, ¿habré cazado poco?, ¿habré ofendido a algún Dios?, ¿habré renegado de alguna promesa que he hecho a algún Dios?, ¿qué terrible pecado habré cometido para ser castigado de esta manera?

Y así, mientras la lluvia calaba la tierra, mientras los rayos y los truenos castigaban la tierra pensaba: “¿Qué puedo hacer para que los dioses me perdonen?, ¿qué puedo hacer para que, en cierta forma, levanten este castigo tan duro que ahora estoy sufriendo?, ¿qué puedo hacer para

que sean más tolerantes conmigo, con mi naturaleza, con mi forma de vivir, con mi forma de pensar y mi forma de hablar?, ¿qué puedo hacer para que sean más beneficiosos para mi familia?, ¿qué puedo hacer...?, ¿qué puedo hacer para que no me juzguen?”

Y mientras eso pensaba no me daba cuenta...

No me daba cuenta de que nadie me juzgaba.

No me daba cuenta de que esos rayos y esos truenos no eran un castigo para mí, de que esta lluvia que ahora mojaba la tierra tampoco era un castigo, que en realidad era una bendición, una bendición que permitiría que las semillas se convirtiesen en frutos y que esos frutos diesen de comer a mis hijos, y a mí mismo.

Sin embargo, yo solo veía aquello que llevaba dentro de mí: yo llevaba dentro de mí juicio, castigo, repulsa... ¿y qué encontraba en los rayos?, ¿qué encontraba en los truenos?, ¿qué encontraba en la lluvia, sino juicio, castigo, y repulsa?, ¿qué encontraba en ese ruido que podía ser ensordecedor, o maravilloso?, ¿qué encontraba en esos extraños relámpagos que rompían el cielo que podían ser atemorizadores, o hermosos? Una bendición, o una maldición que la amada madre Gaia ponía delante de mí.

Ningún Dios me juzgaba.

Ningún Dios me castigaba.

Simplemente yo observaba, y al observar cambiaba todo aquello que observaba. Al observar proyectaba mis miedos, mis creencias, mis juicios, mis amores... todo.

Porque me proyectaba yo mismo.

Porque no había ningún Dios que me juzgase, era yo quien me estaba juzgando.

Porque no había ningún Dios que me castigaste con esa lluvia, era yo quien se castigaba.

Porque ningún Dios quería partirme con un rayo, era yo quien creía merecer ese castigo.

Y así, vivía esa situación. Y así, desde ese miedo, desde ese temor, desde esa ira que sentía se la explicaba a mis hijos, para que ellos al crecer también sintiesen ese miedo, ese temor y esa ira. Para que mi prisión fuese continuada por aquellos que, en cierta forma, continuaban también mi camino. Para que ese rayo fuese vivido con el mismo temor con el que lo vivía yo. Para que esa lluvia fuese una verdadera maldición para mí y para mis hijos.

Porque mi cárcel, mi limitación la proyectaba en todo lo que me rodeaba, especialmente en mi familia, en mis hijos.

Porque yo vivía, porque yo caminaba, y ese camino lo proyectaba, esas vivencias las proyectaba en mi linaje. Y así, ese linaje continuaría mi camino de miedo, de juicio y de castigo; cuando pudo haber sido un camino de libertad, de admiración hacia la naturaleza, de agradecimiento por la bendición de la lluvia que traería frutos nuevos.

— Solo hay un juez —pensé, en un momento dado— y ese juez no es un Dios externo que me castiga.

— Solo hay un juez —pensé, en un momento dado— y ese juez soy yo.

Yo soy quien juzga la realidad, quien convierte las bendiciones en maldiciones, quien convierte lo positivo en negativo, quien se recrea en el dolor, o quien agradece aquello que es una verdadera bendición.

Soy yo quién juzga. Soy yo quien observa. Soy yo quien cambia lo que estoy viviendo.

Y con esa nueva luz, con esa nueva comprensión, con ese nuevo conocimiento, partí hacia una nueva vida, un nuevo camino; y así, lo compartí también con los que me rodeaban:

Agradecemos el trueno. Sí, el trueno, que era verdadera música, no una amenaza. Los Relámpagos, de una belleza asombrosa. Las

lluvias, que refrescaban la tierra, que me daban de beber en los riachuelos, que permitían que la siguiente primavera pudiese alimentarme de nuevos frutos.

Agradecí lo que antes era una maldición. Agradecí lo que antes era un castigo. Comprendí que esta bendición antes fue una maldición y que solo había cambiado una cosa: Yo.

Comprendí que el trueno es el mismo, que el rayo es el mismo, que la lluvia es la misma, que la cueva que me guarece es mi hogar o mi prisión, —según yo lo entienda— que el fuego que me da calor puede herirme; todo eso lo comprendí.

Y a la luz de ese nuevo conocimiento me abstuve de juzgar, simplemente viví, experimenté, y agradecí.

Agradecí mi capacidad de vivir. Agradecí mi capacidad de experimentar. Y agradecí todo aquello que está en mi camino, porque todo está por algo, para algo. Todo está para esa evolución que me trajo a esta cueva. Todo está para esa evolución que hace que contemple estos relámpagos. Todo está puesto, dispuesto en mi camino, para esa evolución que da sentido a cada día y a cada noche, a cada Sol y cada Luna, a cada amigo y a cada enemigo.

Y siempre, en mi camino, encontraré ese juicio que me habla de amigo y enemigo, de maestro y

de discípulo. Y siempre, una y otra vez, deberé recordarme a mí mismo que no existe tal maestro ni tal discípulo, que no existe tal amigo ni tal enemigo, que somos todos al mismo tiempo maestros y discípulos, amigos y enemigos. Que los juicios son una herramienta del ego, una herramienta que me encarcela, que me limita, que no me permite contemplar la verdadera dualidad de este universo, que no me permite saber que el rayo no es bueno ni es malo, que no es maldición ni bendición; que la lluvia no es buena ni mala, que no es bendición ni maldición, castigo ni bienaventuranza: que la lluvia es dual, que el relámpago es dual, que el trueno es dual.

Que soy yo quien determina, en mi juicio, si es bueno o malo.

Que soy yo, en mi juicio, quien empodera a mi ego, y que mi ego siempre clasificará aquello que le ocurre.

Que debería ser más sabio, abrir mis ojos y ver la realidad de todo lo que me rodea y simplemente experimentarlo, vivirlo, rompiendo todos estos límites que, una y otra vez, me encierran.

Y esa noche mientras contemplaba los relámpagos, agradecí. Agradecí la capacidad de ver la dualidad. Agradecí la capacidad de comprender que estoy en un universo dual:

Que todo es bueno o malo, según lo entienda;
que todo es amigo o enemigo, según lo entienda;
que todo es, según yo lo entienda.

Porque todo lo que me rodea ¡Todo lo que me rodea!
forma parte de mí.

Porque todo es, en cierta forma, espejo,
continuación, proyección de mí mismo.

Porque soy un verdadero Dios cocreador en mi camino.

Un Dios que cocrea un camino de fatalidad, de maldiciones o de bienaventuranza y bendiciones, según sea mi voluntad.

Un Dios que, una y otra vez, se enfrenta a los juicios del ego. Que, en cierta forma, debe superarles. Que, en cierta forma, debe comprender, vivir y experimentar la verdadera dualidad.

Un Dios que debe comprender cómo recorre su camino, su capacidad cocreadora. Un Dios que se enfrenta siempre a la tentación del juicio.

Un Dios que cocrea estos relámpagos, que cocrea la lluvia y los truenos, y que bendice o maldice todo aquello que le ocurre.

Un Dios, un verdadero Dios.

La granja

El trabajo en la granja era duro. Era duro y, hasta cierto punto, apasionante.

Era apasionante porque podía vivir de cerca el discurrir del tiempo, de los ciclos de la naturaleza, del nacer, del morir... podía entender cómo se siembra, y podía entender cómo se cosecha, y podía disfrutar del paisaje en sus múltiples variantes, podía comprender que el largo invierno también era hermoso, podía comprender que las mieses doradas en época de cosecha eran hermosas, pero mismo tiempo podían ser duras y crueles, pues el calor me sofocaba. Podía comprender que el cielo azul podía ser amable, o podía comprender también que el cielo azul podía llegar a ser duro, pues a veces el excesivo calor me castigaba. Entendía que la lluvia a veces era una bendición, y otras veces lo consideraba un castigo.

Y todo eso simplemente lo entendía de la forma más eficaz, de la forma más sabia: La observación.

¿Qué podía compararse —pensaba— a la observación?

¿Qué podía compararse —pensaba yo—, a la observación directa de aquello que vivo y experimento?

Dejando aparte grandes libros y grandes teorías, dejando aparte grandes profesores, grandes maestros o grandes sabidurías... Simplemente volcándome en lo más sencillo, en una semilla. Simplemente volcándome en cómo esa semilla podía nacer, crecer, fortalecerse y morir. Simplemente volcándome en esa experiencia tan pequeña y tan importante.

Y, mientras paseaba por las cercanías de mi hogar me daba cuenta de que no hay grandes secretos, me daba cuenta de que todo está a nuestra vista, de que todo está a nuestro alcance, de que es mi orgullo el que habla de grandes conocimientos ocultos a los demás, vedados a los demás, solo disponibles para los pocos elegidos que cumplan ciertos requisitos.

Es mi orgullo el que habla de esos secretos, es mi orgullo el que habla de negar a determinadas personas, a determinadas almas encarnadas, conocimientos que por derecho tienen que estar en las manos de todos, por el derecho de nuestro ser, por el derecho de nuestra naturaleza, por el derecho de nuestra naturaleza y esencia.

Y es que todos somos iguales, y es que todos somos Unidad.

Así pues, para la Unidad, qué mejor forma de proporcionarles sabiduría que dársela al alcance de todos, a la vista de todos, donde de mejor

manera se puede observar, donde de mejor manera se puede vivir: En la naturaleza.

¿Qué mayor maestro voy a encontrar, qué mejor libro, que palabras más hermosas que en la naturaleza?

¿Qué secreto puede haber que la naturaleza no me revele?

¿Qué misterio puede haber que la naturaleza no me enseñe?,

¿Qué pueden ocultar los libros, los maestros, los gurús, los filósofos, los canalizadores, que no sea revelado por una pequeña semilla?

Y, así pues, mientras paseaba y acariciaba las mieses pensaba en todo lo que me habían enseñado, en todo lo que había vivido, en todo lo que había aprendido. Y como ningún maestro en ninguna lejana ciudad podría enseñarme una pequeña parte de lo que la naturaleza, en generosidad infinita, una y otra vez me brindaba.

¿Qué mejor maestra voy a encontrar que mi propia madre?

¿Qué mejor maestra, que maestra más generosa voy a encontrar que mi propia madre Gaia, que, una y otra vez, pone delante de mí el más hermoso y sabio, el más bello de los libros? para que aprenda, para que en sus hojas pueda

absorber, conocer, disfrutar... para que en sus hojas pueda vivir y experimentar todo, para que al pasar las hojas de este libro tan hermoso pueda contemplar paisajes, vivir experiencias, conocer animales, y todo ello de forma natural , sin secretos, sin misterios, simplemente observando.

Un libro que, la amada madre Gaia, tiende delante de mí una y otra vez. Un libro que a nadie está vedado. Un libro que no está escrito en un idioma extraño. Un libro que no contiene misterios sagrados ni secretos, que simplemente es lo que debe ser, natural y alcance de todos y cada uno de nosotros,

¿Qué mejor forma de llegar al verdadero conocimiento que la observación de aquello que mi madre, una y otra vez, me entrega? ¿Qué forma más sagrada de sabiduría puede haber que la observación de aquello que mi madre, una y otra vez, me regala? ¿Qué mayor conocimiento puede haber que el que ocultan las montañas? y lo ocultan solo para aquellos que no quieren ver, pues el que quiere ver ahí las tiene presentes siempre.

¿Qué mayor sabiduría vamos a encontrar que la que el mar nos revela? ¿Qué mayor sabiduría vamos a encontrar que la que los pájaros, las aves en el cielo, comparten con nosotros, una y otra vez?

Son solo mis ojos los que deciden no ver. Son solo mis ojos los que deciden que es en el secreto y en el misterio donde encontraré aquello que realmente tiene valor, donde encontraré aquel conocimiento que realmente me abrirá puertas, que son vedadas a los demás.

¿Qué conocimiento mayor puede haber que el que se encierra en una semilla? ¿Qué conocimiento mayor puede haber que el que nos explican, una y otra vez, las aves en su volar, las nubes discurriendo en cielo, y el Sol y la Luna en su eterno juego?

¿Qué vamos a aprender que no pueda ser escrito en las mareas? ¿Qué vamos a aprender que no puede ser contado por las playas? ¿Qué vamos a aprender que no pueda ser explicado por todos y cada uno de nuestros hermanos, por todos y cada uno de nosotros mismos, que bajo distintas formas compartimos este camino?

Después de todo qué más da la forma del envase, lo importante es el agua que bebemos de él.

¿Qué más da que quién me lo enseñé sea un maestro afamado que, con palabras difíciles, inexplicables casi, me exprese misterios insondables?, ¿qué más da cuando puedo aprenderlo de aquello que llamamos un hermano pequeño, de aquello que llamamos un animal,

que de forma generosa, de forma alegre y de forma gratuita todo lo enseña?

A cambio no me pide que enaltezca su ego, a cambio no me pide que le alabe, a cambio no me pide que me someta a él, simplemente me pide que le observe. No me pide fe ciega, no me pide obediencia y sumisión, no me pide servidumbre... me pide observación. Simplemente me pide que aprecie lo que me entrega, que valore lo que me entrega, que valore, que valore lo que me entrega.

Pues muchas veces no damos valor aquello que gratuitamente se nos entrega en generosidad infinita. Aquello que en generosidad infinita nos entrega la amada madre Gaia, eso no lo valoramos, solo valoramos aquello que viene envuelto en ropajes complicados, en palabras difíciles, que se nos dice que es secreto y misterioso y, sin embargo, el mayor de todos los tesoros está al alcance de nuestras manos, al alcance de mis ojos, al alcance de nuestros oídos, al alcance de todos aquellos que en este camino estamos evolucionando, al alcance de la Unidad, pues eso somos Unidad.

Y la amada madre Gaia, una y otra vez, en generosidad infinita nos ofrece este verdadero libro de conocimiento y, una y otra vez, no lo damos valor, no lo consideramos y apreciamos, apenas queremos leerlo, pensamos que como

está al alcance de todos no tiene ningún contenido importante, pensamos que como no exige misterios que resolver, como no exige palabras extrañas que aprender o signos que nos hablen de distintas y lejanas culturas no tiene importancia, valor y, sin embargo, lo tiene todo:

Tiene la importancia de aquello que nos une a nuestra verdadera naturaleza, el valor de hablarnos de nuestra verdadera naturaleza, la sabiduría de provenir de nuestra naturaleza y esencia.

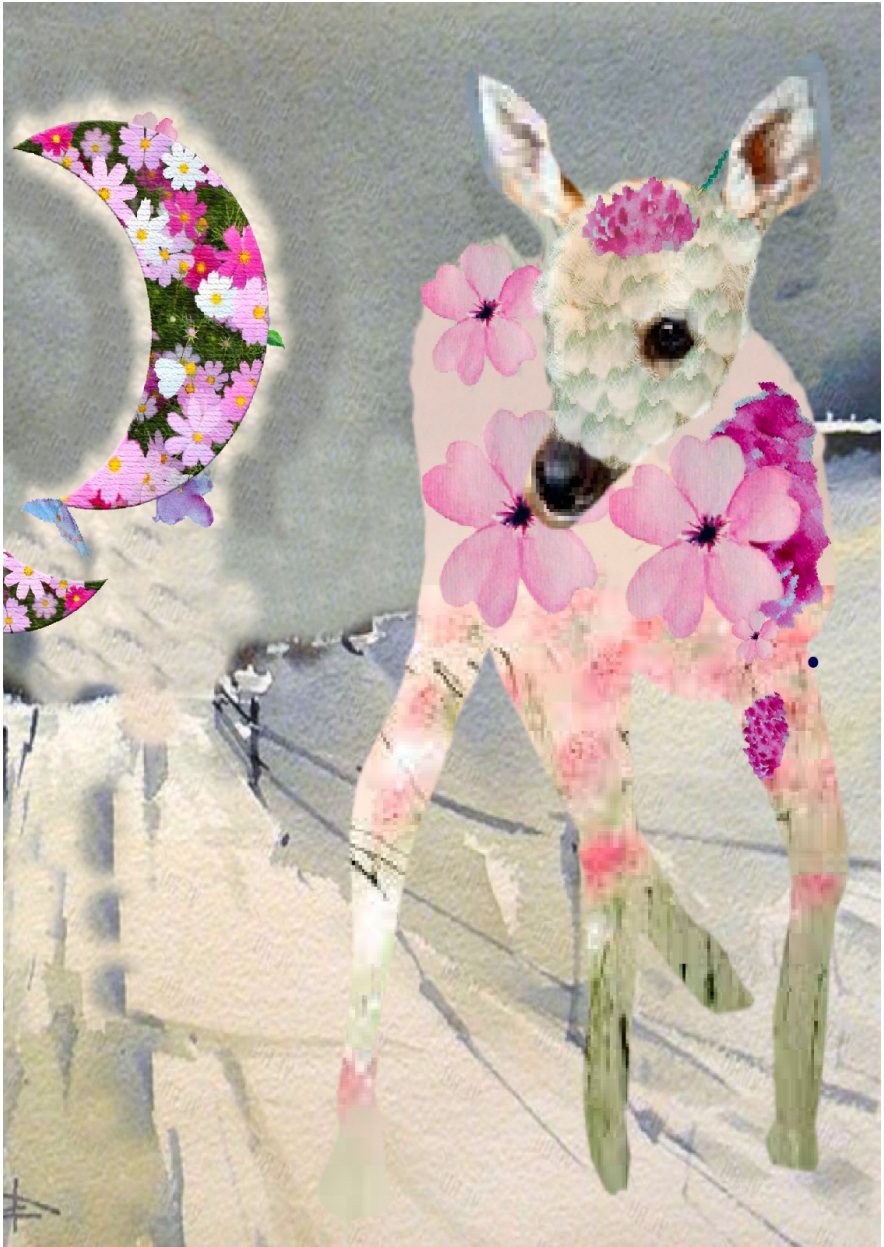
Tiene todo lo que se puede pedir al conocimiento y, sin embargo, lo negamos. Tiene todo lo que se puede pedir al verdadero conocimiento, a la sabiduría y, sin embargo, lo negamos, lo negamos porque viene envuelto en la pequeña, en la sencilla forma de una semilla y por eso lo arrojé despectivo de mi mano, sin valor, sin respeto, sin amor, sin gratitud. Lo arrojé de mi mano, y vuelco mis ojos en libros extraños, con gráficos, con dibujos, con símbolos que me hablan de otras culturas pensando que ahí encontraré cosas que en esa semilla no podía encontrar.

Y, una y otra vez, desprecio el mayor de todos los tesoros, el más valioso de los regalos. Y, una y otra vez, desprecio las manos generosas de la madre Gaia que me ofrecen aquello que tiene un

valor incalculable, aquello que me abre las puertas de todo y que no pide nada.

Gracias amada madre Gaia por tu sabiduría, gracias por tu infinita generosidad.

Gracias. Gracias amada madre Gaia.



La Nieve

La nieve es mágica —dijo mi hijo.

— ¿Por qué es mágica la nieve? —dije yo, resignado a tener que escuchar otro montón de tonterías.

— La nieve es mágica porque cambia de forma.

— ¿Cambia de forma? —Dije.

— Sí, ahora es nieve, es blanca. A veces más dura, a veces más blanda, pero cuando la cojo, no sé qué pasa, pero se hace lluvia.

— ¿Lluvia?

— Sí, mira, cae de mi mano y moja el suelo como la lluvia.

— Sí, es verdad —dije yo aburrido.

— Entonces, si cambia de forma, es magia.

— Sí. —dije, reconociendo, en cierta forma, que el niño tenía razón.

— Pues si es magia, y yo juego con ella... ¡Soy mago!

— Bueno, pues eres mago. —dije yo.

— ¿Y de qué te sirve ser mago?

— No lo sé, quizás para jugar.

- Bien...
- Puedo hacer bolas de nieve.
- Sí...
- Incluso un muñeco.
- Sí, es verdad.
- Un mago puede hacer muchas cosas.
- Sí.
- Ten en cuenta que, si soy un mago porque juego con la nieve, y la nieve es mágica, puedo hacer muchas cosas... ¡Puedo hacer un muñeco!
- Sí, ya hemos dicho que sí.
- Puedo hacer... ¿Un animal de nieve?
- Sí.
- Entonces... ¡Espera!
- ¿Qué? —le dije a mi hijo.
- ¡Puedo hacer cualquier cosa!
- ¿Cómo vas a poder hacer cualquier cosa?
- Sí, puedo hacer un hombre de nieve, puedo hacer un muñeco, puedo hacer un juguete, puedo hacer cualquier cosa con la nieve. La nieve se moldea y hace todo lo que quiero.

— Pues, no sé...

— Sí, tú me has dicho un muñeco porque es lo que has hecho tú siempre, pero yo no quiero hacer muñecos, yo quiero hacer cosas distintas.

— Vamos a ver, con la nieve se hacen muñecos, es lo que me enseñó mi padre, y a mi padre se lo enseñó el suyo. Si se hiciesen otras cosas nos hubiesen enseñado otras cosas...

— ¡No! —dijo el niño.

— ¿Porque va a ser siempre un muñeco? Yo quiero hacer un ratón de nieve.

— ¿Un ratón de nieve?

— Sí, a mí los ratones me gustan. La nieve se moldea, la nieve es magia, cambia... Haré con ella lo que quiera. La magia es eso, que se hace con ella lo que se quiera.

— Vamos a ver... mi padre me enseñó a hacer muñecos, porque muñecos es lo que se hace con nieve.

— Ya me lo has dicho papá. Con la nieve hago lo que quiero. La nieve es magia. Con la magia se hace lo que se quiere. Yo soy el mago, yo decido.

— Vale, haz lo que quieras.

— Es que no sé...

- ¿No sabes?
- No. Te digo que quiero hacerlo, pero no sé cómo.
- Yo nunca he hecho un ratón, no sé enseñarte.
- Pues habrá alguna forma.
- Sí.
- Pues utilizaré mis manos que son mis herramientas.
- Vale.
- Después de todo la nieve es magia, yo soy mago porque juego con la nieve, hago con la nieve lo que quiero. Pues utilizaré las herramientas que tengo: Mis manos.
- Vale.
- Claro, la magia se utiliza, se usa y se da forma con lo que tenemos, con las manos.
- ¿Sí?
- Si la magia no tuviese cuerpo utilizaría la voz, por ejemplo. Es más, a lo mejor solo con pensar... ¡Sí!, solo con pensar ya es magia. Si la magia no tiene un cuerpo, solo con pensar ya la muevo.
- Pues sí... Claro.

— Oye ¿Y cuando pienso en algo con mucha fuerza?

— Pues moverás la energía, la magia, con más fuerza.

— Oye ¿Y cuándo lloro, cuando río?

— Pues cuando piensas y además tienes una emoción, pues imagino que es como cuando tienes un fuego y le echas más leña, será más fuerte.

— ¡Ah! Entonces con la emoción soy un mago más fuerte.

— Sí, pero también, al mismo tiempo, pierdes el control. Cuando lloras no hay quien te aguante, y cuando estás demasiado alegre tampoco.

— ¡Ah! Entonces para ser un mago sabio y justo tengo que estar equilibrado.

— Sí, yo creo que sí. A mí me salen mejor las cosas en el trabajo cuando estoy tranquilo. Si estoy nervioso me acelero y todo lo hago mal.

— ¡Vale! Pues entonces la magia será más fuerte cuando me enfado, pero claro, será magia tonta porque no está bien dirigida; porque yo soy un mago tonto porque estoy enfadado, y cuando estoy demasiado contento lo mismo...

— Díselo a tu madre, que te tiene que “aguantar”...

— ¡Vale! Entonces hemos llegado a la conclusión de que la magia la dirijo, la dirijo con mis herramientas. Como no la puedo coger, con el pensamiento, con la voz, con el sentimiento, pero con cuidado no vaya a ser que me pase.

— Eso, con cuidado hijo.

— Bueno, pues entonces lo primero es saber a qué quiero jugar.

— ¡Claro! —dije yo.

— Después de todo no voy a empezar a construir un muñeco, o un ratón, si no sé ni qué forma va a tener, tendría que tener primero las ideas claras.

— Eso es.

— Y además tendré que saber cómo utilizar mis manos, qué hacer con los dedos.

— Claro...

— Porque si me pongo a hacerlo a lo tonto lo voy a estropear.

— ¡Eso es! Tienes que pensar primero lo que quieres, y cuando sepas lo que quieres utiliza las manos para crear ese muñeco, o ese ratón...

— O cualquier otra cosa.

- O cualquier otra cosa. Sí, cualquier otra cosa.
- Es que te limitas.
- Yo no me limito.
- Sí te limitas papá. Te limitas porque como tu padre siempre hace lo mismo, pues tú haces lo mismo. Pues si el abuelo es así, que espabile.
- Vale, pues intentaré no limitarme.
- Claro. Después dices que es que yo... Pero es que tengo razón en esto.
- Bueno ¿Entonces qué hacemos?
- No lo sé.
- ¿No lo sabes?
- No. Antes me gustaba el ratón, pero ahora ya no me gusta, es muy pequeño.
- ¡Ay...! ¿Qué quieres hacer?
- No lo sé.
- Pues ese es el principio de todo. Mucha magia, mucha magia, pero no sabes qué quieres hacer con ella. Tendrás que decidir lo que quieres.
- ¡Ya! ¿Y eso cómo lo hago?

— A mí no me preguntes, que cada vez que me preguntas me contestas mal. Decide por ti mismo.

— Pero... ¿Cómo voy a decidir por mí mismo?

— Sí. Me dices que lo que hace mi padre no vale, porque resulta que tu abuelo solo sabe hacer lo mismo. Lo que hago yo no vale, porque resulta que mi vida tampoco es la tuya, pues decide por ti mismo.

— ¡Ah! Pero es que no lo he hecho antes.

— Pues empieza ahora.

— Pero... Es que esto... Esta situación no la conozco, es nueva para mí.

— Pues empieza...

— ¿Por dónde voy a empezar?

— Decidiendo lo que quieres hacer.

— Pero ¿Cómo voy a decidirlo?

— ¡Ay...! ¡Escúchate!

— ¡Ah! ¿Qué tengo que escuchar?

— Lo que hay dentro de ti. Lo que hay fuera no lo haces ni caso... Pues lo que hay dentro.

— ¡Ah! ¿Y qué hay dentro?

— Pues el capricho del ratón no. Algo que sea más serio.

— ¿Qué quieres decir con más serio papá?

— Que las cosas pasajeras no valen. Las cosas pasajeras son como el viento. El viento trae nubes y se las lleva, pues esas nubes no valen. Tienes que buscar algo que sea más sólido.

— ¡Vale! Entonces los caprichos pasajeros no.

— No. Eso no. Tienes que buscar algo más sólido que hacer con la magia, algo que de verdad te interese, no algo que a los pocos segundos quieras ya que no esté en tu camino, quieres deshacerlo... no tiene sentido.

Empieza, pero empieza con las ideas claras.

— ¡Vale! Me escucho.

— Pues escúchate...

— Me estoy escuchando...

— ¡Ya! Estás escuchando... El ratón no, porque es pasajero.

— El muñeco no, ya lo has hecho tú. Yo quiero algo distinto.

— ¿Qué te gusta hijo?, ¿a ti qué te gusta?

— ¿A mí? ¡Bambi! ¡Me gusta Bambi!

- ¡Ya! Otra vez Bambi.
- Sí... Bambi me gusta.
- Pero ¿Te gusta de verdad o es algo pasajero?
- No, siempre me ha gustado.
- ¿Y por qué te gusta Bambi?
- No lo sé. Es bonita, corre mucho, es alegre.
- Bueno, pues, por ejemplo, Bambi.
- Venga. Pues voy hacer Bambi. ¿Y cómo lo hago?
- Con las herramientas que tienes. Con las manos.
- Pero es que no lo tengo muy claro.
- Bueno. Imagínate a Bambi ¿Cómo la ves en tu cabeza?
- ¿Yo?, ¿cómo la veo?
- Sí, imagínatela.
- ¡Vale! Ya me la estoy imaginando... la veo un poco borrosa.
- No te preocupes. Si en el fondo los detalles tampoco son tan importantes. Después de todo la magia vendrá con ayuda. Si tú pones las líneas

generales deja que el resto lo haga quien tenga que hacerlo.

— Pero... ¿Quién va a hacerlo, si yo soy el mago?

— Bueno, pero la magia también pondrá de su parte, la magia, en cierta forma, tiene que estar viva... tiene que hacer algo ella también, ya se encargará ella de los detalles.

¿Tú quieres hacer Bambi? Pues ya esta: ¿Bambi qué tiene? ¿Cuatro patas? Pues ya está: cuatro patas. No hace falta que la definas tanto, los detalles para la magia, para el universo. Tú a lo principal.

— Bueno, pues vale.

— ¿Ya tienes claro cómo es Bambi?

— Sí, un poco borrosa, pero bien.

— Pues ya está.

— Ya está, ¿qué?

— Empieza.

— ¿Qué?

— Coge la nieve y empieza a manejarla.

— ¡Ah, vale! ¿Y cómo empiezo?

— ¡Ay! Como todo, por el principio. Empieza... Te tranquilizas.... Que no estás tranquilo. Y poco a poco, con paciencia, lo vas haciendo.

— ¡Ay...! ¡Paciencia!

— Sí, hijo sí, paciencia. El tiempo importa. Nos guste o no nos guste, el tiempo importa. Y todo viene cuando tiene que venir, y tú vas a tardar lo que tengas que tardar.

— ¡Pero es que no quiero tardar!

— Ya, no quieres tardar, porque no quieres esperar a nada, pero te va a tocar aprender a esperar.

— Pero papá...

— ¡No, no, no, no, papá, no! tienes que aprender a esperar. Estás creciendo, y al crecer tardas. Tardas en aprender, tardas en crecer. Tienes que esperar a la hora de cenar, tienes que esperar a la hora de dormir... tienes que esperar, porque aquí, en este mundo, en este universo, hay un reloj.

— ¡No me gusta!

— ¡Ya! Ni a mí, pero es lo que hay.

— ¿Quién ha puesto las reglas?

— ¡Ay hijo! ¡Yo qué sé! ¡Pues el que haya hecho la magia!

- ¡Pero si la magia la hago yo, que soy el mago!
- Pues tú has hecho las reglas, así que ahora te aguantas.
- ¡Ay...! ¡No recuerdo haberlas hecho!
- Hijo, tú olvidas todo. ¿Has olvidado que has hecho las reglas? Ya está, pues lo has olvidado. Tú has hecho la magia. No te acuerdas, no te acuerdas... Pero utilízala.
- ¡Vale!
- Y haz caso del reloj, todo tiene que tener su tiempo.
- Vale, vale... Bueno, pues ya está. Venga, me pongo.
- Pues ponte.
- Oye, esto va funcionando...
- ¿Sí?
- Sí. No sé por qué, pero va funcionando...
- Bueno, pues a lo mejor también tienes que aprender de eso. A lo mejor tienes que aprender a confiar un poco en ti.
- Ya... Pero es que los detalles...
- Ya se encarga la magia...La magia pone los detalles, tú pon el plan general. Y tampoco seas

muy estricto, que Bambi no es como tú quieres. Bambi también tiene que, en cierta forma, tener su propia personalidad.

— Pero a mí me gusta...

— Sí, Bambi te gusta como a ti te gusta, pero deja que la magia también actúe. Eres mago, sí; diriges la magia, sí; pero la magia también es inteligente, por eso es magia, tendrá que poner ella algo.

— Ya, pero yo quiero...

— Tú quieres que Bambi sea de una u otra manera... Sí, hijo sí, ya lo sé; quieres que sea como en la película... sí, hijo, sí, ya lo sé. Pero si tú has hecho las reglas, y en las reglas dice que todo no tiene que ser tan detallado como tú quieres, y que tienes que dejar que la magia colabore, pues cumple las reglas que tú mismo hiciste.

— ¡No las recuerdo!

— Ya lo sé hijo, no las recuerdas porque eres muy despistado, pero cíñete a las reglas que tú mismo has hecho.

— ¡Vale!

Y así, el padre y el hijo fueron haciendo a Bambi: Protestando, enfrentándose, discutiendo y amándose, sobre todo amándose.

Y en cada discusión había amor.

Y en cada conflicto había amor.

Y al final de la noche, cuando el niño se quedó dormido, soñó que jugaba con Bambi, y efectivamente así fue.

Después de todo, no solo la nieve es magia, no solo la magia es magia, los sueños también son magia.

Porque todo, absolutamente todo, es magia, en un mundo de magos, niños y padres.

El niño insolente

Era un niño. Era un niño travieso, rubio, era rápido y descarado, sobre todo descarado.

Parecía que en su boca no hubiera ningún tipo de freno ni control, para aquello que decía. Desafiaba constantemente a los profesores, a los padres, a toda autoridad que en su camino encontrase, les faltaba al respeto, les provocaba, les enfurecía.

Y él, sin embargo, no sentía ni temor, ni arrepentimiento, ni la sensación de haber pecado, por mucho que los sacerdotes de su parroquia se lo dijiesen. Él lo único que sentía era que decía la verdad.

Y las autoridades a su encuentro protestaban por lo mal educado, descarado, y arrogante que era ese pequeño niño. Y sus padres protestaban porque constantemente les avergonzaba en público. Sus hermanos mayores reían sus gracias pensando que lo hacía simplemente por buscar confrontación y enfrentamiento con los adultos.

Los niños de su misma edad le reían y agradecían aquellas barbaridades que decía los profesores, y sonreían mientras a él le castigaban, y ocultaban sus risas para no ser castigados ellos también. Y el niño no comprendía nada.

¿Qué hay de malo en decir la verdad?, ¿qué hay de malo en decir la verdad, si no es mi intención hacer daño, si no es mi intención ofender, si solo es mi intención compartir lo que siento? No lo hago —pensaba— desde la necesidad de buscar enfrentamiento, desde la necesidad de sentirme prepotente, desde la necesidad de irritar.

Solo quiero compartir aquello que veo. Solo quiero compartir cómo dices una cosa y haces otra. Solo quiero compartir cómo tú, que eres autoridad, después eres precisamente, en cierta forma, el que menos nos enseña con sus ejemplos. Solo quiero compartir que tú, que quieres educarme, eres el primero que necesita ser educado.

Solo quiero compartir que tú, que se supone que eres adulto, sabio, inteligente, práctico y maduro, eres en realidad un niño peor malcriado que yo. Solo quiero compartir que mis ojos azules ven el mundo con nitidez, con claridad, con alegría, que nada te reprocho, sino que solo comparto lo que yo creo que veo.

¿Qué hay de malo?, ¿por qué el profesor me castiga mirando una pared que es siempre la misma? cuando en el día a día encuentro nuevos mundos cotidianos, nuevos mundos, que parece ser, los adultos no ven.; nuevos mundos que me hablan de esa incoherencia entre los actos, las palabras, los sentimientos, las vivencias... de una

incoherencia que los adultos parece que han asumido, que los adultos parece que han adoptado, integrado en su vida, con tanta fuerza, con tanta naturalidad, que ya apenas lo perciben, o que si lo perciben lo callan.

¿No debería alguien despertarles?, ¿no debería alguien decirles por qué sientes esto y dices lo contrario?, ¿por qué tú, que deberías ser ejemplo, eres precisamente quién peor se comporta?, ¿por qué tú que hablas de prudencia, de inteligencia y sabiduría eres un loco que actúa sin razón?, ¿por qué tú que hablas de amor actúas desde el odio?, ¿por qué tú que hablas de libertad actúas desde la represión?, ¿por qué tú actúas, hablas y sientes en total incoherencia y discordancia?

¿Qué hay de malo en compartir mis ideas? — Pensaba el niño rubio, mientras abría y cerraba sus ojos asombrado— ¿qué hay de malo en que estos ojos azules vean un mundo que quieren compartir?, ¿qué hay de malo en que quiera compartir con aquellos que me rodean lo que veo, para ver si ellos también lo ven?

¿Qué hay de malo en enfrentar creencias?, en cierta forma, sí, en molestar a veces, pero siempre con cariño, sin intención de entrar en conflicto, sino solo como recordatorio de lo que haces, que es contrario a lo que dices.

Y el niño, una y otra vez, era castigado, y se enfurruñaba y protestaba: "¿Acaso tengo que callar?, ¿acaso tengo que mentir?, ¿acaso tengo que vivir en una total discordancia entre lo que siento y lo que expreso para que no me castigáis?, ¿tengo que limitarme a enmascarar mis sentimientos, lo que dentro de mí nace, para evitar el castigo?, ¿tengo que limitarme a adoptar vuestras mentiras, como si fuesen verdades, para que me aceptéis, para que me queráis?, ¿tengo que limitarme a engañaros, para que me respetéis, para que me dejéis jugar en cambio de castigarme en este viejo rincón?"

Estoy cansado ya de ver esta pared que nada me aporta. Quiero ver de nuevo el cielo azul amplio, abierto sobre mí. Quiero jugar de nuevo con mis amigos.

Y sí, quiero compartir aquello que veo. Quiero compartir aquello que dentro de mí nace, expresarlo; no desde el odio, no desde el rencor, no desde la ira; desde el amor, desde la tolerancia, desde aquel que en su inocencia comparte lo que ve.

Y, sin embargo, una y otra vez, me habláis de cómo hay que enmascarar aquello que se siente, de cómo mis palabras, mis actos, mis pensamientos y mis sentimientos tienen que ser total y absolutamente discordantes. De cómo, en cierta forma, aquel que dice en honestidad lo que

siente, es irreverente. Aquel que dice en honestidad lo que siente, es, por llamarlo así, maleducado.

¿Qué clases de leyes, que clases de comportamientos, de modos sociales habéis adoptado que no puedo ser sincero con mis sentimientos?

¿Qué clase de leyes, modos sociales y comportamientos habéis implementado en esta sociedad que no puedo decir lo que pienso, que no puedo expresar el amor porque no es el momento adecuado, que no puedo expresar el amor porque es una autoridad, que no puedo expresar lo que veo porque es una persona con más años que yo?

¿Cuándo comprenderéis qué la edad cronológica nada significa?, ¿cuándo comprenderéis que la edad marcada en el calendario nada aporta de real?, ¿cuándo comprenderéis que el verdadero camino que recorreremos no se mide en años, no se mide en días, no se mide en milenios...? se vive en experiencias y aprendizajes, en evolución.

Y que, a veces, yo siendo un niño, he visto, he vivido, he aprendido, experimentado más que aquellos que me doblan o quintuplican la edad, al menos en esta encarnación. ¿Cuándo comprenderéis que yo no soy lo que mi edad define, porque no tengo edad?

¿Cuándo comprenderéis que yo no soy lo que mi estatura indica,? porque la verdadera estatura no se mide en centímetros ni en metros, porque mi alma no conoce ninguna medida que pueda medirla, porque mi alma no conoce ninguna limitación que pueda limitarla, porque mi alma no conoce ningún tiempo, ninguna cronología, ningún calendario, que pueda calificarla de antigua o de nueva, de joven o de adulta, de niña o de anciana, porque mi alma no tiene edad, porque mi alma experimenta, vive, aprende, evoluciona. porque yo, este pequeño niño rubio con ojos azules y traviosos soy, quizá, más antiguo que este mismo mundo, porque quizás soy más antiguo que esta sociedad, que este planeta, que las aves que vuelan en el cielo, y los peces que nadan en el mar.

Pero no me dejáis compartirlo ni expresarlo, y habláis de locura, de irreverencia, de mala educación. Quizá entonces deba fingir, mentir e integrarme en vuestro mundo y renunciar a lo que soy. Quizá así me dejéis de encarcelar frente a esta vieja pared, pero entonces... entonces, la cárcel ya no será esta vieja pared, esta esquina a la que me mandáis cuando soy desobediente, entonces la cárcel seré yo mismo.

Si acepto esas mentiras, si acepto esas creencias, si acepto esas incoherencias ya no necesitaré estar encarcelado en esta vieja esquina de esta

vieja escuela, porque llevaré conmigo la prisión allá donde vaya, porque llevaré conmigo la cárcel por muy lejanos que sean los horizontes que recorra, porque llevaré conmigo la cárcel por muchos libros que lea, porque llevaré conmigo la cárcel por vastos que sean los mares que surque, porque esa cárcel se integrará en mí y porque viviré en esa prisión como vivís vosotros, porque renunciaré a lo que soy, y ya no seré libre.

Y hoy, mientras, una y otra vez, el maestro me echa la bronca, mientras el maestro habla de lo irresponsable, irreverente y maleducado que soy, mientras me dice todo tipo de improperios, mientras me castiga, una y otra vez, sigo siendo libre.

Sí, incluso ahora viendo este viejo rincón de esta vieja escuela, sigo siendo libre. Mientras él con su poder, con su autoridad, con su aparente, solo aparente, sabiduría, es esclavo de sí mismo: ha integrado tanto, ha vivido tanto esa prisión, que ya no la reconoce.

Y yo, cuando termine esta clase, correré libre por el campo, y libre contemplaré el cielo azul, y libre jugaré con mis amigos; y él será preso en su hogar, preso en su coche, preso en sus hobbies, y preso con sus amigos. Y yo, una vez más, acariciaré esta libertad, aunque sea mirando esta vieja esquina, de esta vieja clase, de esta vieja escuela.



Las Estrellas

Mamá, mamá...

— ¿Qué, hijo?

— ¡Quiero vivir en las estrellas!

— Vaya por Dios... ¿Qué te pasa ahora?

— Que sí mamá, he estado pensando...

— Bueno ¿Y qué has pensado?

— No me gusta mi casa.

— Vaya por Dios. Hijo ¿Tú sabes lo que pago de hipoteca?, ¿tú sabes lo que me esfuerzo en la oficina?, ¿tú sabes lo que trabaja tu padre en la fábrica?

— Que sí mamá, pero yo quiero vivir en las estrellas.

— Bueno, ¿y por qué quieres vivir en las estrellas?

— Mira mamá, si yo viviese en las estrellas vería todo, porque vería, por ejemplo, todo el mundo, no solo esta casa, no solo estas paredes, lo vería todo, mejor que en la televisión...

— Pero hijo...

— Sí mamá, vería todo el mundo, los continentes y los mares, y vería a mis amigos, porque además seguro que en las estrellas hay catalejos. Así que podría acercarme, así con el catalejo, como, como la magia y ver a mis amigos.

— Bueno ¿Y qué más podrías hacer en las estrellas?

— Jugar, después de todo jugar es lo que más me gusta.

— Sí, eso es verdad hijo.

— Sí mamá, porque jugando también aprendo, y en las estrellas seguro que hay muchos juguetes, aunque no sé cuáles, pero seguro que en las estrellas hay muchos juguetes... Además, mamá, ¿las estrellas sabes qué ventaja tienen?

— No, hijo.

— Pues mira, las estrellas tienen muchas ventajas, por ejemplo, estoy muy cerca de la Luna, y si estoy cerca de la Luna podemos hablar sin tener que gritar, la Luna me cuenta sus secretos y yo le cuento mis secretos.

Además, otra ventaja mamá es que las estrellas son muchas, muchas, muchas, muchas... y puedo saltar de una a otra y así estar en la que yo quiera y me puedo acomodar en la que sea más

suave, y cuando esté enfadado con esta estrella, salto a otra... ¡hala, que te den!

— ¡Hijo...!

— Que sí mamá ¡hala que te den! y me voy a otra estrella.

— Bueno ¿y qué más ventajas tiene?

— Buff, pues por ejemplo... por ejemplo, seguro que las estrellas también están más cerca del sol. Papá me ha dicho que el Sol no nos deja ver las estrellas, pero que las estrellas siguen ahí, detrás del sol. Así que también puedo conocer al sol.

— Sí, es verdad.

— Bueno pues así puedo vivir el Sol y la Luna. Puedo vivir las dos caras ¡Jo! y puedo saltar de una estrella a otra y conocer todos los rincones del planeta, y además mamá... además, pasa otra cosa...

— ¿Qué hijo?

— Bueno, pues que si estoy en las estrellas nada me afecta. Las peleas que tenéis papá y tú...

— Hijo...

— Que sí mamá, que os he visto pelear.

— Bueno, pero son cosas de mayores...

— Sí mamá, pero esas peleas no me afectarían, porque estoy en una estrella y estoy muy lejos, así que no me afectarían. Y cuando discuto con mi primo tampoco me afectaría, estoy en una estrella y estoy muy lejos.

Los sentimientos que tenéis, los que tengo yo cuando vivo aquí, no me afectarían. Estoy tan lejos que, aunque os vea muy cerquita, muy cerquita, con mi catalejo mágico, vuestras riñas y vuestros cariños no me afectarían, porque no me llegan.

— Pero hijo, las peleas y los cariños, como dices tú, también son necesarios...

— Sí mamá, pero necesarios si sabes entenderlos y estando en una estrella estaría lejos y no me atarían, ni me involucraría tanto como para no entenderlos. En las estrellas lo veo, pero no me involucro; lo veo, pero no me atan; lo veo, pero soy libre para aprender. ¿Ves? Vivir en las estrellas son todo ventajas...

— Bueno, pues sí me has dicho unas cuantas ventajas ¿y qué más ventajas tiene?

— Pues no sé mamá, hombre digo yo que una estrella es muy grande y que como es muy grande podré decorarla como yo quiera...—
Pero, ¿qué vas a poner en una estrella, hijo?

— Pues mira, por ejemplo, no sé... libros.

— A ver... En las estrellas no hay gravedad, los libros saldrían volando.

— Ya sé lo que pondría ¿Sabes lo que pondría?

— A ver hijo ¿qué pondrías?

— Esa colección de cuarzos que tiene papá, tan bonita, la pondría en las estrellas, es más, seguro que en las estrellas hay todo tipo de cristales y de cuarzos.

— Sí hijo, eso suena razonable.

— Pues seguro, seguro, seguro, que si hay estrellas y las estrellas tienen cuarzos y tienen cristales, seguro que esos cuarzos y esos cristales son como los libros. Allí puedo escribir lo que yo quiera y así puedo leerlos cuando me aburra. Si los libros de papel se van volando porque no hay gravedad, usaré los cuarzos que están atados a la tierra, bueno, a las estrellas en este caso.

— Bueno, pues a lo mejor hijo, a lo mejor, puede que sí.

— Pues claro que sí, y como hay mucho espacio puedo escribir lo que yo quiera. Y usaré todos los cuarzos todos los cristales y todas las gemas y todo, todo, todo lo que yo quiera. Después de todo como nadie ha estado dentro de las estrellas, no sabemos lo que hay en ellas, y si

una no me gusta salto a otra y antes o después encuentro la que yo quiero.

— Pues sí...

— Y además escribo yo, pero también escriben todos mis amigos, como hay tantas estrellas puedo invitarles a todos ¿Verdad mamá?

— Sí cariño, claro que sí.

— Pues cuando vengáis a verme podréis escribir todo lo que queráis en las estrellas.

— Bueno hijo, pero las estrellas están muy lejos ¿Cómo voy a ir? no hay ningún tren ni ningún avión...

— Ya... ¿Sabes lo que puedes hacer?

— No hijo, dime...

— Mira, cuando te duermas, haz una cosa, antes de dormirte di: "Quiero ir a la estrella donde vive mi hijo", y seguro que en sueños vienes, y coges y escribes lo que te haya pasado ese día en tu diario, y yo así lo puedo leer y puedo dejarte mensajes. Puedo decirte: "Pero mamá, no discutas así con papá, sé mas paciente...", y tú cuando vayas por la noche dormida, lo lees, y así aprendes, y a la mañana siguiente, aunque no te acuerdes, lo vas a hacer, porque seguro que me haces caso.

— Bueno hijo...

— Sí mamá, si te lo he escrito en una estrella, pues cuando llegues y leas ese cuarzo, lo aprendes... y cuando vuelvas a tu cuerpo al despertar, todo eso lo puedes poner en práctica.

— Bueno, pues sí, en ese sentido tienes razón.

— Y además mama así me puedes dejar mensajes a mí, y me cuentas todo lo que has hecho, cómo llevar un diario, pero ojo, que lo voy a leer, no pongas secretos...

— Pero hijo...

— Que sí mamá que seguro que tienes muchos secretos, que lo sé yo... que la vecina dice cosas...

— Hijo ¡No hables con ella! ¿Cuántas veces te lo he dicho?

— Bueno... El caso, que lo que escribas yo lo voy a leer...

Claro, ahora estoy pensando, son secretos porque estamos aquí en casa, pero en las estrellas hemos dicho que los sentimientos y esas cosas no me atan, no me atañen.

Entonces tus secretos yo tampoco voy a juzgarlos, simplemente los conozco... Venga pues entonces ponlos, que yo no los voy a juzgar,

simplemente los voy a leer, para aprender yo también.

— Bueno hijo, pues pondré mis secretos ¿y tú qué vas a poner?

— ¡Uff! Todo lo que me cuenten los niños de las otras estrellas. Ten en cuenta que todos y cada uno de ellos tienen su propia historia, y habrán vivido muchas cosas, y tendrán muchos amigos, y jugando con sus amigos habrán aprendido cosas que yo apuntaré y que ellos apuntarán, y nos dejaremos los libros, bueno "los libros", esos cuarzos, y así podremos aprender todos de todos.

— ¡Ah, vale! ¿Y qué más podemos hacer en las estrellas, hijo?

— Todo lo que quieras mamá. Las estrellas son enormes, papá dice que son infinitas y que son enormes, así que hay sitio para todo. Cuando te pongas mala puedes venir a mi estrella, yo te curaré, y si yo no sé llamaré a quien sí sepa, y así, entre los dos te curaremos, y cuando despiertes estarás mejor.

— Bueno, vale...

— Y además en las estrellas, no sé... a lo mejor no hay tiempo, y si no hay tiempo porque no hay relojes, podemos estar allí todo el tiempo que queramos, y cuando te aburras, te vuelves a bajar a casa, y limpias, o cocinas, o discutes con

papá, o le dices a él que planche y él dice que no, y volvéis a estar discutiendo siempre...

— Hijo, que son cosas que pasan, que son cosas de mayores...— Que sí mamá, pero que tenéis que discutir menos.

— Hijo ¿Qué te he dicho?

— Vale... A lo que iba. Que podéis estar todo el tiempo que queráis en mi estrella y en las estrellas de mis amigos, y allí, pues si os ponéis malitos os curamos, leéis lo que escribimos, yo leo lo que vosotros escribís, y podemos jugar juntos, y además, mamá, tiene otra ventaja...

— ¿Cuál hijo?

— A ver, yo pienso que las estrellas son distintas a esta casa, y que, en las estrellas a lo mejor también, también, también... pues a lo mejor también está el abuelito. Después de todo, si no hay gravedad, y a lo mejor ni siquiera hay tiempo, a lo mejor está ahí el abuelito, y podemos hablar con él, y le puedes decir todas las cosas que quieres decirle mamá.

— Hijo...

— Sí mamá, seguro que el abuelito está allí, y le puedes decir todo. Y le dices, pues eso, que le quieres, que le echas de menos... y jugáis como cuando erais niños... Sí, yo creo que en las

estrellas... sí, seguro que, en las estrellas, como no hay gravedad, y no hay relojes, y no hay tiempo también está el abuelito, y podemos jugar todos juntos... ¡Jo! Estaría guay mamá.

— Sí hijo, sí, estaría muy bien.

— Pues seguro que es así.

Si después de todo si no necesitas ya estas paredes, si no necesitas los relojes, si no necesitas los libros... buff, tiene que ser muy distinto eso, mamá.

Seguro que sí que en las estrellas está el abuelito esperando para seguro hablar contigo, para contarte lo que hace ahora... A lo mejor está en una estrella muy grande, o en una estrella de esas rojas, o blancas, o... No sé, hay tantas estrellas que no sé distinguirlas.

Y puedes hablar con él y a lo mejor te cuenta muchas cosas... ¡Vete a saber todo lo que podemos hacer!

— Pues sí. Sí hijo, sí.

— Además mama, estoy pensando... Ese hermanito que está dentro de tu tripa, a lo mejor él también está en las estrellas. A lo mejor él está allí, no sé... Siendo un niño ya, y está jugando haciendo tiempo, dejando el tiempo pasar aquí

para que llegue la hora de nacer. Que, por cierto, me tienes que explicar cómo está dentro...

— Hijo...

— Sí, ya me has dicho no sé qué de una semilla, pero... ¿cómo está en tu tripa? no lo entiendo.

— Bueno, ya lo hablaremos después. Tú ahora cuéntame lo de ese hermanito tuyo que está en las estrellas.

— Bueno. Pues ese hermanito mío, que no sé cómo está en tu tripa, también está en las estrellas, y a lo mejor allí juega y ríe, y a lo mejor allí nos mira y nos dice: "¡Jo!, ¡qué bien he hecho eligiendo esta familia!, o a lo mejor piensa que no, mamá, no lo tengo yo muy claro, porque el cuarto ha quedado muy feo.

— Hijo, te he dicho muchas veces que es provisional, que lo volveremos a pintar, de verdad, lo volveremos a pintar.

— Vale, vale, vale... Bueno, pues eso, que está el abuelito, que está mi hermanito, que puedes venir tú, que puede venir papa, que yo me voy a quedar allí porque se está muy bien...

— Hijo, tú ahora tienes que estar...

— Sí mamá. Yo ahora tengo que estar aquí haciendo los deberes, pero a lo que íbamos, que las estrellas es un sitio muy chulo para

vivir, que a lo mejor esta casa no es mi verdadera casa, a lo mejor estoy aquí como en un hotel, de paso...

— Sí, por eso no recoges...

— Que sí mamá, que ahora no viene a cuento...

A lo mejor esto es solo de paso, y a lo mejor mi verdadera casa, nuestra verdadera casa está en las estrellas y ahora estamos aquí, no se... jugando, pasando el tiempo, ¡Vete a saber lo que hacemos!

Bueno, pues lo que sé mamá, es que esta noche, esta noche, me voy a ir a casa. Voy a ir a mi verdadera casa a ver al abuelito, y jugaré con mi hermanito y le voy a dejar muy claro que el tren nuevo es mío.

— Hijo, que tienes que aprender a compartir....

— Mamá, que lo va a romper.

— Hijo... Bueno, ya lo hablaremos.

— Bueno, eso, que esta noche yo se lo digo, y juego con ellos... y voy a apuntar en el diario, ese diario que no escribo en papel, voy a apuntar todo lo que hemos hecho y voy a apuntar que me has vuelto a castigar.

— Sí hijo, apúntalo a ver si te sirve de algo.

— Y todo eso mamá, y no sé... Nada más, yo creo que ya está todo.

— Bueno, pues si ya está todo....

— No sé... Fíjate, pienso que no, pienso que las estrellas tienen que ser tan distintas que ni siquiera en mi imaginación...

— Sí hijo, sí.... Pues anda que no tienes imaginación...

— Ni siquiera mi imaginación, mamá, me puede decir todo lo que hay en las estrellas. Creo que hay mucho, mucho más de lo que puedo soñar. Creo que las estrellas, mamá, es mi casa, y que esa casa la puedo decorar como yo quiera, y vivir lo que yo quiera; y que esto en realidad no es mi hogar, sino solo, solo, un pequeño descanso, por llamarlo así, un pequeño juego, una pequeña aventura... un pequeño momento que he elegido para conocerte, con otra cara, con otras manos...

Porque en esa estrella mamá, a lo mejor.. a lo mejor no tienes rostro, ni tienes manos, ni tienes pies para correr detrás de mí. A lo mejor eres tan distinta que no puedo imaginarte, y hoy te estoy conociendo con otra cara, con otras manos...Hoy te estoy conociendo más. Pero mi casa, mi verdadera casa son las estrellas.

El Viento acarició las mieses

El viento acarició las mieses. Quizá les hablase de antiguos secretos, quizás solo jugase con ellas, quizás les explicase las montañas en las que había nacido y cómo atravesando valles y ríos había llegado hasta este lugar. El viento acarició las mieses, jugó con ellas y les habló:

Les habló de todo lo que había visto, y de todo lo que había aprendido, de las extrañas ciudades que los hombres construían, y de cómo esas ciudades vulneraban, una y otra vez, el cuerpo de la amada madre Gaia.

Les habló de cómo los hombres envenenaban aquello que consumían, aquello que comían, aquello que en cierta forma constituía parte de sí mismos: su alimento, su aire, su agua.

Les habló de cómo ese veneno se extendía, crecía, y se multiplicaba llegando hasta los confines de la propia amada madre Gaia.

Les habló de cómo el hombre, en su ceguera, contaminaba las montañas en las que en las que él nacía, quemaba los bosques en los que él jugaba, mataba a los gnomos y las hadas con las que se entretenía.

El viento acarició las mieses, les habló de los ciclos de la vida, de la muerte, de cómo crecemos, de cómo adquirimos fuerza, conocimiento y sabiduría, y de cómo también tenemos que prepararnos para la partida.

De la misma manera —dijo el viento— los hombres deberían aprender acerca de sus ciclos y de los ciclos de la naturaleza, y saber combinarlos. Y, sin embargo, se empeñan en que sus ciclos se impongan: se impongan sobre los de sus hermanos, aquellos a los que ellos llaman animales; sobre los ciclos de la propia madre Gaia; que se impongan sobre el viento y el agua, sobre el Sol y la Luna, tratando de imponer aquello que crece del egoísmo, del capricho, del corto plazo, sobre lo que habla de la verdadera naturaleza de todo aquello que nace bajo este Sol y bajo esta Luna.

Y así, el viento acarició de nuevo las mieses, jugó con ellas y les contó todo lo que sabía acerca de múltiples parajes, hermosas montañas y lejanos valles. Y en ese jugar, una y otra vez, les expresaba la preocupación por todo aquello que el hombre hacía a su amada madre. Una madre que les entregaba con generosidad infinita un cuerpo en el que habitar, un hogar, un techo... el más hermoso que podía desear el hombre: las estrellas. Que les daba sol, que les daba agua, que les daba todo aquello que podían necesitar y

que, a cambio, solo recibía ingratitud, egoísmo y desprecio.

El hombre, que envenena su alimento, que maltrata a su madre, que, en cierta forma, confía su futuro a maquinarias que destrozan su propio hogar: que envenenan su cuerpo, que contaminan aquello que beben y respiran.

El hombre, que se llama a sí mismo "Rey de la creación" y que, sin embargo, no es más que una pequeña parte de esa creación a la que tanto desprecia.

El hombre, que emprende un camino hacia su propia terminación al despreciar aquello que su madre le entrega en forma de dones incontables, infinitos, de extrema generosidad.

El hombre, que no reflexiona el camino que toma.

El hombre que no cuida sus pasos.

El hombre, que un día llegará y devastará estos campos, igual que contamina las montañas en las que yo nací y los valles que atravieso.

El hombre, que se llama a sí mismo "Rey de la creación".

El hombre: ese gran ignorante.



Detrás del espejo hay un arcoíris.

Venía conduciendo del trabajo e iba pensando. Después de todo siempre hago el mismo camino, la misma carretera, y al final termino divagando.

Me acordaba de las viejas leyendas irlandesas, de esos duendes, que estaban siempre ahorrando y siempre escondían un montón de monedas de oro en una cazuela, en una olla, que ponían al final de los arcoíris...

¡Jó!, ¡isi encontrase uno de estos arcoíris! —pensé— ¡Ay! Ojalá tuviese tiempo, y valor, y sabiduría para ir en su busca.

Y mientras llegaba a casa y aparcaba el coche seguía dándole vueltas...

Si esas leyendas fuesen ciertas — pensé— ¿Cuánto oro habrá?, ¿y cuánto valdrá? Seguro que podría pagar ya la hipoteca, y hasta podría renovar mi coche, que al pobrecillo ya le hace falta... ¡Jo! ¿Te imaginas?, ¿te imaginas si pudiese dejar el trabajo y viajar...? Me encantaría.

Fui subiendo las escaleras hasta mi cuarto y empecé a cambiarme, seguro que es mucho oro, después de todo los duendes suelen vivir mucho tiempo y son muy ahorradores y buenos negociantes...

¡Tengo que buscar un arcoíris!

Mientras seguía con esas ensoñaciones, me cambié, me puse cómodo, y me puse mi pijama preferido.

Me miré en el espejo... ¡Vaya, hoy estoy guapo! —pensé, todo coqueto — y pensé— Es curioso, si yo fuese un arco iris me escondería donde nunca nadie mira detrás ¿Y dónde no mira nadie? Detrás de un espejo. Pones el espejo, y ya no miras detrás, se supone que solo hay una pared, se supone que solo hay en mi caso suciedad, porque reconozco que no limpio nada... polvo y telarañas... ¡Ay! ¡Si mi pobre madre viviese me echaría la bronca por lo sucio que soy y lo desordenado que tengo el cuarto!

Pero, si yo fuese un arcoíris me escondería ahí detrás, todos mirarían al cielo y yo estaría escondido detrás de un espejo.

¿Qué habrá detrás de un espejo? —pensé—. No voy a moverlo, pesa mucho, pero tiene que haber algo, no sé... El caso es que cuando miro al espejo solo me veo yo.

Quizá, quizá ese arcoíris sí que esté en ese espejo, quizá ese arcoíris esté detrás de mi imagen, quizás todo lo que deseo esté detrás de mi imagen, detrás de mí mismo, dentro, a lo mejor, de mí mismo.

Quizá todo lo que busco... sí... quizá todo lo que busco esté en mí: En ese arcoíris, que está en ese espejo, que refleja mi imagen.

Quizás todo esté ya dentro de mí. quizás ese oro, que tanto vale, esté dentro de mí escondido. Bueno, literalmente no, quizá... pero no lo entiendo... ¿qué quiere decir? No sé...

Vamos a suponer... supongamos que fuese un tesoro enorme, una riqueza casi infinita ... ¡Vale! Y se esconde detrás de mi espejo, pero en mi espejo estoy yo, con lo cual, en cierta forma, es como si se escondiese detrás de mí; es más, me atrevo decir que a lo mejor está ya dentro de mí, que puedo encontrar dentro de mí todo. ¡Vale!

¿Pero cómo sacarlo? Bueno... ¿Yo que hago a lo largo del día? Pues, fundamentalmente pienso: mientras voy al trabajo, pienso en otra cosa; mientras trabajo, pienso en otra cosa; mientras como, pienso en otra cosa; mientras vuelvo del trabajo, pienso en otra cosa; mientras quedo con mis amigos, pienso en otra cosa... Al final no hago más que pensar, normalmente en cosas que no estoy haciendo, siempre en otra cosa que me distrae. Así que, ¡vale! Si hay un tesoro dentro de mí, lo primero que tengo que hacer es quitar todo ese pensamiento, porque así no lo voy a encontrar nunca.

¿Qué más puedo hacer para encontrar esa olla llena de oro que hay dentro de mí? Bueno, hemos dicho que pienso, claro, como pienso, hablo. Antes o después tengo que hablar para comunicarme y normalmente... ¡puf!, normalmente reconozco que digo muchas tonterías. Pensar, pienso mucho, pero mal; y hablar, hablo mucho pero mal también. Al final termino diciendo cosas que no son buenas ni siquiera para mí: Me trato mal, me insulto, a veces pierdo la paciencia conmigo, otras veces me regaño... ¡Ay!, ¡tendría que aprender a cuidar esas cosas! Después de todo, todo eso tiene que tener un efecto, y al final en cambio de encontrar una olla llena de oro, voy a encontrar una olla llena de carbón, como castigo por ser tan tonto ¡Ay!, ¡ya está!, ¡ya se me ha vuelto escapar...! ¡Perdón!

Bueno, pues hemos dicho, que pensamientos... Hay que hacer limpieza. Que mis palabras... También hay que hacer limpieza... Bueno... hombre, mis actos... buff... claro, es que lo que piensas al final es lo que determina lo que haces, y lo que hablas igual, y lo que omites... es que está todo encadenado. Pero el principio siempre son los pensamientos. Sí, yo creo que si pensase correctamente podría buscar dentro de mí.

No sé si habrá una olla realmente al final del arcoíris, y tampoco sé si ese arcoíris está dentro

de mí, o si está dentro de la olla, (me he liado un poco) pero, en cualquier caso, si quiero buscar dentro de mí, y seguro que hay cosas de gran valor, aunque no sea oro... sí, también tiene que haber oro... seguro que también hay oro, voy a ser optimista. Pues si quiero encontrar el oro que hay dentro de mí lo primero que tengo que hacer es empezar a cuidar un poquito más lo que pienso.

Tengo que dejar de ser tan cruel conmigo. Tengo que dejar de ser así de duro, de cruel, y al mismo tiempo aceptar que si lo soy es porque todavía no he aprendido a ser: A ser más generoso, a ser más bondadoso, a ser de otra manera...

Bueno, todo camino se recorre paso a paso, gradualmente. Una carretera tienes que recorrerla así, pasito a pasito, hasta que llegas al final, pues esto es lo mismo. Voy a empezar paso a paso, sin castigarme, sin culpabilizarme, pero poco a poco voy a intentar frenar esos pensamientos que me llevan a palabras y a actos que no me gustan, es más, tampoco el pensamiento en sí me gusta.

No voy a castigarme, no voy a recriminarme, y no voy a ser pesimista. Siempre tiendo a pensar que todo va a ir mal... Claro, si pienso que todo va a ir mal, movilizo todo mi pensamiento para que todo vaya mal: Mis palabras para que todo vaya mal, mis actos para que todo vaya mal... ¿Y al

final qué pasa? Pues que todo va mal, claro ¿Qué va a pasar? Así no voy a encontrar nunca oro.

Voy a intentar ser optimista, es más, voy a dejar de utilizar la palabra intentar, y voy a intentar... ¡Uy!, ¡perdón! Voy a ser... a ver esto como lo digo... No puedo "intentar" porque si lo intento no lo consigo, entonces "soy". ¡Vale! Eso entendido.

¿Qué más? Bueno... No puedo hablar en futuro, porque si hablo en futuro, el futuro nunca llega, tengo que hablar en presente.

¡Vale! hemos dicho que no voy a "intentar" nada porque intentar no conduce a ningún sitio: "Soy ya, hago ya, realizo ya, ..." ¡Vale!

Todo en presente, porque el futuro nunca ocurre... ¡Vale!

¿Qué más? A ver... Yo cuando pienso muchas veces utilizo la palabra "no", pero claro, yo no sé si el universo lo entiende. Si yo fuese el universo solo entendería el verbo. Por ejemplo: "No sanaré", pues ahí mal todo: Futuro, con el "no", ¡no, no, no, no! y además muy, muy, muy pesimista.

Voy a hablar en presente, y voy a utilizar cosas optimistas vividas en presente y sin utilizar la palabra "no", siempre hablaré en afirmativo, como si el universo fuese un poco simple: "Soy", "sano", "tengo", "realizo"... siempre en presente,

o sino el verbo "sanar", "realizar"... bueno... también me pueden valer.

Bueno, entonces vamos a ir resumiendo las claves para encontrar la olla de, de ese gnomo, de ese duende, que ha enterrado en un arcoíris que está dentro de mí. Sigo sin saber si lo que está es el arcoíris o la olla, pero uno de los dos está dentro ¡Vale!

Entonces hemos dicho que no me voy a castigar... ¡Mal! Ya estoy hablando con un "no" y con un futuro, a ver... Entonces... Bueno, que soy más amable conmigo mismo, que no sé decirlo de otra manera, pues ya está:

Presente, no utilizó el "no", soy optimista... Sí, lo de ser optimista es más importante de lo que parece, cuando soy pesimista estoy constantemente creando a mi alrededor eso que me va a dar la razón: el sufrimiento, el dolor, la mala suerte...

Así que voy a ser optimista y el universo también me dará la razón, y así seré cada vez más optimista e iré retroalimentando este círculo ¡Vale! eso lo entiendo, (se nota que he estudiado).

Bueno, entonces: Soy en el presente, soy optimista, no utilizó la palabra "no"... ¡Vale! Con esto puedo ordenar mis pensamientos. Sin embargo, es un proceso gradual, después de todo

no voy a cambiar en un minuto ni en diez, tiene que ser un proceso gradual en el que tenga paciencia, en el que tenga comprensión, en el que sepa que tengo que recorrer todo el arcoíris antes de llegar a la olla. No en el primer paso del arcoíris coger y enfadarme conmigo mismo porque todavía no estoy en la olla.

¡Vale! Esto es importante. Para recorrer un arcoíris y llegar hasta la olla necesito recorrer todo el camino, con todos los pasos. No me puedo saltar ni el más pequeño. Si me salto el más pequeño ya he estropeado el camino. ¡Vale!

Entonces, claro, estoy pensando... Todo el arcoíris es importante en sí. Toda la carretera es importante en sí. Cada paso que doy, bien en un arcoíris, bien en una carretera, es importante, no importa solo el final.

Siempre había pensado que lo importante del arcoíris era la olla con el oro que ocultaba, que lo importante de la carretera era el destino al que me llevaba, y no: Es la carretera, es el arcoíris en sí. Cada paso, por pequeño que parezca, por insignificante que yo crea que pueda llegar a ser, cada paso es importante, no solo la olla, no solo la meta, no solo el destino... Cada paso.

Por eso, muchas veces, me pierdo en los arcoíris, o me pierdo en las carreteras, porque no hago

ningún tipo de esfuerzo, no presto atención, paso por alto los detalles.

Tengo que esforzarme en vivir en el presente, en prestar atención a los detalles, para saber si la carretera o el arcoíris son los adecuados, y no pensar solo en el fin donde supuestamente está la olla. Tengo que concentrarme en cada paso, vivir cada paso con atención, centrarme en el presente. ¡Vale! esa lección también tengo que aplicarla.

Además, no me tengo que obsesionar con el tiempo. A veces los arcoíris son largos, a veces las carreteras parecen infinitas y los días pasan y no me llevan a ningún sitio, pero no, eso es un pensamiento falso. Siempre estoy en movimiento, a veces parece que no, que estoy estático, pero no es verdad, siempre estoy cambiando. Y aunque la carretera me muestre un paisaje muy similar, hay pequeños detalles que han cambiado, que mi impaciencia no me deja ver, que mi tozudez no me permite observar, pero que han cambiado.

Entonces lo tengo que hacer es prestar más atención; no preocuparme tanto por el tiempo; no preocuparme tanto por la olla, por el objetivo, por la meta; y vivir cada paso, vivir cada paso con sabiduría, vivir cada paso con el mayor optimismo posible, y no obsesionarme ni con el

tiempo, ni con la meta, ni con el objetivo, ni con la olla.

Después de todo el arcoíris ya es en sí muy bonito, tiene muchos colores, tiene una forma muy bonita, y además me permite contemplar paisajes que me encantan.

La olla es importante, pero no más que el arcoíris. El destino es importante, pero no más que la carretera, y cuando me olvido de ello me pierdo, porque si pienso que lo único importante es la olla, si pienso que lo único importante es la carretera, me pierdo en el camino.

Así pues, hoy, empiezo a buscar ese arcoíris oculto detrás de un espejo que tiene al final una olla, pero que es valioso en sí mismo independientemente de la meta, el objetivo, o de la olla que esconde, y aprendo a valorar el arcoíris, a respetarlo, a agradecerlo, a bendecirlo, y a recorrerlo viviendo el presente, no siempre pensando en ollas, en objetivos, y en destinos.

Y así, viviendo el presente, lo recorro con mayor sabiduría. Viviendo el presente, lo recorro con mayor capacidad de gratitud. Viviendo el presente, lo recorro con mayor aceptación. Viviendo el presente, todo fluye.

Y el arcoíris será lo largo que tenga que ser, y lo disfrutaré, y viviré en cada paso, y en cada paso aprenderé.

Y quizá, solo quizá, algún día llegue a esa olla llena de monedas de oro, que siempre estuvo dentro de mí. Y cuando la encuentre comprenderé la verdadera importancia del arcoíris que he recorrido. Pues el camino es lo verdaderamente importante.

El miedo

El miedo es nuestro guía, el miedo es nuestro maestro, pero el miedo también es un amo cruel, un amo tiránico.

El miedo nos enseña cuál es nuestro camino, pues allá donde miedo nos cierra la puerta es donde la sabiduría nos indica que debemos ir.

¿Qué es el miedo, sino una de nuestras grandes brújulas, uno de los mejores indicativos a la hora de forjar nuestro propio camino?

¿Qué es lo que más me asusta?, ¿cuál es la puerta que el miedo con más firmeza bloquea? Esa es la primera puerta que debo abrir, esa es la puerta que realmente me libera, esa es la puerta que necesito abrir en mi camino.

El miedo es un amo duro, cruel; un amo que me esclaviza, que me sojuzga, que anula los pasos que en mi camino debo dar. Sin embargo, al mismo tiempo, es un gran maestro que me enseña acerca de mis luces y acerca sobre todo de mis sombras; un maestro que me enseña acerca de mi verdadera naturaleza y de mi verdadero momento evolutivo, un maestro que al enseñarme acerca de mi propia esencia, me dice también cuáles son los pasos que debo dar.

Los pasos que más me asustan, los pasos en los que el temor es más fuerte, son los pasos que me liberan, son los pasos que debo dar para recorrer mi verdadero camino.



El Lobo

El lobo era negro, tan negro como la negra noche sin Luna en la que fue concebido.

De una piel dura, áspera, que hablaba de mil y una batallas, de mil y una cacerías, de enfrentamientos y conflictos, y de carreras a través de oscuros bosques.

Sus colmillos hablaban de mil y una cacerías, de mil y una presas, de la sangre borbotando, de la sangre que recorría su paladar. Sus ojos oscuros también hablaban de crueldad, de infringir dolor y de recibirlo, de una vida llena de sobresaltos y cacerías, de enfrentamientos y sufrimientos...

Y su alma...

Su alma hablaba de Amor.

De un amor, de una luz, de una sabiduría que ningún hombre, ninguna bestia podrían llegar a entender jamás.

Hablaba de un alma que, desde el amor, en libertad y respeto, forjaba pactos de alma: caminos compartidos con otras almas para aprender.

Almas que a veces encarnaban en presas y otras veces en rivales. Almas que construían juntos un

mundo de dualidad, de materialidad y espiritualidad, para aprender.

Almas que dotaban de plumas a las águilas para que volasen, que llenaban de agua los mares para que los peces pudiesen surcarlos y aprender en ellos. Almas que llenaban de montañas y valles todo aquello que nuestra vista puede alcanzar para que nuestros caminos sean dispares en apariencia, aunque iguales en contenido.

Almas. Almas que, desde el amor, en libertad y respeto, mutuamente se enseñan, mutuamente aprenden, mutuamente se ayudan, recorriendo un camino inexplicable, incomprendible para poetas, filósofos o sabios.

Un camino que ningún hombre ni ninguna bestia podrá alcanzar a comprender jamás. Un camino que ninguna palabra podrá encerrar, delimitar o definir. Un camino trazado, diseñado, forjado y recorrido por nuestro verdadero ser, por lo que verdaderamente somos, no por el lobo ni el águila, no por el santo ni el pecador, no por el verdugo ni la víctima que todos somos y hemos sido.

Recorrido en unidad e integridad por nuestra verdadera naturaleza, nuestro verdadero ser. Un ser que enmascara su rostro eterno con máscaras

de temporalidad, de limitación, de fragmentación y división, para experimentar, para aprender.

Experimentar en distintos caminos que tienen continuidad unos en otros, pues, después de todo, nuestra verdadera naturaleza es la eternidad.

Máscaras que nos arrebatamos para arrojarlas a un lado y que así nuestro rostro vuelva a lucir puro, y así aquello que llamáis muerte no es más, no es más, que un sueño que nos conduce a un nuevo alba, a un nuevo despertar, a un nuevo amanecer, en el que luciremos otra máscara, en el que nuestro rostro puro, nuestro rostro eterno, se cubrirá con otra máscara, con otra encarnación, con otro ego, con otra apariencia física para seguir aprendiendo; para comprender, vivir y experimentar la dualidad; para comprender, vivir y experimentar la fragmentación, la limitación: "No sé", "No puedo", ...

Y así, un alma construida en amor, desarrollada en luz, vivida en sabiduría se encarna, se encierra en un cuerpo, en un lobo hostil, en un águila majestuosa, en un hombre sabio, en una mujer que construye con sus propias manos aquello con lo que alimentará a sus hijos...

Y todos al final recorreremos el mismo camino, un camino de dualidad, de luz y de sombras, un

camino en el que seremos víctimas y verdugos, santos y pecadores.

Y ninguno de nosotros, ninguno de nosotros, seres encarnados, sin excepción, dejará de probar distintos sabores, dejará de probar, de degustar, de saborear, en su paladar los distintos sabores que esta realidad dual permite disfrutar.

Para aprender.

Para que nuestro camino sea en cierta forma más rico.

Para que nuestro camino sea en cierta forma más sabio.

Para que nuestro camino sea en cierta forma más completo.

Para ser. Simplemente para ser.

La montaña

La montaña era alta. Más alta que las demás montañas, en la cumbre solo existía la desolación, el viento nevado y el silencio.

Sin embargo, él se sentía atraído hasta la locura por esa cumbre. Se sentía atraído, no por cada paso del camino, no por cada escarpada grieta, ni por cada flor que pudiese hallar en ese camino; sino solo por su objetivo, por su fin, por esa meta, inalcanzable a veces, otras veces al alcance de la mano, que se le aparecía constantemente en sueños.

Su locura llegaba hasta tal punto, que caminaba sin apenas mirar su propio camino, con la vista fija en esa meta que obsesivamente anhelaba, con la vista fija en aquello que llegaría a sentir o a encontrar, cuando sus pies llegasen al último tramo del camino, cuando sus pies fuesen capaces de recorrer la meta.

En su camino, no se fijaba en los pequeños obstáculos, ni en los pequeños detalles de belleza que hubiese podido disfrutar, no se fijaba en cada paso, ni se fijaba en cada grieta, ni se fijaba en cada piedra que el camino le brindaba a veces como apoyo y otras veces como trampa. Solo se fijaba en esa meta que distante se encontraba frente a él.

No se fijaba en el viento que le circundaba, no se fijaba en el Sol que le calentaba, ni en las nubes que a veces oscurecían su camino. Solo se fijaba en la meta, el objetivo, el fin último de su camino. Solo eso le importaba.

Lo demás era accesorio, lo demás no tenía importancia, lo demás era prescindible. Lo demás, en realidad, era aquello que le estaba forjando como hombre.

Cada paso del camino, venciendo dificultades o disfrutando de la belleza es lo que nos forja como hombres. Lo que nos forja, lo que da sentido a nuestra verdadera naturaleza y esencia, lo que nos permite aprender, evolucionar, crecer... y no solo como personas, sino como camino y caminantes, fusionarnos en uno y disfrutar de todo aquello que tiene que ser disfrutado, de cada experiencia, de cada vivencia, de cada lección que en el camino encontramos.

Cuando nos cegamos, cuando solo nos fijamos en esa gran meta, en ese gran objetivo, en aquella gran misión o ilusión que tenemos porque nuestra vida tenga un sentido concreto, cuando renunciamos a los pequeños detalles, todo, todo perdemos.

Perdemos las lecciones, perdemos las vivencias, perdemos también el distinguir esas piedras que nos sirven de apoyo y las piedras que nos sirven

de trampa. Piedras que por otra parte nosotros mismos pusimos en nuestro camino. Nos perdemos también el estar abiertos a las posibilidades que la vida nos trae, pues a veces la meta tiene que ser desechada en función de una nueva meta, de un nuevo rumbo, de un nuevo camino.

A veces, solo a veces, podemos olvidarnos de aquella cumbre que queríamos escalar, y fijarnos en la belleza que reposa en el fondo del valle.

A veces, solo a veces, somos capaces de estar abiertos a los cambios, de estar abiertos a aquello que la vida nos trae, pues la vida es reflejo nuestro.

A veces, deberíamos dejar de lado las obsesiones por ese gran mensaje, por ese gran objetivo, gran misión, gran experiencia vital a la que todos tenemos tendencia a preguntar, a inquirir, a saber: ¿Qué nos depara la vida?, ¿cuál es la gran misión que nos es encomendada?

Renunciar a todas esas preguntas y fijarnos en los pequeños detalles: pues es en los pequeños detalles en donde reside verdaderamente la sabiduría; pues es en los pequeños detalles donde encontramos verdaderamente el sentido del camino, el sentido de lo que somos, de lo que hemos sido y de lo que seremos, fundiéndose el tiempo en uno solo.

A veces deberíamos dejar de lado todo aquello que en un momento dado pensamos acerca de nuestro camino, y simplemente relajarnos y disfrutar. Disfrutar no solo de las experiencias agradables, de las flores que encontramos en el camino; también disfrutar de los problemas, de las experiencias desagradables, pues en ellas, muchas veces en ellas, está la verdadera lección, la verdadera experiencia que debemos sacar de ese camino.

Tened en cuenta que es en la prueba donde el acero demuestra su temple, es en el combate donde resiste los golpes, es en el combate donde se comprueba si el filo está afilado. La preparación para el combate es necesaria, pero es en el combate donde reside muchas veces la verdadera prueba.

La preparación, el conocimiento teórico, aquello que decimos que somos o que sentimos, o aquello que decimos que integramos en un momento dado de nuestra vida, es necesario, pero es en la experiencia del propio combate, en la experiencia del camino, en la experiencia de la prueba de aquellas circunstancias que, en un momento dado, consideramos desagradables, donde realmente podemos ver hasta qué punto hemos integrado las lecciones en nuestro propio camino, hasta qué punto somos aquello que decimos ser, o hasta qué punto somos realmente

capaces de superar las vicisitudes y los problemas del camino con la alegría que decimos tener en otros momentos de ese mismo camino.

Es en la prueba donde se demuestra la valía. Por eso algunos caminos tienen muchas pruebas, porque algunas personas eligen que en esa encarnación tendrán que superar grandes pruebas para encontrar grandes recompensas, mientras que otros vagan por el valle deleitándose la mirada en la belleza del propio valle, sin preocuparse por las grandes cumbres que escalar. Cada uno elige el momento en el que está, y cuál es su camino y su rumbo, y su origen y su destino. Y todo está bien.

Lo único importante realmente, es no olvidar en cada tramo del camino, que recorreremos un camino, que lo importante no es solo el fin o el origen del camino, sino todos y cada uno de los pasos que en él damos: Eso es lo verdaderamente importante.

Ser consciente de todos y cada uno de nuestros pasos que damos a lo largo del camino, pues todos y cada uno de esos pasos conducen a la sabiduría, y es, en la sabiduría, donde encontramos la verdadera evolución de nuestra naturaleza y esencia. Aquello que en un momento dado todos aspiramos a tener al alcance de nuestras manos y que jamás se nos niega, sino que simplemente se nos esconde detrás de

experiencias y de lecciones vitales que encontramos en el camino.

Nuestro es el derecho, el deber y la responsabilidad de mirar más allá de los velos, de las máscaras para encontrar el verdadero núcleo de la lección. Un derecho que hay que ganarse; un deber que hay que ejercer; una elección, una responsabilidad que hay que tomar de forma consciente.



Yo Soy

¿Qué soy?
Me pregunte a mí mismo.

¿Qué soy, si no me conozco?

¿Qué soy, si no me entiendo?

¿Qué soy, si no me quiero ni me respeto?

¿Qué soy, si no me expreso?

Nada —pensé— Si no me conozco no soy nada. Si no me quiero ni me respeto... nada. Si no me expreso... nada.

Al final para ser algo tendré que hacer todas esas cosas:

Primero, primero tendré que conocerme, conocer todo lo que soy, lo que verdaderamente soy. Y en este camino tengo que reconocer que, en esta vida soy luz y soy sombra. Después de todo si no hay un equilibrio no puedo disfrutar del camino, no puedo aprender de este camino.

Así pues; incorporó a mi camino, incorporo a lo que verdaderamente yo soy, incorporo, en definitiva, a esta vida: luz y sombra, para que haya equilibrio.

Y las conozco y las amo. Amo los dos aspectos de mí.

No voy a ser hipócrita, no voy a ser severo juzgándome, no voy a auto engañarme, no voy a hacer nada.

Simplemente voy a aceptar lo que soy.

Algunos dirán que solo soy luz... mentira, todos tenemos sombras. Algunos castigarán o juzgarán sus sombras, o las sombras de aquellos que le rodean... yo tampoco quiero ser así, comprendo que todos tenemos que tener ese equilibrio, que si fuese solo luz ya no estaría aquí, que si fuese solo sombra... No, esa, esa posibilidad no existe.

Nada ni nadie es solo sombra. Es verdad que algunas veces las luces se empañan mucho. Es verdad que algunas veces las luces que somos se rodean tanto de sombras que parece que solo hubiese tiniebla, pero siempre hay una luz. Siempre, siempre, siempre hay una luz. Y este principio nunca, jamás, bajo ningún concepto se puede romper.

Así pues, una luz puede empañarse con poca o con mucha sombra, pero siempre hay luz. Siempre soy luz.

Y en esta vida mezclo esa luz y esa sombra para que haya un equilibrio, y no rechazo mi sombra,

ni digo que soy solo luz. Acepto lo que soy: Lo quiero, lo respeto, y lo expreso.

Pero, ¿por qué es tan importante expresarlo? — pensé.

Bueno, si no me expreso me estoy traicionando a mí mismo. Si no me expreso, niego lo que soy. Si no me expreso, niego lo que en esta vida he venido a hacer. Si no me expreso, aquello que oculto coge más fuerza, aquello que oculto se vuelve más poderoso, y sus raíces más profundas.

Lo expreso, lo aceptó y lo amo.

Cuando me amo todo lo sano, y vivo la vida como tiene que vivirse, en plenitud y en dualidad.

Porque este, este camino en esta vida es una vida de dualidad: De luces y de sombras, de masculino y de femenino... ¡Ojo! de principio masculino, de principio femenino; de aquello que llaman el bien y de aquello que llaman el mal, que en realidad no existen como tal, pues solo son los juicios que hago.

Yo soy, soy esa luz rodeada de esa sombra... pero no, soy mucho más....

Yo soy luz y sombra en esta vida, en este camino, pero es que recorro muchos caminos, es que tengo muchas vidas... Y sí, algunas son parecidas

porque me rodeo de luces y de sombras, porque me rodeo de experiencias materiales...

Pero llega un momento en que la luz brilla pura, en que dejo aparte la sombra, en que dejo aparte la materialidad, y en este momento... ¿En ese momento qué es lo que yo verdaderamente soy?

Algunos dicen que soy una estrella, algunos dicen que soy una galaxia, que soy, no sé... las Pléyades, por ejemplo, pero no, las Pléyades son solo chispas de lo que yo verdaderamente soy, son solo unas pequeñas chispas de un fuego que es eterno. Después de todo, yo las he creado. Después de todo, yo me divierto jugando con ellas, contemplándolas y admirándolas.

Es más, yo organizo mi vida cuando encarno, cuando me rodeo de sombras, en función de ese reloj que mueve todo: que mueve las Pléyades, que mueve la Luna, que mueve Marte, que mueve Venus... y todo lo sincroniza en un reloj perfecto, que mueve estos grandes astros, y que mueve también el más pequeño de los granos de arena.

Y yo, que soy relojero entre otras muchas cosas, marco en perfección la sincronía de esas agujas a las cuales me vínculo. Pero no soy esas agujas, no soy esas chispas, no soy esas Pléyades, no soy estos astros...

Soy más. Soy anterior a todo ello, y soy posterior, y al mismo tiempo simultáneo, y al mismo tiempo carece de sentido el tiempo cuando lo aplico de a mi verdadero ser.

Soy todo ello, soy más, y soy menos, y soy nada...

Y soy contradictorio, porque en cierta forma soy algo que no se puede entender.

Porque en el vacío, en el todo, y en la nada, soy.

Porque soy sin juicios, sin adjetivos, sin limitaciones, sin barreras, sin palabras, sin instrumentos que me definan o me coarten.

Soy en una plena y absoluta libertad, para crear, para vivir, para experimentar, para disfrutar cuando encarno, para padecer cuando encarno.

Soy. Y no hay nada que se me pueda aplicar más allá.

Soy. Y no hay barrera que se pueda imponer.

Soy. Y no hay adjetivo que me describa.

Soy. Y no hay principio ni final, y al mismo tiempo comprendo el tiempo y me uno a él. Después de todo soy relojero: Yo creé el tiempo, yo creé esas agujas que lo marcan y yo creé la sincronía en la que me incluyo, y voluntariamente me uno a esa sincronía.

Soy. ¿Y que soy si no la vida en mí mismo? ¿Y que soy, sino la muerte, también la muerte en sí misma? ¿Qué soy?

Ninguna palabra puede describirme, ningún concepto mental puede definirme, o encerrarme en sus barreras. No hay nada que realmente pueda definir lo que soy.

Simplemente soy.

Quizás, solo quizás, sea el presente.

Quizás, solo quizás, sea la eternidad.

En realidad, soy mucho más que todo eso, soy más que ese presente, que esa sincronía, que esa eternidad. Soy más que el camino que recorro, que la vida que vivo, que las Pléyades y sus sincronías... Soy más que el Sol y los astros, soy más que las galaxias, que son, en cierta forma, chispas de mi ser.

Soy. Y no hay palabra que me pueda definir.

Soy. Y no hay concepto, ni instrumento, ni barrera que pueda delimitarme.

Soy. Y no hay manos de ningún artesano que puedan darme forma, salvo las mías propias.

Soy. Y no hay manos tiranas que me puedan retener, salvo las mías propias.

Soy. Y no hay manos llenas de amor que me puedan moldear, salvo las mías propias.

Soy. Y no hay palabra que me defina.

Soy. Y no hay palabra que pueda asociarse a la comprensión de lo que verdaderamente es mi naturaleza.

Soy. Y ni siquiera yo puedo definirme.

Soy. Y ni siquiera yo puedo definirme porque no hay palabras que hablen de mi verdadero ser, porque no hay palabras que hablen de mi verdadera naturaleza, porque no hay palabras que expresen cómo siento, cómo comprendo, cómo creo el tiempo. Porque no necesito palabras, porque la palabra son un instrumento limitado creación vuestra, no mía. Porque la palabra y el concepto mental al que va asociado son vuestros, no míos. Porque el tiempo es vuestro, y solo parcialmente mío, aunque yo lo haya creado.

Soy. Simplemente soy, antes, después y durante de vuestra existencia, de vuestro camino, de vuestra vida. Y sí, en cierta forma me uno a las sincronías de las estrellas, de los astros, y de las Pléyades, y, sin embargo, me libero de toda esa sincronía en el momento que yo quiero, para ser en libertad, para ser en plenitud, para ser lo que soy, sea lo que sea. Pues no hay concepto, ni lo habrá que pueda definirme. Pues no hay palabra,

ni la habrá que pueda delimitarme, ni menos que pueda esclavizarme en un concepto, idea, o paradigma concreto.

Soy. En eterna libertad.

Soy. En infinita libertad.

Soy. Simplemente soy.

Y mi ser lo llena todo, lo abarca todo, y no abarca ni llena nada porque es un vacío. Y en esta aparente, solo aparente, contradicción, soy.

Y solo el soy permanece.

Soy. Sin que ninguna palabra ni concepto pueda definirme.

Soy el mayor de todos los interrogantes. Un interrogante sin respuesta alguna.

Soy.

Simplemente Soy.

La Luna

Contemplé la Luna. Estaba solo junto al timón, la noche era larga, los marineros dormían y en esa oscuridad solo mis deseos y mis miedos me acompañaban.

Contemplé la Luna, siempre tan grande, tan hermosa. Hoy estaba especialmente blanca, y la hablé, la confesé mis miedos, mis secretos, mis temores. La confesé la añoranza del hogar y al mismo tiempo el deseo de seguir explorando nuevos mares, nuevas rutas, que me enriqueciesen, sí, pero sobre todo que me permitiesen descubrir aquello que nadie antes había visto.

Después de todo mi padre siempre dijo que yo era un explorador:

— Para ti no hay confines que estén prohibidos. —me decía mi padre— Para ti no hay límites, ni valles, ni montañas que no puedas atravesar, siempre tienes que ir más allá, siempre tienes que ir donde nadie ha llegado antes, siempre tienes que llegar a esos puntos del mapa que están en blanco porque nadie conoce.

— Sí, padre. —le decía— Es verdad, es verdad: en mis sueños llego a tierras que nadie ha visto, conozco ríos en los que nadie, nadie, nadie, se ha bañado, incluso veo animales cuya forma nadie

antes que yo ha visto, ni siquiera sé si son comestibles, pero quiero ir.

— Bueno — dijo mi padre— te diría que no fueses, pero sería un error. Al fin y al cabo, tu corazón es tu guía y es el mejor guía. Si de verdad quieres ir, si de verdad quieres llegar a estos puntos ignotos que nadie conoce, prepárate y ve.

— ¿Prepararme? —Dije yo.

— Sí, todo viaje necesita una preparación...

— ¿Y qué me llevo? me puedo llevar un mapa...

— Sí. —dijo él— Pero lo vas a tirar a un lado, después de todo tú vas a lo desconocido. Además, no sabes si el que dibujó ese mapa era como tú, vio lo que tú quieres ver, interpretó lo que tú quieres interpretar... No sabes, en realidad, si su camino tiene algo que ver con el tuyo. A lo mejor esas montañas que él ha dibujado no son montañas, son desiertos, o valles. Así que el mapa de los que antes viajaron por esas rutas de poco te va a servir.

— Tienes razón, —Dije yo. Así que saqué el mapa de la mochila— llevaré comida, agua, buena carne...

— Sí. —dijo mi padre— Es bueno ser previsor. El problema es que la carne atraerá a los leones, y

te atacarán a ti para conseguir la carne que en la mochila hay, así que deja la carne.

— Tienes razón, dejaré la carne.

Agua.

— El agua pesa mucho. Puedes alimentarte y beber agua de rocío, de los arroyos, puedes incluso encontrar lagos.

— Sí, pero si dejo el agua...

— ¡Ya!, tienes miedo. Pero ten en cuenta que ese agua que llevas hoy, en ese pequeño recipiente de cristal, es un peso enorme. El cristal es frágil, el agua se puede estropear. Al final incluso esa agua retenida puede envenenarte porque se puede estropear y dañarte.

— Vale, dejo el agua. ¿Y dónde encontraré agua?

— No te preocupes, después de todo si tu corazón dice que ese es el camino que tienes que seguir, es el camino que tienes que seguir. El agua aparecerá.

— Pero padre, hay que ser prudente.

— Hay que ser prudente, pero no dejar que el miedo nos ate, y tú ya no me hablas de prudencia, me hablas de miedo. Coge y deja el agua.

— Vale, dejó el agua ¿Qué más puedo llevar?

— No lo sé... Unos zapatos cómodos eso sí. Un camino puede ser muy corto, pero a veces es muy largo. A lo mejor tu corazón te está indicando que vayas muchas leguas más allá de esta puerta ¡Lleva unos zapatos cómodos!

— ¡Vale! ¿Y qué zapatos son los mejores?

— Los que tú decidas. Yo, fíjate, optaría por unos zapatos flexibles para que cuando la piedra sea dura, se adapten; para que cuando el césped sea blando, se adapten; para que cuando todo tu camino cambie, se adapten. Así que dejaría la rigidez fuera de esos zapatos.

— ¡Vale! Opto por la flexibilidad ¿Y qué más?

— No lo sé. Tienen que ser duraderos, el camino puede ser largo, así que, no sé... que tengan pocos materiales, pocos elementos, pero que sean sólidos. Por ejemplo, en cambio de liarte con zapatos hechos de muchas telas, de muchas ideas, de muchos fragmentos, busca tres o cuatro cosas que, de verdad, te vengán bien a tus pies, y confía en ellas. Por ejemplo... el amor.

— Sí, con el amor se harán buenos zapatos...

— Por ejemplo, que más... La sabiduría.

— ¿La sabiduría?

— Claro... un zapato es algo práctico, el conocimiento es en los libros, pero la sabiduría se

vive en el día a día, y tu camino lo vas a recorrer paso a paso, día a día y encontrarás piedras, y encontrarás césped... Así que tus zapatos van a ser prácticos. Lo práctico es la sabiduría, el conocimiento para los libros, para los zapatos la sabiduría.

— ¡Vale! Amor y sabiduría, ¿y qué más?

— ¿Sabes lo que sería bonito?

— No padre. ¿Qué sería bonito?

— Llevar unos zapatos que tuviesen luz.

— ¿Luz? ¿Qué es la luz?

— Pues no lo sé. Todo el mundo habla de la luz con que algo será. A lo mejor es... ¡ya sé! La luz puede ser cuando piensas que estás perdido, perdido, perdido... y, sin embargo, hay un puntito que te ilumina y que te da esperanza para seguir viajando. Eso puede ser la luz.

— ¡Ah!

— Sí, como cuando las dificultades son tan duras que dices "tiro la toalla, me quito los zapatos, me tumbo y está", pues en ese momento la luz hace que sigas para adelante.

— Sí que es buena la luz... Llevaré luz en los zapatos. ¡Vale!

— Luz, amor y sabiduría ¡Ya está! Mejores zapatos que éstos no vas a encontrar. Venga, pues ya tenemos zapatos ¿qué más?

— ¿Ropa de invierno o ropa de verano?

— Si llevas mucha ropa de invierno vas a pasar calor, si llevas mucha ropa de verano vas a pasar frío. Al final un equilibrio, así, más o menos siempre estarás bien. Cuando lloramos mucho nos desequilibramos, cuando reímos mucho nos desequilibramos... opta por el camino del medio.

— ¡Vale! Pues una ropa del medio ¿qué más?

— No lo sé hijo, muchas preguntas... Al final no es tan importante preguntar tanto, al final lo importante del camino es caminarlo, si te paras aquí en el dintel de la puerta una y otra vez a preguntarme no llegarás a ningún sitio, atraviesa la puerta y sal, y si necesitas algo no te preocupes, tu corazón te mandará en esa dirección, tu corazón te dará los instrumentos y herramientas que necesitas en el camino, pero no te entretengas con tanta pregunta que el día pasa y llega la noche. Así que venga...

— Bueno... Vale.

Y salí. Y Poco a poco recorriendo mundo llegué a este barco en el que ahora atravieso el océano, y eso te cuento amiga Luna; que a veces siento que me pierdo, y entonces miro esa pequeña luz

que mis zapatos llevan; y otras veces... otras veces siento verdadera añoranza. Añoranza por mi hogar, por aquellos que hoy ya no están conmigo.

Ya no tengo a mi padre que me aconsejaba, y mi madre ya partió...

— Pero me tienes a mí —dijo la Luna.

— Sí, te tengo a ti.

— Yo soy tu confidente.

— Sí, es verdad.

— Y soy tu amiga.

— Sí es verdad.

— Entonces, ¿qué más necesitas?

— No sé... es que estás tan lejos...

— No, estoy tan cerca. Si me hablas y te escucho, estoy cerca. Si me puedes ver, estoy cerca.

— Sí. Pero, ¿qué eres tú realmente?, ¿qué eres tú, Luna?

— ¿Yo? Yo soy lo opuesto al sol.

— Vale. ¿Y eso qué es?

— A ver... Cuando todo es muy oscuro, muy oscuro, muy oscuro... ¿qué haces?

— Buscas una luz...

— Una luz que a veces es la esperanza.

— Sí, a veces es la esperanza.

— Otras veces es el amor.

— Sí, el amor también me da fuerzas.

— Otras veces es la intuición...

— ¿Sí?, ¿qué es la intuición?

— La intuición es saber algo no de una forma lógica, sino que, en cierta forma, te resuena en las tripas.

— ¿Cómo el hambre?

— No. Como el hambre no, más profundo.

— ¿Cómo el dolor de estómago?

— No, más profundo aún.

— Creo que te entiendo. Es como cuando sabes algo y no sabes por qué y, además, casi, casi no lo pones en duda.

— Eso es.

— Y además perdura. Porque el hambre se pasa y el dolor de estómago también.

— Eso es: es profundo, perdura, eso soy yo. Pero, pero hay que saber escucharme.

— Claro.

— Si te fijas solo en el hambre y en el dolor de estómago no llegas más adentro.

— Vale. ¿Y por qué dices qué eres lo opuesto al sol?

— Pues porque el Sol todo lo ilumina, el Sol es obvio. Yo estoy más escondida...

— Ya, pero el Sol...

— El sol, cuando es demasiado fuerte, te quema.

— Eso es verdad.

— El Sol te da calor...

— Sí.

— Pero, una y otra vez, volvemos a lo mismo: Si no hay equilibrio te quema.

— Claro.

— El Sol todo lo cuenta a todo el mundo, da luz a todos.

— Sí, es verdad. Pero hay cosas que yo sé y el Sol no. Y solo se lo cuento a los indicados, a los que me escuchan, como tú, en la popa de este barco.

- Eso es verdad
- Y además te ilumino.
- Sí...
- Pero es una luz que no hace daño.
- Es verdad
- Cuesta un poco más acostumbrarse a esta luz, puede parecer a veces escasa.
- Pero tú nunca haces daño.
- Claro que no.
- ¡Vale! ¿Y ahora qué hago con mi vida?
- ¿Cómo que qué haces con tu vida?
- Sí. Llevo mucho en este mar, parece que no tiene fin nunca...
- Todos los mares tienen fin -dijo la Luna.
- ¿Todos?
- ¡Claro! No tendría sentido un mar que no tuviese un principio y un final. No, no tendría ningún sentido.
- Entonces...
- Entonces tu camino también, antes o después, va a tener un final.

- ¿Y eso qué quiere decir?
- Pues que tu corazón encontrará aquello que buscas. Quizá, quizá no hoy, quizá no esta noche, pero antes o después, lo encontrará.
- ¿Encontraré esas tierras ignotas que busco?
- Sí.
- ¿Encontraré esos animales tan raros?
- ¡Claro!
- ¿Y encontraré arroyos que nunca nadie ha visto?
- Claro que los encontrarás
- ¡Seré importante!
- No...
- ¿Cómo que no?
- Claro que no. Todo tiene un principio y tiene un final. Tú también vas a tener un final. Encontrarás tu camino, lo recorrerás, encontrarás aquello que piensas que es lo único importante del camino, que no es así porque cada paso es importante, y también tú tendrás un final.
- ¿Un final?
- Claro.

— ¿Y entonces?

— Entonces no vas a ser importante, vas a ser uno más.

— ¿Uno más?

— Claro. Es más, vas a ser unidad con todos.

— ¿Unidad con todos?

— Claro, tu camino es como todos, como el camino de todos y cada uno de los que te rodean, es más, ahora los marineros están dormidos y necesitan de ti, mañana tú estarás descansando y necesitarás que ellos te cuiden. En el camino nos necesitamos todos, no eres más importante que nadie, aunque encuentres un arroyo que crees que nadie ha visto, que tampoco sabes si es verdad.

— ¡Pues en el mapa no venía!

— En tu mapa no, pero quizás en otros mapas sí ¿Qué más da? Tienes un principio, tienes un final, como el océano, como el barco que, antes o después, se pudrirá y se hundirá.

— Pero...

— No, no eres tan importante, y al mismo tiempo eres necesario. Necesitamos un timonel que cuide de los marineros dormidos, si no podríais chocar con arrecifes y morir todos. No eres más

importante que ellos, pero sí eres necesario en su camino.

— Soy necesario.

— Sí, y ellos en el tuyo, para que mañana sean ellos los que te cuiden a ti.

— Es verdad.

— Claro, a veces mientras dormimos no nos damos cuenta de que necesitamos que los demás recorran un camino en el que nos cuidan, nos protegen y nos alimentan, y que en otras ocasiones ellos duermen para que yo, en cierta forma, vele por ellos.

Siempre pensamos que el importante es el que encuentra ese arroyo que creemos no tiene nombre, y ese arroyo ya lo han visitado muchos hombres, solo que en tu mapa no figura.

— Entonces, soy necesario.

— Sí, eres necesario, como los marineros, y como yo. Si no estuviese yo no tendrías confidente.

— Es verdad...

— Y como el barco, para que puedas recorrer el océano.

— ¡Claro!

— El océano es necesario, sino tendrías un barco varado en la tierra.

— También es verdad.

— Y el arroyo es necesario, para que tengas un sitio al que ir.

— ¡Es verdad!

— Al final, si te das cuenta, todos somos necesarios, pero ninguno es más importante. Simplemente interactuamos, una y otra vez, todos juntos para recorrer, tú tu camino, yo el mío, los marineros el suyo, el barco cumplir su función, el océano tener algo que aportar, tener un barco que pueda recorrerle, y el arroyo esperar pacientemente a que puedas beber en sus orillas.

Todos interactuamos, todos estamos unidos en un viaje que, si le quitas a uno de nosotros de ese viaje, ya no tiene sentido. Yo te ayudo a ti, tú me ayudas a mí, sin ti no tendría con quien hablar, cuidas de los marineros, el barco en cierta forma os cuida a vosotros, el océano cuida del barco y al mismo tiempo el barco le da sentido, y todos vais en dirección a un arroyo que os espera, pero que sin vosotros no sería más que algo que ni siquiera sabemos si existe o no. Al final es un puzle en el que cada pieza necesita a las demás para darle un verdadero sentido y coherencia a nuestro camino.

Pero tu camino, acuérdate, lo recorren tus zapatos, no los míos. Aunque, en cierta forma, me necesitas; y aunque, en cierta forma, te necesito yo a ti. Así que, caminemos juntos este camino, pero yo en el mío y tú en el tuyo.

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Que el timonel eres tú y yo soy la Luna. Que yo alumbró por la noche y tú guías un barco. Que yo no voy a pilotar tu barco y tú jamás alumbrarás la noche. Que tú tienes tu camino, y yo el mío irecuérdalo siempre!

— ¿Y si no lo recuerdo?

— Si no lo recuerdas harás el ridículo ¿Tú crees qué vas a poder iluminar la noche, ahí, junto a un timón? ¿Tú crees que yo iba a poder manejar el timón de un barco, cuando no sé nada de navegación? Haríamos el ridículo los dos, tú en tu camino y yo en el mío. Así yo te ayudo y tú me ayudas. Yo cuido de las estrellas y tú cuidas de los marineros.

— ¡Vale! me parece justo.

— Pues sigue tu camino.

Ahora me voy a retirar a descansar, y vendrá aquel que, en cierta forma, me contrapone y me equilibra: El sol. El Sol que todo lo ilumina, que todo lo cuenta, que no tiene secretos, también

es necesario él. Incluso el Sol es necesario para que te ilumine y que te guíe, aunque ciertas cosas solo te las puedo contar yo, pero eso es nuestro secreto...

— ¡Un secreto!

— ¡Claro! Un secreto. Todos vivimos muchos secretos.

Un secreto al final no es nada más que la interpretación que hacemos cada uno de la realidad. Tú crees que la Luna es tu confidente. Los marineros creen que la Luna es solo una luz que les molesta por la noche, y tienen que poner una cortina en la ventana para que no les despierte. Para ti el Sol te quema y te abrasa la piel y prefieres el frescor de la noche y, sin embargo, los marineros prefieren hablar, disfrutar y cantar alumbrados por un Sol potente.

Al final todos somos, en cierta forma, portadores de secretos, que no son más que la interpretación que cada uno hace de aquello que vive. Así que los secretos existen y no existen al mismo tiempo, pues dependen de una interpretación que muchas veces es falsa...

— ¿Falsa?

— Claro. Hoy soy tu confidente, sí. Cuando eras niño... ¿hablabas conmigo cuando eras niño?

- No.
- Entonces no era tu confidente
- No.
- Pues yo seguía siendo la misma.
- Es verdad.
- ¿Ves cómo has cambiado?
- Ya...
- Ya te digo yo que, cuando llegues al arroyo, te olvidarás otra vez de mí, y ya no seré tu confidente.
- Así que, al final la realidad cambia completamente —dije yo.
- Claro. Estos marineros que no quieren saber nada de mí y se tapan con cortinas a lo mejor mañana les toca un turno de noche, y entonces pensarán: "¡Ojalá salga la Luna!", y ¿sabes qué haré yo? Salir, porque es mi misión.
- ¡Ah!
- Claro, al final las perspectivas sobre la vida son muy relativas, constantemente cambian y muchas veces no llevan a nada. Tú simplemente observa la realidad y déjate de juzgar tanto. ¡Tanta perspectiva, tanta perspectiva...!

¿Para qué? Yo soy la Luna: soy la Luna hoy, y era la Luna cuando jugabas de niño y no me hacías ni caso, y seré la Luna mañana cuando llegues al arroyo y te olvides de mí, así que yo soy la Luna, ¿qué más da lo que tú pienses de mí? Soy la Luna, y deja tanto de juzgar si soy o dejo de ser.

Soy la Luna, y no soy ni tu confidente ni tu no confidente. Soy la Luna, sin más.

— ¡Vale! ¿Y yo qué soy?

— ¿Tú qué eres?, ¿un hombre?

— Sí...

— Entre otras cosas hoy eres un hombre, pero sobretodo eres tu camino.

— ¿Mi camino?

— Claro. Eres un hombre, con sus zapatos, con su ropa. Que hoy cuida un timón, que mañana encenderá una hoguera en una playa, que pasado comerá un venado, y que quizá algún día, seguro... ¡Vamos a ser optimistas! Seguro que algún día beberá de ese arroyo.

Después de todo tu corazón te dice que ese arroyo es parte de tu camino, y el corazón nunca se equivoca. Así que, aunque hoy parezca que ese arroyo no existe, o está muy lejano, simplemente te está esperando. Ten paciencia, igual que la tiene él, y os encontrareis.

— ¡Ya me he perdido!

— Normal —dijo la Luna— hablo demasiado.

A veces no hay que hablar tanto, simplemente hay que contemplar, que sentir, el frescor de la noche, la Luna...

Y dar gracias, por la Luna que te ilumina, por la Luna que a veces molesta cuando duermes, por la Luna de la que no te acordabas de niño, por la Luna que hoy es confidente, por la Luna de la que mañana en el arroyo no querrás saber nada. Simplemente da las gracias, y vive.

Poco más que eso es importante en el camino: El camino que eres tú. El camino que caminas, en el día a día, con tus zapatos, zapatos que nadie más llevará nunca.

Epílogo

Bueno, amigo... Esta noche toca a su fin.

En este mundo de dualidad, de equilibrio, en el que vivimos; en este camino de equilibrio y dualidad que recorreremos, todo lo que empieza tiene un final.

Aunque nuestra naturaleza sea eterna nos sometemos en la encarnación a los ciclos del tiempo, un tiempo que, en cierta forma, es una herramienta que nosotros mismos creamos, aunque ahora desde el ego no comprendamos.

Así, mi complementario, mi enemigo, mi maestro, mi amigo, mi amante... el Sol, sale ahora a relevarme, a tomar en cierta forma mi lugar, a ocupar en cierta forma el papel que ahora yo represento en tu vida.

El Sol, con su conocimiento que difunde a todos, que con todos comparte, viene a equilibrarme. Así pues, amigo, yo me retiro.

Hemos hablado de tu camino, que es el mío. Hemos hablado de experiencias, de aprendizajes, en definitiva, de lecciones.

Pero amigo, nada de esto, nada de esto que te he contado, nada de esto que hemos compartido, nada de esto que mutuamente nos vamos a enseñar, tiene sentido si olvidamos en el camino

una de las cosas más importantes, uno de los aspectos más importantes que este camino tiene: La gratitud.

La gratitud, amigo, que es, en cierta forma, la piedra angular de todo, que es, en cierta forma, el mayor regalo que podemos hacer al universo. Un regalo que es un pequeño tributo a la vida, a las experiencias, a los amigos y enemigos, a los maestros y a los discípulos, (que son lo mismo), a todos aquellos que comparten en unidad su camino con nosotros, un camino que sin ellos estaría incompleto.

La gratitud da sentido a todo. Agradecer sin distinguir, sin juzgar, sin separar aquello que es placentero de aquello que en cierta forma me provoca dolor, pues en las dos cosas he vivido, y al vivir aprendo.

La gratitud, amigo, constituye una llave que abre todas las puertas. Una llave que aleja de mi camino aquellas lecciones que ya no son necesarias ni oportunas, una llave que me libera, una llave que me sana, una llave necesaria e imprescindible en mi camino.

La gratitud, amigo, es una muestra de sabiduría y de confianza en la vida, de comprensión, de esperanza, de aprendizaje.

La gratitud es el mayor de todos los tesoros que en esta vida podemos disfrutar, el mayor de los

tesoros que podemos compartir con aquellos que nos rodean, que son unidad conmigo mismo.

La gratitud, amigo, es la verdadera luz de esperanza que nos guía, la verdadera llama del amor que en mi corazón anida.

La gratitud, amigo, que todo sana y disuelve, constituye la mayor de las herramientas de aprendizaje y de evolución que mi mente puede desear, que mi corazón puede anhelar, que mi boca puede pedir.

La gratitud, amigo, es el último de mis regalos y, sin embargo, el más importante.

Agradece, agradece todo aquello que vives, todo aquello que te acontece, todo aquello que está en tu camino. Agradece amigo todo, pues todo es vida, y la vida es aprendizaje. Agradece, amigo.

Gracias por esta noche, por las noches pasadas, (que están aquí también presentes), por las noches futuras, (que también en cierta forma están aquí presentes).

Gracias, por tus sonrisas, por tus lágrimas, por tus confianzas, por tus temores y anhelos, por todo lo que hemos vivido y compartido en unidad.

Gracias, por abrir tu corazón a algo que apenas entiendes y que parece lejano y que, sin embargo, está dentro de ti.

Gracias, amigo, maestro, compañero, discípulo, amante, por todas las noches que hemos compartido, por todas esas esperanzas, sueños, deseos, temores y anhelos que has depositado en mis manos desde tu corazón.

Gracias, amigo, por tus miradas.

Gracias, por tus suspiros. Y gracias por compartir en unidad conmigo un camino que no entiendes, no desde la mente, un camino a veces áspero y otras veces dulce pero siempre, siempre, amigo mío, un camino que tú mismo elegiste.

Gracias, amigo, por todo aquello que en generosidad infinita me entregas.

Gracias, amigo, por todo aquello que en generosidad infinita recibes.

Gracias, amigo, por ser unidad conmigo.

Gracias, simplemente Gracias.

Índice

Ediciones El corazón del Viento	8
El Corazón del Viento	10
Prólogo	14
El hilo de plata	23
El hada y el fuego.....	29
La niña	37
El Fuego.....	50
El buscador de Sirenas	66
Hoy me desperté feliz	76
Los truenos	91
La granja	99
La Nieve.....	108
El niño insolente.....	124
Las Estrellas	133
El Viento acarició las mieses.....	147
Detrás del espejo hay un arcoíris.	151
El miedo.....	162
El Lobo.....	166
La montaña	170
Yo Soy	177
La Luna	185
Epílogo.....	205

ISBN 978-987-25620-2-1



9 789872 562021